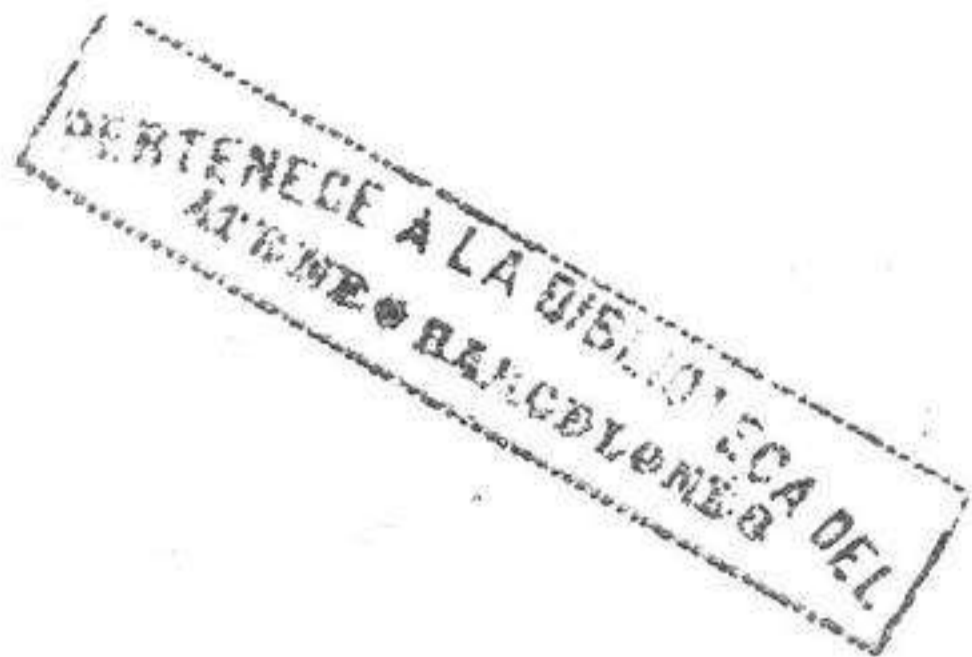


LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 16.

NÚM. 185.

LA



ESPAÑA MODERNA



Director: JOSE DE LÁZARO

—
MAYO 1904
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

VANKA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
MUSEO DE BAJA CALLES DEL

Vanka Joukof, niño de nueve años, aprendiz desde hace tres meses en la zapatería de Aliakbine, no se ha acostado en toda la noche de Navidad. Por la mañana, después de que su maestro y algunos obreros marcharon á la iglesia, se ha quedado solo en el taller. Saca del armario de su patrón un tintero, una pluma enmohecida, y, colocando ante él una hoja arrugada de papel, se pone á escribir.

Antes de trazar la primera letra, mira por última vez, temerosamente, á la puerta y á la ventana; dirige una ojeada imploradora hacia la imagen sombría, y suspira conmovidamente. Arrodillado ante el banco, en el que ha colocado el papel, escribe:

«Querido abuelo Constantino Makarytch: Le escribo un pedazo de carta. Es para saludarle por la Navidad y le deseo toda la gracia de Dios. Ya no tengo papá ni mamá; me has quedado tú solo».

Vanka vuelve los ojos hacia la ventana oscura, en donde se refleja la luz de la vela, y se representa, como si le viera, á su abuelo Constantino Makarytch, vigilante nocturno en casa de los señores Jivaref. Es un viejecito de sesenta y cinco años, flacucho, extraordinariamente vivo, que siempre está sonriendo con ojillos de borracho. Durante el día duerme en la cocina ó dice chistes á las cocineras; por la noche, envuelto en un amplio abrigo, da vueltas alrededor de las construcciones y de los cercados; la vieja perra Kachtanka y el mastín Vivune le

siguen, bajando la cabeza. Vivune es un perro particularmente cariñoso y cortés; mira con la misma dulzura á los extranjeros que á sus amos; sin embargo, no se fían de sus zalamerías; la más jesuítica malicia se oculta bajo su aire bonachón y deferente. Ningún perro sabe mejor que él acercarse cautelosamente y dar un mordisco á una pantorrilla; ningún perro se desliza de manera más furtiva en la despensa ó roba una gallina al moujik. En varias ocasiones ha estado á punto de que le rompan las patas de atrás; se le ha colgado dos veces; no se pasa una semana sin que le peguen hasta hacerle sangre: de todo sale bien.

A esta hora, seguramente que el abuelo de Vanka está de pie ante la puerta cochera, y mira, guiñando los ojos, las bonitas ventanas iluminadas de la iglesia del pueblo. Se golpea los brazos para calentarse, da bromas de viejo y pellizca á una doncella ó á una cocinera.

—¿No queréis un polvito?—decía tendiendo su tabaquera á las mujeres.

Ellas lo toman y estornudan.

Al abuelo le divierte esto extraordinariamente. Se muere de risa, y exclama:

—¡Suénate, suénate! El tabaco te va á helar la nariz.

Hace también que los perros tomen rapé. Kachtanka estornuda, sacude el hocico y se va ofendida. Vivune, cortés, no estornuda y menea la cola con aire satisfecho.

¡Y el tiempo es espléndido!... El aire es tranquilo, transparente y fresco; la noche, sombría; pero se distingue, sin embargo, todo el pueblo con sus tejados blancos, sus espirales de humo que salen de las chimeneas, sus árboles plateados por la escarcha y sus montones de nieve. Todo el cielo está tachonado de alegres estrellas que titilan, y la vía láctea se dibuja con tanta limpieza que parece que la han jabonado para alguna fiesta y frotado con nieve...

Vanka suspira, moja su pluma y continúa escribiendo:

«Ayer noche he tenido un jaleo. El patrón me ha arras-

trado por los pelos hasta la puerta y me ha pegado con la horma porque yo estaba meciendo al pequeño en su cuna y desgraciadamente me quedé dormido. Días antes, la maestra me mandó que limpiase un arenque y yo empecé por la cola; entonces ella cogió el arenque y me lo metió por los ojos. Los obreros no hacen más que reirse de mí. Me envían á buscar aguardiente y me dicen que robe las galletas del maestro; en seguida éste me pega con todo lo que le cae á la mano. Y para alimento, nada de nada. Por la mañana me dan pan, á medio día gachas, y por la noche otra vez pan; el té y las coles se los toman los maestros. Me hacen dormir en el corredor, y cuando el chico llora yo no puedo dormir: tengo que mecer la cuna. ¡Querido abuelo! Hazme un divino favor, sácame de aquí; llévame á nuestra casa, al pueblo; ya no puedo más. Te saludo hasta el suelo y rezaré á Dios eternamente; llévame de aquí, ó me muero...»

Vanka torció un poco la boca, se frotó los ojos con su puño negro y sollozó.

«Te prepararé el tabaco—continuó escribiendo;—rogaré por ti, y si algo no está bien, pégame entonces como á la cabra gris; y si crees que no me darán colocación, pediré por amor de Dios al administrador de los señores que me deje limpiar sus botas; ó si no, me iré en lugar de Fedia como ayudante de pastor. Querido abuelo, yo no puedo más; esto es la muerte. Me hubiera escapado á pie; pero no tengo botas, y temo helarme. Cuando yo sea grande, si me sacas de aquí, te mantendré y no dejaré que te ofenda nadie; y cuando mueras rezaré por el descanso de tu alma, como lo hago por mi pobre mamá Pelagia.

»En cuanto á Moscou, es una gran ciudad. No hay más que casas de señores y hay muchos caballos; pero no hay ovejas, y los perros no son malos. Por Navidad, los niños no van aquí de puerta en puerta con una estrella, y no se permite que se cante en el coro. Te diré también que el otro día he visto en una tienda muchos anzuelos diferentes para cada clase de pe-

ces. Hay también tiendas con fusiles como los del amo; apostaríá á que cada fusil cuesta por lo menos cien rublos... En las carnicerías hay faisanes y liebres; pero no se puede saber dónde los han matado, porque los vendedores no lo dicen. Querido abuelo: cuando pongan en casa del señor el árbol de Navidad con los regalos, coge para mí una nuez dorada y guárdala en mi cofre verde. Pídesela á la señorita Olga Ignatievna; dile que es para Vanka».

Vanka suspiró convulsivamente, y de nuevo sus ojos se dirigieron á la ventana. Se acordó de que su abuelo iba siempre al bosque con él para cortar el árbol de Navidad. Era el buen tiempo. Todo crujía: el hielo, el abuelo y Vanka. El abuelo, antes de cortar el árbol, fumaba una pipa, tomaba un buen polvo de rapé y se burlaba de Vanka, que estaba helado. Los arbolillos, cubiertos de escarcha, no se meneaban, preguntándose cuál de ellos iba á ser el elegido... De repente, salida no se sabe de dónde, corría una liebre rápidamente por los montones de nieve. El abuelo exclamaba:

—¡Cógela, cógela! Diablo de animalucho.

Una vez cortado el árbol, el abuelo de Vanka lo llevaba á la casa y los señores comenzaban á adornarle. La señorita Olga Ignatievna, la gran amiga de Vanka, se ocupaba en la tarea más que nadie. Olga Ignatievna, cuando Pelagia, la madre de Vanka, servía en su casa de camarera, atiborraba á Vanka de bombones y le enseñaba, por no tener nada que hacer, á leer, á escribir, á contar hasta ciento y hasta bailar el rigodón. A la muerte de Pelagia pusieron al pobre Vanka con su abuelo entre los criados. Después fué enviado á Moscou como aprendiz en la zapatería de Aliakbine...

«Ven pronto, querido abuelo—insistió Vanka;—te lo ruego en nombre de Dios, sácame de aquí. Ten piedad de mí, huérfano desgraciado, porque todo el mundo me pega, y me muero de hambre, y sobre todo estoy tan triste que no lo puedo decir, y no hago más que llorar. Uno de estos días me pegó el maestro con una horma en la cabeza, tan fuerte, que caí al

suelo. Mi vida es digna de compasión, peor que la del perro más desgraciado. Da mis recuerdos á Aliona, á Jorge el bizco y al cochero, y sobre todo no des mi acordeón á nadie (1). Soy tu nieto, *Ivan Joukof*. Querido abuelo, ven...»

Vanka plegó su hoja de papel y la metió en un sobre comprado la víspera por un kopek. Reflexionó un instante, mojó su pluma en la tinta y se puso á escribir la dirección:

A mi abuelo, en el pueblo.

Se rascó la cabeza, reflexionó y añadió: «Constantino Makarytch». Contento por haber podido escribir sin ser molestado, cogió su gorra, y en mangas de camisa se lanzó á la calle...

Los muchachos panaderos, á los que había pedido informes la víspera, le habían dicho que se echan las cartas en los buzones y que en seguida unas troikas de correo, conducidas por cocheros borrachos, van á cogerlas y las llevan, con gran ruido de campanillas, por toda la tierra. Vanka corrió al primer buzón y deslizó su preciosa carta.

Mecido por dulces esperanzas, una hora después dormía á pierna suelta... Vió en sueños un hogar. Junto á él estaba sentado, con los pies descalzos y colgando las piernas, su abuelo Constantino Makarytch. Leía á las cocineras la carta de Vanka. Vivune rondaba por allí meneando la cola...

ANTÓN TCHEKHOV

(1) Se ha visto ya que el acordeón es un instrumento muy popular en Rusia. Un joven del pueblo que tenga dinero se compra primero un acordeón, después botas.

EL CUMPLEAÑOS DE LA INFANTA

CUENTO

Era el día aniversario del nacimiento de la infanta. Cumplía doce años, y el sol iluminaba brillantemente los jardines del palacio.

Aunque fuese una verdadera princesa é infanta de España, no celebraba su natalicio sino una vez al año, lo mismo que las demás hijas de los pobres; de suerte que era cosa importante que el país entero tuviese un hermoso día con tal motivo. Y era verdaderamente un hermoso día. Las esbeltas tulipas abigarradas se erguían en sus tallos, como largas filas de soldados, y desafiaban, desde el otro lado del césped, á las rosas, diciendo: «¡Ahora somos tan espléndidas como vosotras!» Las mariposas purpúreas voltejaban aquí y allí, con polvillo de oro en sus alas, visitando una por una todas las flores; las lagartijas se deslizaban afuera de las resquebrajaduras de la pared y se dejaban cocer en la luz blanca; y las granadas se abrían y crujían por el calor, dejando al descubierto sus corazones rojos. Hasta los limones, de un amarillo pálido, que colgaban á racimos sobre los enrejados ruinosos y á lo largo de las sombrías arcadas, parecían tomar un color más rico del maravilloso esplendor del sol, y las magnolias abrían sus grandes flores de marfil en forma de globos é impregnaban el aire de un perfume penetrante y suave.

La princesita iba y venía por el terrado con sus compañeras y sus compañeros, y jugaba al escondite alrededor de los jarrones de piedra y de las viejas estatuas recubiertas de musgo. En los días ordinarios, le era permitido solamente ju-

gar con niños de su propio rango, de suerte que había de jugar siempre sola; pero el día de su cumpleaños constituía una excepción, y el rey había dado órdenes para que ella invitase á todas aquellas amiguitas y á todos aquellos amiguitos suyos que desease ver á su lado para divertirse con ella. Había en aquellos esbeltos niños españoles, mientras correteaban por aquí y por allí, cierta gracia majestuosa: los muchachos, con sus grandes sombreros empenachados y sus cortas capas flotantes; las niñas, alzando las colas de sus largos trajes de brocado y preservándose los ojos de la viva claridad del sol mediante anchos abanicos en negro y plata. Pero la infanta era la más graciosa de todas y la mejor vestida, con arreglo á la moda un tanto embarazosa de la época. Su traje era de raso gris, con el borde y las mangas de amplios bullones pesadamente bordados de plata, y con el rígido peto todo guarnecido de filas de hermosas perlas. Dos diminutos chapines, con gruesas rosetas de color de rosa, parecían dirigir una ojeada desde debajo de su falda mientras ella andaba. Rosa y perla era su gran abanico de gasa, y en sus cabellos, que rodeaban como una aureola de oro su carita, llevaba una bella rosa blanca.

Desde una ventana del palacio, el rey, melancólico, les miraba. Tras él se hallaba su hermano Don Pedro de Aragón, al que odiaba, y su confesor, el Gran Inquisidor de Granada, estaba á su lado. Más triste aún que de costumbre estaba el rey, porque mientras contemplaba á la infanta, que se inclinaba con gravedad infantil hacia la asamblea de cortesanos, ó se burlaba, tras su abanico, de la indigesta duquesa de Alburquerque, que siempre la acompañaba, pensaba él en la joven reina, la madre de la infanta, que bien poco tiempo antes—á lo que le parecía—llegaba del alegre país de Francia, y se marchitaba en el sombrío esplendor de la corte de España, justamente seis meses después del nacimiento de su hija, y antes de haber visto florecer dos veces el verjel en donde cogió dos veces los frutos de la vetusta higuera nudosa que se

alzaba en el patio, lleno de hierba ahora. Tan grande fué su amor hacia ella, que no permitió á la tumba que se la ocultara para siempre. Fué embalsamada por un médico moro, que, en recompensa de tal servicio, salvó su vida (porque, por herejía y sospechoso de practicar la magia, se decía que había sido entregado ya al Santo Oficio), y su cuerpo continuaba acostado en el fondo de su ataúd recubierto de tapices, en la capilla de mármol negro del palacio, tal como los frailes le habían allí transportado en aquel día ventoso de Abril, cerca de doce años antes. Una vez al mes, el rey, envuelto en una capa oscura y con una linterna sorda en la mano, iba á la capilla y se arrodillaba junto al féretro, exclamando: «¡Mi reina! ¡Mi reina!» (1); y á veces, rompiendo con las formalidades de la etiqueta que en España rige el menor acto de la vida y pone límites hasta al dolor de un rey, estrujaba, en una loca agonía de desesperación, las pálidas manos ornadas de joyas, y trataba de despertar con sus ansiosos besos el frío rostro húmedo.

En la actualidad le parecía verla aún, tal como la había visto la primera vez en el castillo de Fontainebleau, cuando no tenía él sino quince años y ella era más joven todavía. Fueron oficialmente desposados en aquella ocasión por el nuncio del Papa, en presencia del rey de Francia y de toda la corte, y él volvió á El Escorial, trayéndose consigo un ricito de cabellos rubios y el recuerdo de dos labios infantiles tendidos para besarle la mano, mientras él montaba en su carroza. Después siguió la boda, prematuramente celebrada en Burgos, una pequeña ciudad de la frontera entre ambos países, y la alegre entrada en Madrid, con la habitual celebración de la misa mayor en la iglesia de Atocha, y un auto de fe especialmente solemne, para el cual unos trescientos herejes, y entre ellos numerosos ingleses, fueron entregados al brazo secular con el fin de ser quemados.

Ciertamente, él la había amado con locura, para ruina,

(1) En castellano en el original.

muchos lo pensaban, de su país, que disputaba entonces á Inglaterra la posesión del imperio del Nuevo Mundo. Apenas le había permitido encontrarse nunca fuera del alcance de sus miradas; por ella había olvidado, ó parecía haber olvidado, todos los graves asuntos de Estado, y con esa terrible ceguedad que da la pasión á los que somete á su ley, no había observado que la complicación del ceremonial con el que trataba de agradarle, no hacía sino agravar la extraña enfermedad de que sufría. Cuando murió ella, estuvo él durante un instante como presa de la locura. En verdad, no es dudoso que hubiera formalmente abdicado y se habría retirado al gran monasterio de los trapenses de Granada, del que era ya prior honorario, si no hubiese sido por el temor de dejar á la infantita á merced del hermano de él, cuya crueldad hasta en España era notoria, y que era sospechoso á muchas personas de haber causado la muerte de la reina, ofreciéndole un par de guantes envenenados con ocasión de la visita á su castillo de Aragón. Aun después de finalizar los tres años de duelo público, hizo él proclamar en toda la extensión de sus dominios, por edicto real, la prohibición á sus ministros de que le hablasen de un nuevo matrimonio, con quienquiera que fuese; y cuando el emperador en persona le ofreció la mano de la bella archiduesa de Bohemia, su sobrina, dijo á los embajadores que respondieran á su amo que el rey de España estaba ya unido con el Dolor, y que, si bien era estéril, lo amaba más que á la belleza; respuesta que costó á la Corona las ricas provincias de los Países Bajos, las cuales, á instigación del emperador, no tardaron en rebelarse, teniendo como jefes á algunos fanáticos de la Iglesia Reformada.

. Toda su vida de hombre casado, con sus alegrías fogosas y ardientes, y la terrible agonía de su fin súbito, parecía volver á él mientras miraba á la infanta jugar en el terrado. Tenía ella toda la petulancia de la reina, la misma manera determinada de menear la cabeza, el mismo gesto altivo y bello de la boca, la misma sonrisa maravillosa—verdadera sonrisa de

Francia—al levantar los ojos de cuando en cuando hacia la ventana, ó al dar su manecita á besar á los majestuosos grandes de España. Pero la penetrante risa de los niños hacía daño á sus oídos, el brillo implacable del sol parecía burlarse de su tristeza, y un vago olor de varias especias, como las que emplean los embalsamadores, parecía—¿ó bien era pura imaginación?—flotar en la clara atmósfera matinal. Escondió su cara entre las manos; y cuando la infanta alzó de nuevo los ojos hacia la ventana, las cortinas habían sido corridas y el rey había desaparecido.

Hizo ella un gestecillo de contrariedad y se encogió de hombros. Seguramente hubiera podido permanecer con ella el día de su cumpleaños. ¿Qué importaban los estúpidos negocios del Estado? ¿O bien se había ido á aquella lúgubre capilla, en donde los cirios jamás cesaban de arder, y en donde no le permitían entrar á ella? ¡Valiente tontería por parte de él, cuando el sol brillaba tan espléndidamente y todo el mundo estaba alegre! Y además, iba á faltar al simulacro de una corrida de toros, para el cual había sonado ya el clarín, sin hablar de la representación de marionetas y de todas las otras maravillas. Su tío y el Gran Inquisidor eran mucho más sensatos. Habían salido al terrado para dirigirle bonitos cumplimientos. Movía ella su fina cabeza, y cogiendo á Don Pedro de la mano, bajó lentamente la escalinata hacia un largo pabellón que había sido erigido en la extremidad del jardín, seguida de los otros niños, por orden de alcurnia, marchando delante los que tenían nombres más largos.

*
* *

Una procesión de nobles jovencillos, fantásticamente vestidos de toreros, salió á su encuentro; y el joven conde de Tierra Nueva, un muchacho de unos catorce años, maravillosamente hermoso, descubriéndose con toda la innata gracia de un hidalgo y de un grande de España, la condujo solemnemente á una sillita de oro y de marfil, dispuesta de manera

que dominase el ruedo. Las niñas se agruparon en torno, agitando sus grandes abanicos y hablando en voz baja, y Don Pedro y el Gran Inquisidor se quedaron riendo en la entrada. Hasta la duquesa—la camarera mayor, como la llamaban,—una mujer flaca, de facciones duras, con un lunar amarillo, parecía no estar de tan mal humor como de costumbre, y se hubiera dicho que algo como una sonrisa glacial pasaba por su arrugado rostro y vagaba en sus labios exangües y delgados.

Ciertamente, era una magnífica corrida de toros, mucho más bonita, pensaba la infanta, que la corrida de toros de veras que le habían hecho ver en Sevilla, con motivo de la visita del duque de Parma á su padre. Algunos de los muchachitos evolucionaban sobre caballos de niños con ricos caparazones, blandiendo largas javelinas en las que flotaban alegres guirnaldas de cintas de vivos colores; otros iban á pie, agitando sus capas escarlatas ante el toro, y saltaban prestamente la barrera cuando les acometía; y en cuanto al toro, era de mimbres y cuero curtido, y á veces se obstinaba en correr por el ruedo sobre sus patas traseras, en lo que ningún toro viviente hubiera pensado nunca. Se comportó también magníficamente, y las niñas se animaron hasta el punto de que se pusieron de pie sobre los bancos y agitaron sus pañuelos de encajes, gritando: «¡Bravo toro! ¡Bravo toro!» (1) con la misma seriedad que las personas mayores. Al final, tras una lucha prolongada, en el transcurso de la cual varios caballos fueron atravesados de parte á parte y desmontados sus jinetes, el joven conde de Tierra Nueva obligó al toro á doblar las rodillas; y habiendo obtenido de la infanta el permiso para dar el golpe de gracia, hundió su espada de madera en el cuello del animal, con tal violencia que la cabeza cayó en una pieza, dejando al descubierto la faz riente del señorito de Lorraine, hijo del embajador de Francia en Madrid.

(1) En castellano en el original.

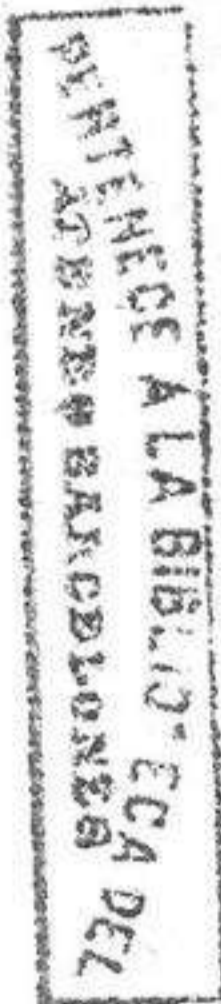
El ruedo quedó entonces vacío en medio de los aplausos, y los cadáveres de los caballos llevados solemnemente por dos pajes moros con libreas amarillas y negras; después, tras un breve intermedio, durante el cual un bailarín francés ejecutó sus habilidades en la cuerda floja, hicieron su aparición unas marionetas italianas en la tragedia semiclásica de *Sofonisbes*, en el escenario de un teatrillo que había sido instalado para esta ocasión. Representaban tan bien, y sus gestos eran tan naturales, que al final de la pieza los ojos de la infanta estaban llenos de lágrimas. En verdad, algunas de las niñas lloraron, y hubo que calmarlas dándoles golosinas; el mismo Gran Inquisidor se impresionó de tal manera, que no pudo menos de decir á Don Pedro que le parecía intolerable que personajes hechos sencillamente de madera y trapos de colores, que maniobran merced á unos hilillos, pudiesen ser tan desgraciados y estar expuestos á tan terribles infortunios.

Presentóse en seguida un juglar africano, que llevaba una gran cesta cubierta con un paño rojo; sacó de su turbante una curiosa flauta de caña, en la que se puso á soplar. Poco después el paño comenzó á moverse; y como la flauta daba sonidos cada vez más agudos, dos serpientes verde y oro sacaron sus cabezas extrañas y comenzaron á enderezarse lentamente, balanceándose á un lado y á otro al ritmo de la música, como se balancea una planta en el agua. Los niños, sin embargo, tenían cierto miedo de sus cabezas manchadas y de sus lenguas rápidas, y se sintieron mucho más tranquilos cuando el juglar hizo brotar de la arena del ruedo un minúsculo naranjo, que dió inmediatamente hermosas flores blancas y verdaderos frutos; y cuando cogió el abanico de la nietecita de la marquesa de Las Torres y le cambió en un pájaro azul que se puso á revolotear en torno del pabellón y á cantar, su entusiasmo no conoció límites. También el solemne minué, ejecutado por los pequeños bailarines de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, fué encantador. La infanta no había visto nunca todavía esa magnífica ceremonia que se cele-

bra todos los años ante el gran altar de la Virgen, y en su honor; y en verdad, ningún miembro de la familia real de España había vuelto á entrar en la gran catedral de Zaragoza, desde que un sacerdote atacado de locura, á quien se suponía generalmente vendido á Isabel de Inglaterra, intentó administrar una hostia envenenada al príncipe de Asturias. De suerte que no conocía sino de oídas la «Danza de la Virgen Nuestra Señora», como la llamaban, y verdaderamente era bello el espectáculo. Los niños llevaban antiguos trajes de corte de terciopelo blanco, y sus curiosos tricornos estaban guarnecidos de plata y coronados por grandes plumas de avestruz. La deslumbradora blancura de sus trajes, mientras evolucionaban al sol, se acentuaba más todavía por sus atezados rostros y sus largos cabellos negros. Todo el mundo estaba fascinado por la grave dignidad de sus danzas de complicadas figuras, por la gracia refinada de sus gestos y majestuosas reverencias; y cuando hubieron concluido sus evoluciones y saludado con sus sombreros empenachados á la infanta, ésta les devolvió el saludo con mucha cortesía, é hizo voto de enviar un hermoso cirio á Nuestra Señora del Pilar, á título de agradecimiento, por el placer que le había proporcionado.

Avanzaron en seguida unos bellos egipcios—como se llamaba á los gitanos en aquel tiempo,—y se instalaron en círculo, con las piernas cruzadas en el suelo, y se pusieron á tocar dulcemente la cítara, haciendo seguir á sus cuerpos el ritmo de la música, y canturriando, casi imperceptiblemente, una tonada soñadora y lenta. Cuando vieron á Don Pedro fruncieron el ceño, y algunos parecieron aterrorizados, porque pocas semanas antes había hecho ahorcar á dos ó tres miembros de la tribu, por brujería en la plaza del mercado de Sevilla; pero la linda infanta les cautivó, echada hacia atrás, mirando por encima de su abanico, con sus grandes ojos azules, y tuvieron la impresión plena y completa de que una criatura tan bonita no podría jamás ser cruel para nadie en el mundo. Continuaron, pues, tocando dulcemente, sin pulsar apenas las cuerdas

E. M.—*Mayo 1904.*



de las cítaras con sus largas uñas puntiagudas, y sus cabezas comenzaron á vacilar como si fueran á dormirse. De repente, con un grito tan penetrante que todos los niños se sobresaltaron y que Don Pedro empuñó el pomo de ágata de su puñal, se levantaron de un solo salto, y formando una rueda loca dieron vuelta á la arena golpeando sus tamboriles y cantando salvajes canciones de amor en su lengua gutural. Después, á otra señal, se arrojaron de nuevo al suelo y permanecieron así en una inmovilidad completa; solamente el vago zangarreo de las cítaras rompía el silencio. Después de haber repetido esto varias veces, desaparecieron un instante y volvieron trayendo por la cadena á un oso pardo de pelo rubio y que traía áuestas algunos monos pequeños de Berbería. El oso se tenía de cabeza con la más perfecta gravedad, y los monos sabios hicieron toda clase de habilidades con los dos gitanillos que parecían ser sus amos: combatieron con minúsculos sables de madera, tiraron con el cañón, y maniobraron como verdaderos soldados de la Guardia de Corps del rey. En suma, los egipcios tuvieron un gran éxito.

Pero la más regocijada de las diversiones de la mañana fué sin disputa el baile del Enano. Cuando llegó á regañadientes al ruedo, balanceándose sobre sus piernas torcidas y moviendo á compás su cabeza deforme, los niños prorrumpieron en una carcajada general, y la misma infanta se vió acometida de un tal acceso de hilaridad, que la camarera se creyó obligada á recordarla que, si bien había precedentes en España de que una reina hubiese llorado ante sus iguales, no existían para autorizar á una persona de sangre real el exhibir tanta alegría ante personas de un nacimiento inferior. El Enano, sin embargo, era en realidad completamente risible, y aun en la misma corte de España, reputada siempre por su pasión cultivada de lo horrible, no se había visto nunca un pequeño monstruo hasta tal punto fantástico. Era además su primera aparición. Había sido descubierto la víspera, corriendo salvajemente al través de los bosques, por dos de los señores á quienes

les sucedió cazar en una parte alejada del gran encinar que rodeaba la ciudad, y fué traído por ellos al palacio á título de sorpresa para la infanta, pues el padre, un pobre carbonero, se encontraba harto feliz con desembarazarse de un niño tan feo y tan inútil. Tal vez lo más divertido que había en él era la completa inconsciencia de su grotesco aspecto. Verdaderamente parecía completamente feliz y de excelente humor. Cuando los niños reían, reía él con tanta libertad, con tanta alegría como cualquiera de ellos, y al final de cada baile hacía á cada uno la más chusca de las reverencias, sonriéndoles, saludándoles con la cabeza, exactamente como si hubiera sido uno de ellos y no un mísero sér contrahecho, al que la naturaleza, por algún capricho, había creado para servir de juguete á la burla. En cuanto á la infanta, le fascinaba en absoluto. No podía apartar los ojos de ella, y parecía bailar para ella sola; y cuando, al final de la representación, acordándose de haber visto á las grandes damas de la corte arrojar flores á Caffarelli, el famoso cantor italiano, á quien el Papa había enviado desde su propia capilla á Madrid con la esperanza de curar la melancolía del rey por la dulzura de su voz, cogió de sus cabellos la hermosa rosa blanca, y mitad por juego mitad por hacer rabiar á la camarera, se la arrojó dirigiéndole la más encantadora sonrisa, él tomó la cosa completamente en serio, y, aplicando la flor contra sus rudos labios, se puso una mano en el corazón, y cayó sobre una rodilla ante ella, con una mueca que iba de una oreja á otra, brillando sus ojuelos de placer.

Esto trastornó de tal manera la gravedad de la infanta, que continuó riendo mucho tiempo después de que Enano se hubiera marchado; expresó á su tío el deseo de ver de nuevo el baile. Sin embargo, la camarera, bajo pretexto de que el sol quemaba demasiado, decidió que valía más para su alteza volver sin más tardar al palacio, en donde estaba ya preparada para ella una magnífica comida, en la que había un verdadero pastel de cumpleaños, con sus iniciales en todas partes, en azú-

car de color, y un bello pabellón de plata en el vértice. En consecuencia, la infanta se levantó muy dignamente, y habiendo dado órdenes para que el Enanito bailase de nuevo en su obsequio inmediatamente después de la siesta, y hecho presente al joven conde de Tierra Nueva su agradecimiento por su encantadora recepción, volvió á sus habitaciones, siguiéndola los niños en el mismo orden que á la entrada.

*
* *

Cuando el Enanito supo que había de bailar por segunda vez ante la princesa, y por mandato expreso suyo, se sintió tan orgulloso que corrió al jardín, sin dejar de besar la rosa blanca en un absurdo éxtasis de placer, y haciendo los gestos más extraños y más grotescos.

Las flores estaban absolutamente indignadas de aquella intrusión en su bello dominio; y cuando vieron que corría aquí y allí por los caminos, agitando de una manera ridícula sus brazos por encima de su cabeza, no pudieron contenerse más.

—Es verdaderamente demasiado feo para que se le permita jugar en cualquier lugar en que nosotras nos encontremos— exclamaron las tulipas.

—Debería beber jugo de adormideras, é irse á dormir por un millar de años—dijeron los lirios escarlatas, y se inflamaban de furor.

—¡Es un perfecto horror!—vociferó el cacto.—¡Qué deforme y grotesco es, y qué absolutamente desproporcionada es su cabeza con relación á sus piernas! Realmente siento que todos mis pinchos se me enderezan; y si se acerca, ¡ay de su piel!

—Y tiene verdaderamente en su mano una de mis más bellas flores—exclamó el rosal blanco.—Se la dí yo mismo esta mañana á la infanta, como regalo por su cumpleaños, y se la ha robado.

Y el rosal se puso á gritar:—¡Ladrón, ladrón, ladrón!—tan alto como pudo.

Hasta los rojos geranios, que no acostumbran á darse importancia, y que eran conocidos por la pobreza de sus relaciones, tomaron un aire de disgusto al verle; y cuando las violetas hicieron observar dulcemente que si era ciertamente feo, muy feo, no podía remediarlo, replicaron los geranios, con bastante justicia, que ése era precisamente su principal defecto, y que no había razón alguna para admirar á una persona porque fuese incurable; y, verdaderamente, algunas violetas se dijeron que la fealdad del Enano era casi ostentación, y que hubiera dado pruebas de mejor gusto tomando un aire triste, ó por lo menos pensativo, en lugar de entregarse á saltos de desordenada alegría y descomponerse en actitudes tan grotescas y tan tontas.

En cuanto al viejo cuadrante solar, que era una personalidad por extremo notable, y había indicado en otro tiempo la hora del día nada menos que al mismo emperador Carlos V, estaba tan desconcertado por la aparición del Enanito, que casi se olvidó deseñalar dos plenos minutos con su largo dedo de sombra, y no pudo menos de decir al gran pavo real blanco que se calentaba en la balaustrada, que todos sabían que los hijos de los reyes son reyes y que los hijos de los carboneros son carboneros, y que era absurdo pretender lo contrario; afirmación cuya perfecta exactitud reconoció el pavo real exclamando:—¡Ciertamente, ciertamente!—con voz de tal manera penetrante, que los peces de colores que vivían en el estanque, sobre el que esparcía su chorro el surtidor, sacaron la cabeza fuera de su morada y preguntaron, por amor de Dios, á los grandes tritones de piedra, lo que pasaba.

Sin embargo, los pájaros sentían simpatía hacia él. Le habían visto á menudo en el bosque, danzando aquí y allí, como un diablillo, tras las hojas que giraban, ó bien instalado en cuclillas en el hueco de alguna vieja encina, compartiendo sus nueces con las ardillas. No se ocupaban para nada en saber si era hermoso ó feo. El mismo ruiseñor, que por la noche cantaba tan suavemente en el bosque de naranjos, que á veces se

inclinaba la luna para escucharle, tampoco era muy hermoso; y además, el Enano había sido bueno para ellos, y durante aquel invierno terrible, en el que no se encontraban bayas en los árboles, cuando la tierra estaba dura como el hierro, y los lobos habían bajado hasta las mismas puertas de la ciudad para buscar qué comer, él no les olvidó ni una vez, sino que les distribuyó siempre algunas migajas de su mendrugo de pan negro, y compartió con ellos su comida, por pobre que fuese.

Fueron, pues, á volar y revolotear alrededor de él, rozándole, al pasar, la mejilla con las alas, y charlando entre ellos; y el Enanito se sintió tan satisfecho, que no pudo contenerse y les enseñó la bella rosa blanca, confiándoles que era la misma infanta la que se la había dado, porque le amaba.

Ellos no comprendían ni una sola palabra de lo que decía; pero no importaba nada, porque inclinaban la cabeza á un lado, tomando un aire grave, lo que vale tanto como comprender una cosa, y, ciertamente, es mucho más fácil.

También los lagartos le amaban inmensamente; y cuando estaba cansado de haber corrido por todos lados, y se echaba en la hierba para gustar del descanso, jugaban é iban á hacer sus habilidades cerca de él, tratando de divertirle lo mejor posible.—Todo el mundo no puede ser tan bello como un lagarto—exclamaban;—sería pedir demasiado. Y, aunque esto parezca extraño, no es en realidad tan feo, después de todo, con tal, entiéndase bien, de que se cierre los ojos y no se le mire.—Los lagartos eran en extremo filósofos por naturaleza, y á menudo permanecían horas y horas todos juntos, meditando, cuando no había otra cosa que hacer ó el tiempo era demasiado lluvioso para salir.

Sin embargo, á las flores les enojaba extraordinariamente su conducta y la de los pájaros.—Esto demuestra solamente —dijeron—las malas consecuencias de todo ese vagamundeo. Las gentes bien educadas permanecen siempre en el mismo lugar, como nosotras. Jamás se nos ve correr como locas por los caminos, ó galopar salvajemente por los céspedes para

perseguir á las libélulas. Cuando tenemos necesidad de cambiar de aire, hacemos venir al jardinero y nos transporta á otros cuadros. He aquí una digna manera de conducirse, y como todo el mundo debería obrar. Pero los pájaros y los lagartos no tienen el sentido del reposo, y verdaderamente, los pájaros ni siquiera tienen residencia fija. Son simples vagabundos, como los gitanos, y deberían ser tratados de la misma manera.—Alzaron, pues, la nariz y tomaron un aire de los más altaneros, y su alegría llegó al colmo cuando poco después vieron que el Enanito dejaba con esfuerzo el césped y atravesaba el terrado para volver al palacio.—Deberían, ciertamente, tenerle bajo llave por el resto de los días que la Naturaleza le conceda—dijeron.—Mirad esa joroba de su espalda y lo torcido de sus piernas—y lanzaron una carcajada ahogada.

Pero el Enanito no sabía nada de todo aquello. Amaba á los pájaros y á los lagartos inmensamente, y pensaba que las flores eran las criaturas más maravillosas del mundo entero, salvo, naturalmente, la infanta; pero también ella le había dado la bella rosa blanca, y ella le amaba, y esto era muy diferente. ¡Cuánto deseaba estar de nuevo con ella! Ella le colocaría á su derecha, le sonreiría, y él no la abandonaría nunca, enseñándole toda clase de juegos divertidos. Porque, aun cuando nunca hubiera estado en palacio, sabía muchas cosas, y cosas maravillosas. Fabricaba jaulitas de caña para los grillos, y fabricaba flautas tales como el dios Pan gusta de oír. Conocía el grito de todos los pájaros, y podía llamar desde la copa de los árboles á los estorninos, ó desde el estanque á la garza real. Conocía las sendas de cada animal, y seguía á la liebre por la pista, examinando sus finas huellas, y al jabalí observando el destrozo de su carrera sobre los matorrales. Sabía todos los bailes del viento: el baile rojo del otoño, el baile ligero con sandalias azules sobre los trigos, el baile de blancas guirnaldas de nieve del invierno y la danza florida por los verjeles en primavera. Sabía en dónde construían los nidos las palomas torcaces; y un día que un cazador de pájaros cogió

con lazo al padre y á la madre, crió á los pichones y edificó para ellos un pequeño palomar en el hueco de un olmo. Estaban completamente domesticados, y comían en su mano todas las mañanas. Ella los amaría, y también á los conejos que pululaban entre las altas matas, y á los grajos, con su plumaje azul como el acero y sus picos negros, y á los erizos, que podían ponerse como bolas cubiertas de púas, y á las grandes y graves tortugas, que circulaban lentamente, hocicando y mordisqueando las hojas tiernas. Sí, ciertamente; ella debía ir al bosque á jugar con él. Le daría su propia camita, y él velaría hasta el amanecer para que el ganado cornudo no le hiciese daño, ó que los lobos no se acercasen demasiado á la choza. Y al amanecer llamaría ligeramente en la ventana para despertarla, y saldrían y danzarían juntos todo el santo día. No se sentía en modo alguno la soledad en el bosque. A veces un obispo pasaba en su mula blanca, leyendo en un breviario iluminado. A veces, con sus gorras de terciopelo verde y sus sayos de gamo curtido, cruzaban los halconeros, empuñando los halcones encapuchados. En la época de las vendimias llegaban los pisadores de uva, con sus pies y sus manos encarnados, coronados de hiedra reluciente y llevando odres llenos de vino; y los carboneros se instalaban en círculos en torno de sus inmensos braseros, por la noche, mirando cómo los troncos de leña se transformaban lentamente en carbón de encina, y asando castañas en la cocina; los bandidos salían de sus cavernas é iban á charlar con ellos. Una vez también había visto una hermosa procesión por el largo y polvoriento camino de Toledo. Los frailes iban delante cantando dulcemente y llevando brillantes estandartes y cruces de oro, y después, con armaduras de plata, empuñando picas y arcabuces, venían los soldados, y en medio de ellos marchaban, con los pies descalzos, tres hombres con túnicas amarillas muy extrañas, cubiertas por completo de maravillosas figuras pintadas, y llevando en la mano cirios encendidos. Ciertamente había mucho que ver en el bosque, y cuando la infanta se fati-

gara encontraría para ella un blando asiento de musgo, al que la llevaría en sus brazos, porque era muy fuerte, aunque sabía, sin embargo, que no era muy alto. Le haría un collar de rojas bayas de brionas, que serían tan bonitas como las bayas blancas que tenía en su traje; y cuando ya no le agradaran, no tenía más que tirarlas, y él encontraría otras. Le llevaría bellotas y anémonas llenas de rocío, y gusanitos de luz que brillarían como estrellas en el oro pálido de sus cabellos.

* * *

Pero, ¿dónde estaba ella? Interrogó á la rosa blanca, y no le dió ninguna respuesta. Todo el palacio parecía dormido, y aun allí en donde no habían sido cerradas las persianas, se habían corrido pesados cortinones para quitar la luz. Circuló de un lado á otro en busca de una entrada, y, por último, descubrió una puertecilla particular que había sido dejada abierta. Se deslizó por aquella puerta y se encontró en una sala espléndida, mucho más espléndida todavía, se dijo con espanto, que el mismo bosque; había allí enorme cantidad de dorados por todas partes, y hasta el piso estaba hecho de grandes piedras de colores, que figuraban, por su ensambladura, una especie de figura geométrica. Pero la infantita no estaba allí; no había más que maravillosas estatuas blancas, que le miraban desde lo alto de sus pedestales de jaspe con ojos vacíos y tristes y una extraña sonrisa en los labios.

En el extremo de la sala colgaba una cortina de terciopelo negro, ricamente bordada, espolvoreada de soles y estrellas, los emblemas favoritos del rey, y del color que prefería. ¿Estaría acaso ella oculta allí detrás? En todo caso, había que verlo.

Se dirigió, pues, á la cortina, y la descorrió. No; había allí otra cámara solamente, pero más hermosa aún, se dijo, que la que acababa de dejar. Las paredes estaban cubiertas por verdes tapices de Arras con muchas figuras, que representaban

una cacería, obra de algunos artistas flamencos que habían empleado más de siete años en componerla. Aquella cámara había sido en otro tiempo la habitación de Juan el Loco, como le llamaban, aquel rey demente que tenía una pasión tal por la caza, que á menudo se imaginaba, en su delirio, cabalgar sobre inmensos corceles encabritados, y derribar al ciervo, sobre el que caían los lebreles, tocando la trompa y apuñalando á visiones de corzos que huían. Estaba destinada actualmente á cámara del Consejo, y sobre la mesa del centro estaban colocadas las rojas carteras de los ministros, con las tulipas de oro de España y las armas emblemas de la casa de Hapsburgo.

El Enanito miraba maravillado en rededor, y tenía cierto temor de seguir adelante. Los extraños jinetes silenciosos, que galopaban tan de prisa por los amplios claros sin hacer el menor ruido, le parecían aquellos terribles fantasmas de que había oído hablar á los carboneros — los Comprachos, que no cazan sino durante la noche, y que si encuentran á un hombre le cambian en cierva y le persiguen. Pero pensó en la bonita infanta, y recobró valor. Quería encontrarse á solas con ella, para decirle que él también la amaba. Tal vez se encontraba en la habitación siguiente.

Corrió sobre lo blando de los tapices morunos, y abrió la puerta. ¡No! tampoco estaba allí. La habitación estaba absolutamente vacía.

Era la sala del trono, destinada á la recepción de los embajadores extranjeros, cuando el rey, lo que no había sucedido sino raras veces desde algún tiempo, consentía en concederles una audiencia personal; la misma sala en la que, muchos años antes, fueron introducidos los enviados de Inglaterra para concluir el arreglo de matrimonio de su reina, entonces una de las soberanas católicas de Europa, con el hijo mayor del emperador. Las paredes estaban cubiertas de cuero de Córdoba dorado, y una pesada araña de plata, con brazos para soportar trescientas luces, descendía del techo blanco y negro. Bajo un

gran dosel de paño de oro, sobre el que los leones y castillos de España estaban bordados de perlas, se alzaba el trono, recubierto de un rico terciopelo negro guarnecido de tulipas de plata. En la segunda grada del trono estaba colocado el reclinatorio de la infanta, con su almohadón de paño de plata, y debajo, en el límite justo del dosel, el sillón para el nuncio del Papa, único que tenía el derecho de permanecer sentado en presencia del rey en toda ceremonia pública, y cuyo sombrero de cardenal, con sus bellotas de escarlata, se encontraba depositado enfrente, sobre un taburete de color de púrpura. En la pared frontera al trono colgaba un retrato, de medio tamaño natural, de Carlos V en traje de caza, con un gran mastín á su lado, y un retrato de Felipe II recibiendo los homenajes de los Países Bajos ocupaba el centro de la otra pared. Entre las ventanas se alzaba una mesa de escritorio de ébano, con incrustaciones de marfil, en la que estaban grabados los personajes de la *Danza Macabra*, de Holbein, por mano, según se decía, del mismo famoso maestro.

Pero el Enanito no se cuidaba para nada de toda aquella magnificencia. No hubiera cambiado su rosa por todas las perlas del baldaquino, ni ningún pétalo por el mismo trono. Lo que quería era ver á la infanta antes de que bajase al pabellón, y pedirla que se fuera con él cuando hubiera concluido de bailar. Allí, en el palacio, el aire estaba encerrado, pesaba; pero en el bosque el viento soplaba libremente, y el sol, con sus manos de oro, apartaba las titilantes hojas. También había flores en el bosque, no tan espléndidas, quizá, como las flores del jardín, pero más perfumadas en todo caso: jacintos de la temprana primavera que llenaban de una púrpura ondulante la frescura de los valles y los verdes oteros; primulas amarillas que se apelotonaban en pequeños grupos en torno de las sudosas raíces de las encinas; brillantes celandinas, verónicas azules, iris lila y oro. Había caudedas grises en los nogales, y las digitales se inclinaban bajo el peso de sus cálices tachonados que llenaban las abejas. Sí, seguramente iría ella, ¡si es

que podía encontrarla! Iría con él al bosque hermoso, y todo el santo día bailarían él para agradar á ella. Una sonrisa iluminó su mirada al pensar esto, y pasó á la siguiente habitación.

De todas, aquélla era la más brillante y la más bella. Las paredes estaban cubiertas de damasco de Luca con flores rosadas, lleno de pájaros y de delicadas flores de plata; el mobiliario era de plata maciza, festoneado con guirnaldas floridas y cupidos balanceándose; ante las dos grandes chimeneas se alzaban amplias pantallas bordadas de loros y pavos reales, y el enlosado, que era de ónice verde mar, parecía prolongarse hasta el infinito. Y no estaba solo. En la semioscuridad de la puerta, al otro extremo de la habitación, veía una figurita que le miraba. Su corazón se puso á temblar; un grito de alegría brotó de sus labios, y avanzó en la luz. Y al avanzar, la figura avanzó igualmente: la veía de lleno.

¡La infanta! Era un monstruo, el monstruo más grotesco que se haya contemplado nunca. Formado, no como todo el mundo, sino con una joroba, las piernas torcidas, una cabeza inmensa y colgante, una crin negra. El Enanito frunció las cejas; el monstruo, igualmente. Rió, y el monstruo rió con él, con sus manos á lo largo del cuerpo, exactamente como las tenía él. Hizo una irónica reverencia, que le fué devuelta. Avanzó, y la figura fué á su encuentro, copiando cada uno de sus pasos, deteniéndose cuando se detenía. Dió un grito de alegría, y tomó carrera tendiendo la mano, y tocó la del monstruo, que estaba fría como el hielo. Sintió que le embargaba el miedo, hizo un ademán de defensa, y el monstruo le imitó al punto. Trató de ir adelante, pero algo suave y duro al mismo tiempo le contuvo. La faz del monstruo estaba ahora contra la suya, y parecía aterrorizada. Bruscamente apartó los cabellos de sus ojos. El monstruo le imitó. Golpeó en su dirección, le devolvió golpe por golpe. Tomó un aire de enfado; el monstruo le hizo horribles gestos. Se volvió; el monstruo, también.

¿Quién era, pues? Reflexionó un momento, y miró en torno de la sala. Era extraño, pero todo parecía doble en aquella invisible pared de agua clara. Sí, los cuadros, los muebles. El fauno dormido que estaba acostado en la alcoba cerca de la puerta, tenía su otro que dormía; y la Venus de plata que se erguía en la luz del sol, tendía los brazos á otra Venus tan hermosa como ella misma.

¿Era Eco? Él había un día llamado á Eco en el valle, y le respondió palabra por palabra. ¿Podía ilusionar la mirada lo mismo que la voz? ¿Podía dar nacimiento á un mundo quimérico exactamente semejante al mundo real? ¿Podían tener color, vida y movimiento las sombras de las cosas? ¿Era que...?

Se estremeció, y apretando contra su pecho la bella rosa blanca, dió media vuelta y la imprimió un beso. ¡El monstruo también tenía una rosa exactamente igual, pétalo por pétalo! Le daba los mismos besos y la oprimía contra su corazón con gestos horribles.

La verdad se hacía luz en él; el Enano dió un grito salvaje de desesperación y cayó sollozando al suelo. Era él el sér deforme y giboso, horrible y grotesco. Era él mismo el monstruo y era de él de quien se habían burlado los niños, y la princesita, en cuyo amor había creído, no había hecho tampoco más que mofarse de su fealdad y reirse de sus piernas torcidas. ¿Por qué no le habían dejado en el bosque, donde no había espejo que le revelase su fealdad? ¿Por qué no le había matado su padre, antes que venderle para su vergüenza? Lágrimas ardientes corrían por sus mejillas, é hizo pedazos la blanca rosa. El monstruo hizo lo mismo y desparramó los delicados pétalos. Se arrastraba por el suelo; y cuando el Enano alzó los ojos hacia él, le miró con un rostro convulsionado por el dolor. Se alejó arrastrándose por temor á verle, y se tapó los ojos con ambas manos. Llegó como una criatura herida á la sombra, y permáneció allí gimiendo.

Y precisamente en aquel mismo momento llegaba la infanta con sus compañeras y sus compañeros de juego al cruce-

ro abierto; y cuando vieron al horrible Enanito en el suelo, golpeando el suelo con sus crispadas manos, con movimientos de una exageración fantástica, hubo una verdadera explosión de risas, y todos hicieron círculo para mirarle.

—El baile era divertido—dijo la infanta,—pero su manera de representar lo es más todavía. En verdad, es casi tan bueno como las marionetas, salvo, por supuesto, la naturalidad que le falta.

Y agitó su gran abanico y aplaudió.

Pero el Enanito no levantaba los ojos; sus sollozos se hacían cada vez más débiles, y de pronto lanzó un extraño suspiro y se llevó la mano convulsivamente á un costado. Después cayó hacia atrás para no volver á moverse.

—Está perfectamente—dijo la infanta después de una pausa,—pero ahora hay que bailar para mí.

—Sí—exclamaron todos los niños,—tienes que levantarte y bailar, porque eres tan malicioso como los monos de Berbería y mucho más divertido.

Pero el Enano no respondía.

Y la infanta se puso á golpear con el pie, y llamó á su tío, que se paseaba en el terrado con el chambelán, leyendo unos despachos acabados de llegar de Méjico, en donde se había establecido el Santo Oficio.

—Mi divertido Enanito se enfurruña; hay que avivarle y decirle que baile para mí.

Los dos hombres cambiaron una sonrisa y llegaron con paso indolente; Don Pedro se bajó y dió un bofetoncito al Enano en la mejilla con su guante bordado.

—Hay que bailar, pequeño monstruo. Hay que bailar. La infanta de España y de las Indias quiere que la diviertan.

Pero el Enanito no se meneaba.

—Que vayan á buscar á maese azotador—dijo Don Pedro con tono de incomodidad, y se volvió al terrado.

Pero el chambelán tomó un aire grave, se arrodilló junto al Enanito y le puso una mano en su corazón. Y á los pocos

momentos se encogió de hombros y se levantó; con una profunda reverencia á la infanta, le dijo:

—Mi bella princesa (1), vuestro divertido Enanito no bailará más. Es un fastidio, porque es tan feo que hubiera podido lograr el distraer al rey.

—¿Pero por qué no ha de bailar más?—preguntó la infanta riendo.

—Porque su corazón se ha roto—respondió el chambelán.

La infanta frunció el ceño, y sus labios, finos como pétalos de rosas, hicieron un bonito gesto de desdén.

—En lo sucesivo, que los que vengan á jugar conmigo no tengan corazón—exclamó, y corrió al jardín.

OSCAR WILDE

(1) En castellano en el original.



RONCESVALLES

(CONCLUSIÓN)

Examinamos al día siguiente en detalle lo que percibimos en conjunto el día de nuestra llegada, y se confirmó la primera impresión que experimentamos. Dimos deliciosos paseos á lo largo de los arroyuelos y bajo las grandes encinas. En cuanto á los monumentos que se alzan en el extremo norte del llano, no nos interesan aquí más que en cuanto se refieren al recuerdo de la gran batalla; no se refieren á ella, por lo demás, sino en virtud de tradiciones cuya autenticidad necesitaremos buscar, aunque á veces sean muy antiguas.

La hospedería fué en otro tiempo muy importante. Se fundó en 1127 por el obispo de Pamplona, Sancho de la Rosa, y el rey de Aragón, Alfonso el Batallador, al pie del puerto en donde, dice la carta de fundación, miles de peregrinos que se dirigían de España á Roma ó de Francia á Compostela, fueron sofocados bajo la nieve ó devorados por los lobos. Durante siglos acogió, albergó, cuidó en sus enfermedades, enterró piadosamente, cuando sucumbían á sus fatigas, á innumerables viajeros. En efecto, no se atravesaba la montaña en los siglos pasados tan cómodamente como se hace hoy: el camino que nosotros hemos seguido no era más que un sendero apenas practicable para mulas; el camino ordinario, que, partiendo de San Juan de Pie de Puerto y ascendiendo en seguida por abruptas pendientes, pasaba por el «Puerto de Cisa», era muy rudo, sobre todo en la mala estación. En 1560, la pobre pequeña Isabel de Valois, que iba á buscar á su marido, á quien

aún no conocía, al terrible Felipe II, llegó á Roncesvalles, el 2 de Enero, medio muerta de frío y de miedo, habiendo perdido bajo los aludes de nieve una parte de sus bagajes y los equipajes de sus damas de honor. La hospedería tenía, para subvenir á las necesidades de su caridad, grandes posesiones, rentas en varios países, y el privilegio de hacer colectas por toda la cristiandad.

Yo no puedo aquí extenderme sobre la historia de esa célebre casa; no describiré tampoco el edificio tal como hoy se encuentra: vense allí reunidas construcciones de épocas muy diversas, la iglesia fundada por el rey de Navarra Sancho el Fuerte, el claustro en que está enterrado y en donde están suspendidas las cadenas que trajo de la famosa victoria de Las Navas (1212), las joyas de orfebrería y de bordados que conserva aún el tesoro; todo esto merece ser visto y estudiado, pero es ajeno á mi asunto. Diré solamente que hoy lo que constituye á los ojos de los habitantes del país circunvecino la gran nobleza de la casa y la verdadera atracción de Roncesvalles, no es en modo alguno el recuerdo de la batalla de hace dos siglos: es una Virgen de madera, á la que se atribuye el haber sido milagrosamente revelada, en una época que no se precisa (1), y que es objeto de gran devoción popular. El historiador de la *Real Casa* termina su descripción lírica de la meseta de Roncesvalles exclamando: «¡Dios ha creado en medio de esas agrestes montañas un oasis delicioso para hacer de él la morada de la Virgen de Roncesvalles!» Esto es, para el viajero que busca aquí impresiones de otro orden, una sorpresa moral tan grande como la que experimenta, si no está prevenido, al primer aspecto de estos lugares, que creía trágicos y que encuentra graciosos y rientes.

Ni la colegiata ni el país carecen, sin embargo, de recuer-

(1) En todo caso, era desconocida en el siglo XIII; porque el autor del poema latino sobre la casa de Roncesvalles, que enumera todas sus glorias, no hace mención alguna de la Virgen milagrosa.

dos más ó menos serios de la batalla. En la colegiata se enseñan las armas de Roldán y de Olivier, las zapatillas de terciopelo del arzobispo Turpin; mostrábase en otro tiempo el cuerno de Roldán y también el de Olivier, la espada de Roldán, sus espuelas, uno de sus estribos, etc.; la mayor parte de estos objetos ha desaparecido y merece poco sentimiento; pero los edificios que se encuentran sucesivamente, yendo desde la hospedería á Burguete, son más dignos de retener un instante la atención.

La antigua iglesia parroquial, hoy abandonada, que se encuentra primero á la izquierda, no ofrece nada interesante. No sucede lo mismo con la capilla del Espíritu Santo, casi contigua á la iglesia. Laffi, que la llama «la tumba de Roldán», la describe muy exactamente, si no es que reduce demasiado el espacio del corredor cuadrado, formado por una segunda construcción que rodea el edículo y que es todavía hoy un lugar de inhumación muy solicitado. El edículo existía ya en el siglo XIII; y un poema latino compuesto en honor de la hospedería hacia 1215, nos lo describe tal como todavía está: «La fábrica de esa basílica es cuadrada por todos lados, pero el vértice es redondeado y lleva una cruz. Se le llama osario porque sirve para los huesos de los muertos; es visitado por los ángeles, según aseguran los que los han oído». La tradición actual, que existía ya por lo menos en el siglo XVII, es que los guerreros de Roncesvalles están enterrados allí; y todavía se celebra anualmente un funeral por sus almas. La capilla tiene un subterráneo, en donde mirando por aberturas practicadas en el suelo, se ven algunas osamentas en medio de la tierra negra, procedentes de restos de numerosos cadáveres. Se piensa, no sin emoción, en el osario, en el cual, según la *Canción*, Carlomagno hizo reunir los cuerpos de los francos muertos en el combate. El edículo, en la sencillez arcaica de su construcción, podría seguramente remontarse al siglo VIII. Es probable, sin embargo, que sea más reciente y que no tenga nada que ver con la gran batalla. El poema la-

tino citado no hace ninguna alusión á Carlomagno, y dice sencillamente que aquel osario estaba consagrado al entierro de los peregrinos que morían en la hospedería. Por su parte los peregrinos que á fines del siglo XII pasaban por allí, no buscaban en aquella capilla el osario de los compañeros de Roldán. Aceptaban una tradición según la cual Carlomagno, perplejo para distinguir á los muertos cristianos de los infieles, rogó á Dios que le diese un medio: en seguida un arbusto espinoso nació del cuerpo de cada sarraceno. «Los buenos peregrinos que van por allí á Santiago los ven todavía», dice una renovación de la *Canción de Roldán*. Esta renovación añade que los franceses enterraron entonces sus muertos en sesenta ó cien osarios, diseminados por el llano, y que Dios hizo crecer sobre sus fosas avellanos frescos y verdes, «que serán siempre visibles». Esa capilla fué sin duda construída en el siglo XII y dedicada desde su origen á sepultura de peregrinos.

Ante la puerta de la capilla del Espíritu Santo, se veía en tiempos de Laffi la piedra que Roldán hendió con su espada; en el siglo XII se enseñaba en la iglesia de la hospedería, según nos dice una *Guía de los Peregrinos* de Santiago compuesta antes de 1140. Ha desaparecido.

Un poco más lejos sobre el camino de Burguete se ve todavía, siempre á la izquierda, una antigua cruz de piedra, que se llamaba antes la Cruz de los Peregrinos; tiene bajorrelieves toscos, que representan á Cristo, á la Virgen y á los santos, con una inscripción en caracteres muy gastados, que parecen ser del siglo XV, y que no he logrado descifrar, como tampoco los anticuarios que los han examinado antes que yo.

La «fuente de Roldán» se encuentra á lo largo de una calle de hermosos árboles que forman el «paseo» de Roncesvalles; en tiempo de Laffi estaba amparada por una construcción ornamental, de la que no queda nada. Allí fué, se decía, donde Roldán bebió por última vez; al lado estaba la pie-

dra hendida por Durendal, transportada primero á la colegiata, después ante la capilla funeraria.

*
* *

Todos estos recuerdos—aunque varios hayan sido designados muy antiguamente como tales—no tienen evidentemente ninguna autenticidad. Son producto ó de la imaginación de los visitantes venidos de Francia, ó del esfuerzo hecho por las gentes de Roncesvalles para responder á las preguntas de esos visitantes y satisfacer en piadosa curiosidad. No es verosímil que el acontecimiento del 778 haya dado nacimiento á una tradición local. La tradición histórica es en todas partes extremadamente corta; es muy raro, dígame lo que se diga, que pase mucho de una generación. Aquí, sin embargo, el orgullo que debieran concebir los vencedores de un rey poderoso, famoso por tantas victorias, los monumentos que el mismo Carlos—como ya veremos—elevó sin duda sobre aquellos lugares, hubieran podido preservar un poco, en los montañeses navarros, el recuerdo de su triunfo; este recuerdo hubiera sido, por lo demás—no hay que decirlo,—hostil á los francos; no hubiera, en todo caso, conservado nada de Roldán—cuyo mismo nombre debía de ser desconocido á los agresores,—y no habría consagrado las hazañas y los últimos momentos de un héroe enemigo.

Pero no parece haber existido semejante recuerdo. Los vascos no tienen ni leyendas históricas (1) ni cantos históricos (2); su rápido olvido del pasado contrasta con su afecto á

(1) No es inútil decir que los lugares llamados hoy, en Francia, «Paso de Roldán», «Brecha de Roldán», etc., no han recibido tales denominaciones sino en época muy reciente (no hay trazas de ninguna antes del siglo XVIII), y los deben á la invención de poetas ó eruditos locales. Lo mismo sucede sin duda con el *Salto de Roldán*, en España.

(2) Se les ha compuesto algunos en la época romántica; y entre otros, un canto sobre la batalla de Roncesvalles, el pretendido *Canto de Altabiscar*, que ha engañado mucho tiempo á los críticos. Sábese hoy que ese

sus antiguas costumbres y á su género de vida hereditaria. De otra parte, las gargantas del Puerto de Cisa, el desfiladero de Ibañeta, la meseta de Roncesvalles y sus alrededores fueron durante mucho tiempo lugares casi inhabitados, en los que no podía mantenerse en modo alguno un recuerdo tradicional. En 1127, el obispo Sancho de la Rosa, en la carta de fundación de la hospedería de Roncesvalles —aunque declara construirla cerca de la «capilla de Carlomagno»—no hace ninguna mención del acontecimiento, que sin embargo, gracias á los poetas franceses y á sus imitadores, era ya cantado en Europa entera y hasta en España; es muy probable que el obispo de Pamplona no tuviera ningún conocimiento de él.

Mayor sorpresa es la de comprobar el mismo silencio en el panegírico de la hospedería, escrito en versos latinos rítmicos hacia 1215, y cuyo autor busca cuanto pueda glorificar á aquella casa. Esto es tanto más extraño cuanto que, tres cuartos de siglo antes, la *Guía* ya citada resumía la historia de Roncesvalles con arreglo á nuestras canciones de gesta, y refería que se enseñaba en la iglesia de la hospedería la «grada» hendida por Durendal. La omisión en el panegírico es tal vez voluntaria. Comenzaba, en efecto, á producirse en España, entre los eruditos, una reacción patriótica contra la manera que los poemas franceses presentaban el acontecimiento que había tenido á Roncesvalles por teatro.

Los poemas franceses—al contrario de la historiografía oficial, que no conocían—presentaban á los agresores de la retaguardia de Carlomagno, no como navarros, sino como musulmanes venidos de Zaragoza. Los peregrinos que, desde fines del siglo ix, pasaban los montes para ir á Compostela, estaban imbuídos por las relaciones de las canciones de gesta, y las propagaron en torno de ellos. Los juglares franceses,

pretendido canto (¡en prosa!), adaptado á un estribillo popular sin ninguna relación con el asunto, fué compuesto en francés, en 1828, en París, por Garay de Monglave, y puesto en vasco por su amigo L. Duhalde.

que acudían en gran número á buscar fortuna en las cortes de Castilla, aportaron esas mismas canciones, y los juglares españoles, formados en la escuela de los nuestros, reprodujeron desde luego, sin pensar más, la versión francesa; siendo los enemigos de Carlomagno «sarracenos», «paganos», no se vacilaba en ponerse en contra suya. Pero á principios del siglo XIII, un clérigo español que había ido á estudiar á París, Rodrigo Jiménez—más adelante arzobispo de Toledo,—leyó las crónicas latinas, y vió que el ataque á la retaguardia franca era atribuído en ellas á navarros y no á sarracenos. Cuando, de regreso á su patria, escribió su historia de España, protestó contra las aserciones de las canciones de gesta, y reivindicó la derrota de Roldán como un título de gloria para España. No se atrevió, sin embargo, á rechazar por completo la narración generalmente admitida: supuso que los españoles habían sido en aquella ocasión aliados de los moros, lo que, desde el momento que se trataba de rechazar al extranjero, no chocaba al patriotismo castellano. Rodrigo fué seguido en ese camino por el real cronista Alfonso X y por los autores subsiguientes de los cantares de gesta. Ahora bien, hay razones bastante serias para atribuir al mismo Rodrigo Jiménez el poema latino en honor de Roncesvalles; se comprende que, no queriendo molestar á los peregrinos que llegaban llenos de narraciones épicas, ni asociarse á su manera de comprender la derrota de los franceses, guardara silencio sobre este delicado punto.

Lo esencial para nosotros es comprobar que no hubo jamás tradición local en Roncesvalles ni en sus alrededores. Lo que se ha sabido allí del desastre del 778 lo han aprendido por fuera, primero por los peregrinos, después por Rodrigo de Toledo y los que en él se inspiraron. Hoy se le considera francamente como una victoria española. El prior de los canónigos, que nos enseñó, con suma amabilidad, la colegiata y la capilla funeraria en donde cree que están enterrados los muertos de la gran batalla, quería dar prueba de cortesía

para con nosotros, al mismo tiempo que de espíritu verdaderamente cristiano, diciéndonos con una sonrisa: «Celebramos todos los años un funeral por todos ellos, tanto por los franceses como por los españoles».

Este sentimiento patriótico originó, en el siglo XVIII ó en las postrimerías del XVII, la construcción de un pequeño monumento conmemorativo en honor de los vencedores de Roncesvalles. Un peregrino que lo vió en 1748, lo describe así: «Se ve, en medio de esa meseta, en donde se dió la batalla, una cruz de unos quince pies de alto, toda de hierro, de cinco pulgadas en cuadrado. Está bajo un pabellón sostenido por cuatro pilares de hierro, construído todo sólidamente». El monumento tenía sin duda una inscripción exaltando á los españoles, con detrimento de los franceses, porque excitó, en 1794, la indignación de los representantes Baudot y Garrand, que acompañaban al ejército francés acampado en Roncesvalles. Hicieron demoler el ofensivo trofeo, plantaron en la plaza un árbol de la libertad, y enviaron á la Convención la relación siguiente, que se puede leer en el *Monitor*, y que es harto sabrosa para que no se me censure por publicarla aquí:

«Habiendo alcanzado una victoria el ejército de los Pirineos, en Enguy (1), el 26 y el 27 vendimiario, ha vengado una antigua injuria inferida á la nación francesa. Nuestros antepasados de tiempo de Carlomagno fueron derrotados en la planicie de Roncesvalles. El español había elevado una pirámide en el campo de batalla. Vencido á su vez por los republicanos franceses, ya con su propia sangre había borrado los caracteres; no quedaba más que el frágil edificio, que ha sido demolido al instante; la bandera de la República flota hoy donde estaba el moribundo recuerdo del orgullo de los reyes, y el árbol de la libertad ha reemplazado á la maza destructora de los tiranos. Una música conmovedora y guerrera ha seguido á esta inauguración».

(1) O *Engui*, pueblecito de Navarra, entre Pamplona y Roncesvalles.

No sin amargura recuerda esta destrucción el historiador de la *Real Casa*: «En medio de esta planicie—dice—se elevaba antes la Cruz de Roldán, monumento erigido en recuerdo de la victoria alcanzada allí por los valientes navarros, y destruído por los descendientes de aquellos que sucumbieron á los rudos golpes de las mazas de las armas españolas».

Hay, sin embargo, si no en Roncesvalles mismo, por lo menos en los alrededores inmediatos, recuerdos de Carlomagno que pueden reclamar una gran antigüedad. En la carta de fundación de la hospedería de Roncesvalles, de la que ya he hablado, el obispo de Pamplona, en 1127, declara que la establece «en la cima (1) del monte que se llama *Rosesvals*, cerca de la capilla de Carlomagno, el muy glorioso rey de los francos». Es la capilla de Ibañeta, que fué varias veces reconstruída, pero que, según ese texto indiscutible, existía por lo menos á principios del siglo XII y estaba entonces considerada como habiendo sido construída por Carlomagno. No veo, por mi parte, nada que pueda hacer dudar de la autenticidad de esa atribución. ¿No es natural el creer que Carlos—á quien, como sabemos, afectó mucho el desastre de Roncesvalles—quisiera consagrar con una construcción piadosa el lugar en donde habían muerto sus fieles guerreros? (2). Sería preciso, para impugnar el valor del nombre tan antiguo de la capilla, admitir que le fué dado por los peregrinos que aportaban á Roncesvalles sus recuerdos poéticos. ¿Pero quién la construyó entonces? ¿y por qué? Acabamos de ver que el lugar en que se elevaba en 1127 estaba de tal manera desierto, que los viajeros eran atacados por bandadas de lobos. La misma meseta de Roncesvalles, á principios del siglo XIII, estaba completamente inculta, según el poema latino de 1215. Car-

(1) Hay que entender: «cerca de la cima». Porque, pocos años después de la fundación de la hospedería, la *Guía de los Peregrinos* nos la muestra ya donde hoy se encuentra todavía.

(2) Naturalmente, no debió elevar la capilla en el momento mismo; pero dió órdenes para que la construyesen.

los, para proteger la capilla y el paso, adoptó medidas, sin duda alguna, que fueron abandonadas en la anarquía de los siglos x y xi; la fundación de Sancho de la Rosa fué la primera tentativa que se hizo para dar alguna seguridad á aquella región. No se explicaría en el intervalo la creación de dicha capilla.

Otro monumento elevado por Carlomagno parece estar ligado, si no al desastre del 15 de Agosto, por lo menos con la expedición del 778: es la Cruz de Carlos (*Cruz Karoli*). Se encuentra mencionada desde 980, en una carta episcopal de Bayona, como formando el límite del valle de Cisa. Elevábase probablemente en el punto más alto de la vía romana, que ciertamente siguió el ejército franco, tanto á la ida como á la vuelta. He aquí lo que dice la *Guía de los Peregrinos*, á menudo citada: «En el país de los vascos, sobre el camino de Santiago, se encuentra un monte muy elevado que se llama el Puerto de Cisa; la subida es de ocho millas y la bajada de otro tanto. Es tan alto que se cree, cuando uno está en la cumbre, que se va á poder tocar el cielo. Desde allí se pueden ver tres reinos: Castilla, Aragón, Francia. Allá en lo alto hay un lugar que se llama la *Cruz de Carlos*, porque Carlos, al dirigirse á España con su ejército, practicó, con ayuda de hachas, picos, azadones y otros instrumentos, un camino sobre ese monte, y plantó en él una cruz... Allí los peregrinos se arrodillan, rezan una oración y clavan cada uno una cruz en el suelo; de suerte que allí pueden verse miles de cruces». Nada hay que haga sospechar la perfecta exactitud de estas noticias, que se refieren, sin duda, á Château-Pignon, punto culminante del Puerto de Cisa. Carlos no construiría, pero sí restauraría la vía romana; y los términos de que se sirve nuestro autor hacen creer que aquél hizo recordar este trabajo en una inscripción grabada en la cruz. Pesquisas bien conducidas harían tal vez encontrar el precioso monumento.

Más dificultosa es la designación de *Vallis Karoli*, *Val Carlos* en español, *Val Charlon* en diversos textos franceses. Aparece hacia 1130 en un poema alemán que contiene una cu-

riosa versión de la guerra de Carlos en España; después, unos diez años más adelante, en el falso Turpin y en la *Guía de los Peregrinos*. Según estos dos últimos textos, que están estrechamente ligados, el nombre de ese valle procede de que Carlos acampaba en él, después de haber franqueado los puertos, cuando oyó el llamamiento del cuerno de Roldán. Pero es seguro que Carlos siguió el camino de Puerto de Cisa: la misma crónica de Turpin lo dice más adelante de una manera expresa. Hay por lo tanto aquí contradicción. Es probable que el nombre de *Vallis Karoli* proceda de la Capilla de Carlomagno que se elevaba en Ibañeta y que dominaba dicho valle (1), que siempre fué español; después se explicarían el nombre suponiendo que Carlos había acampado en el valle (2).

La Cruz de Carlos, la Capilla de Carlos, pueden ser consideradas, á lo que parece, como monumentos conmemorativos elevados por el rey de los francos: el primero, para recordar su paso por el camino, restaurado por él, del Puerto de Cisa; el segundo, para consagrar el recuerdo de los muertos del 15 de Agosto del 778. Y este último testimonio tiene un valor histórico importante, por cuanto nos permite afirmar que el célebre combate se libró efectivamente en Roncesvalles ó en los inmediatos alrededores, lo que no dice ninguno de los cronistas contemporáneos, y lo que no se encuentra sino en los poemas franceses, fieles guardianes aquí de la tradición auténtica.

*
* *

No solamente han conservado los poemas franceses el nombre de Roncesvalles (3); la manera que tienen de representar la escena del combate parece remontarse también á un cono-

(1) En Ibañeta se reúnen los dos caminos que van de Francia á Roncesvalles, uno por el Puerto de Cisa, otro por Val Carlos.

(2) En rigor, podría suponerse que Carlos, de vuelta por el Puerto de Cisa, llevó su ejército á Val Carlos para que descansara; pero esto hubiera sido un rodeo bastante grande é inútil.

(3) En vasco, *Orreaga*: «enebral».

cimiento directo de los lugares. Los versos que he citado más arriba, y que han creado la imagen que de ordinario se forma uno de Roncesvalles, no se aplican en realidad sino al Puerto de Cisa, al que aluden muy bien. Describiendo el paso del ejército de Carlomagno al través de ese puerto, ha dicho el poeta:

*Hauts sont les monts et les vaux ténébreux,
Les roches bises, les détroits merveilleux;*

y en el momento en que el ejército levanta el campo para volver á Roncesvalles por el mismo camino, repite:

*Hauts sont les monts et ténébreux et grands,
Les vaux profonds où courent les torrents.*

No se encuentra nada que se parezca al mismo Roncesvalles: aquí no hay desfiladeros, ni valles tenebrosos. El poeta habla siempre de un «campo», y el aspecto que se ofrece á los ojos de Carlomagno cuando vuelve al lugar del combate no es el de una garganta estrecha: ve el campo, los valles y los montes—es decir, la meseta con las alturas que la rodean,—cubiertas de muertos á dos leguas hacia adelante—sobre el camino que conduce al Ebro,—percibe el polvo de los sarracenos que huyen.

En la misma descripción del combate hay pocos detalles que nos permitan completar estas indicaciones; pero no los hay que las contradigan. La célebre escena en la que Olivier, desde lo alto de un «pui» (1), ve «á su derecha, por un valle herboso», avanzar á los sarracenos, se explica muy bien si está subido sobre una de las alturas meridionales ú occidentales y mira del lado de Pamplona. El «agua corriente», que Turpin va á buscar para dar de beber á Roldán, no falta en la meseta.

Roldán, para morir, según la *Canción*, se tumba bajo un pino. Este detalle ha llamado la atención de M. G. Deschamps cuando su visita á Roncesvalles. «Por mucho que he mirado,

(1) Montaña.

dice, no he visto pinos. Me parece que quien redactara la *Canción de Roldán* hizo sus descripciones á capricho, sin haber visitado nunca los Pirineos». Acerca de esta observación se entabló el debate de que he hablado. Camilo Julián, el sabio historiador de la Guyena romana y de la Edad Media, la recogió no sin viveza: «Yo siempre he creído, dice, que el simpático poeta estuvo en Roncesvalles, vió los lugares y recorrió la piadosa peregrinación del martirio de un héroe... Si no hay pinos ahora, creo que los hubo en el siglo xi ó en el xii... Los Pirineos llevaban antes el sobrenombre de «suministros de pinos» (1). Pero M. J. Vinson, tan competente en asuntos forestales como en antigüedades, protestaba á su vez en sentido opuesto: «No es probable que en tiempos de Carlomagno hubiera más pinos propiamente dichos de los que hay actualmente en los Pirineos. Los bosques de Roncesvalles están formados sobre todo de abetos y hayas. No creo, además, por mi parte, que el autor de la *Canción de Roldán* haya ido nunca á Roncesvalles».

Sobre este último punto se me ha hecho el honor de tomarme por árbitro: ¿Ha ido á Roncesvalles el autor de la *Canción de Roldán*?—Pero la pregunta no debería formularse con esa sencillez. La *Canción de Roldán* no es una obra compuesta de un solo tirón en un momento dado: encierra en sí elementos de fecha y procedencia muy diferentes; los unos, como ya he tratado y como seguiré tratando de demostrar, se remontan á la impresión directa del acontecimiento que celebra; los otros han sido introducidos en el transcurso de los siglos por poetas de profesión, que inventaban todo género de episodios propios para aumentar el interés del poema y desarrollar la inspiración heroica y nacional. Que uno de esos poetas haya estado en Roncesvalles, es muy posible. Los juglares franceses, desde el siglo x, probablemente pasaban los montes para ir á España á ejercer su oficio; de vuelta á Francia podían, según sus

(1) *Pyrenæi pinifertæ vertices* (Avienus, *Ora maritima*).

recuerdos de viaje, añadir ó modificar algunos trozos en el antiguo poema, cuya relación era una de sus mejores maneras de ganarse el pan. ¿Pero quién podría discernir en la versión que nos ha llegado la parte de cada uno de ellos? Y lo que hayan añadido de exacto, han podido deberlo, no á una vista personal de los lugares, sino á las relaciones de algún peregrino de vuelta de Compostela. Los peregrinos aportaban á Roncesvalles su conocimiento del poema—que había evolucionado lejos de allí,—y pretendían encontrar en el lugar lo que tenían en la memoria. La misma *Canción* invoca el testimonio de aquéllos á propósito de la pretendida tumba de Roldán en Blaye; puede también deberles particularidades relativas á Roncesvalles... El autor de la *Canción de Roldán* se llama Legión, y entre los que, desde el siglo VIII al IX, tendrían derecho á levantarse para responder al llamamiento que dirigiéramos á ese autor, sería muy temerario afirmar que no se encontrara uno que no haya pasado por Roncesvalles, en una época en que tantas gentes pasaban. Hasta se puede creer que el autor de la primera *Canción*—ahogada en las añadiduras sucesivas—estuviese con el ejército de Carlos. Pero de que se observan en el poema rasgos que indican un conocimiento exacto, y tal vez contemporáneo, de los lugares y de los hechos, no se puede deducir nada para el conjunto de la obra.

Un poema que hace del rey de los francos Carlos, de treinta y siete años de edad en 778, el emperador Carlomagno, de barba blanca y cabellos grises,—que ignora la participación de los vascos en la batalla,—que hace adorar á los sarracenos á los ídolos Mahomet, Apolino y Tervangante,—que refiere que Carlomagno no solamente exterminó cerca del Ebro, gracias á un milagro, á los enemigos escapados de los golpes de Roldán, sino que tomó Zaragoza é hizo de ella una ciudad cristiana (1),—tal poema se encuentra evidentemente muy ale-

(1) Y no hablo del episodio de Baligant, en que se ve al jefe de todos los «paganos» llegar de Alejandría para ser vencido y muerto por Carlo-

jado de los acontecimientos que narra, y únicamente por un gran azar se pueden todavía discernir en él trazas de realidad contemporánea.

La «cuestión del pino» se presenta desde entonces como bastante ociosa. El pino es un árbol muy en boga entre nuestros antiguos poetas, que les hacen prestar su hermosa sombra á conservaciones ó acontecimientos importantes. Ahora bien, no se preocupaban—sobre todo cuando la asonancia ó la rima les invitaba á ello—por transplantar árboles de un país á otro: así vemos en muchas canciones de gesta elevarse olivos en pleno norte de Francia. Podríase pues admitir, bajo la autoridad de M. Vinson (1), que jamás hubo pinos en Roncesvalles.

Pero, he aquí que á esta autoridad se opone otra que, en su género, parece aún más decisiva. M. Wentworth Webster se ha servido escribirme diciendo: «La vegetación en esas regiones está sujeta á grandes transformaciones. Cuando Orreaga, «el campo de los enebros», recibió su nombre, crecían en él ciertamente pinabetes. Ahora bien, la zona de los enebros es al mismo tiempo la zona extrema de las hayas; en seguida vienen los pinos y los abetos. El orden—en línea ascendente—es éste: hayas, hayas y enebros, hayas y enebros con algunos pinos aislados, pinos y abetos, abetos. Pueden verse todos estos árboles en gradación regular yendo de Santa Engracia al pico de Anie. Es imposible decidir, según el estado actual, lo que podía ser en tiempos de Carlomagno la flora de las montañas que rodean á Roncesvalles: los bosques pueden haber perecido y haberse repoblado dos ó tres veces desde la Edad Media... En el siglo XIII, según el poema latino en honor de la hospedería, el terreno era allí absolutamente estéril;

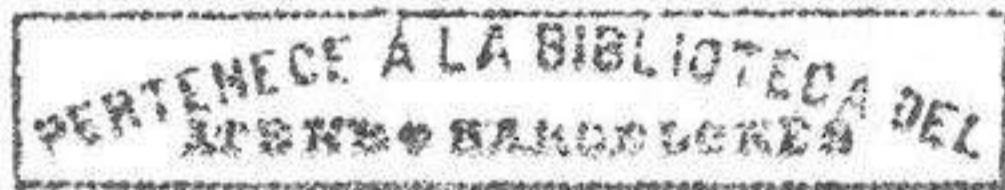
magno: es un poema independiente insertado en el nuestro; pero, en fin, forma parte integrante de él, desde el momento en que éste ha sido redactado en la forma que le tenemos.

(1) Para M. Vinson, el verso de Avienus no se aplica sino á los Pirineos orientales, donde crece en efecto en abundancia el *pinus pyrenæica*.

pero bien pudo tener bosque en el siglo VIII, y, si lo era, la serie ascendente Roncesvalles—Ibañeta—Altabiscar—Château-Pignon debía comportar: hayas y enebros con algunos pinos—pinos y abetos—abetos. El pino de los Pirineos es un hermoso árbol que eleva su copa muy por encima de las hayas: debía llamar la atención de quien lo viera al pasar. Hoy los pinos son raros en toda esa región; sin embargo, los he visto en los alrededores del pico de Anie, y pudo haberlos en la cumbre de Ibañeta, que tiene poco más ó menos la misma altura».

Nada nos impide, por lo tanto, creer que haya habido pinos en la época de la batalla, por lo menos en el puerto de Ibañeta, y que los francos encontraran bajo un pino el cuerpo del conde de la Marca de Bretaña. Nada impide, de otra parte, que uno de los autores que trabajaron en nuestro poema, ó un peregrino que le haya contado su viaje, hubiera visto y observado, al franquear el puerto, un pino cerca de la capilla de Carlomagno. Pero, á decir verdad, nada impide tampoco que el pino de la Canción sea esencialmente un «árbol poético» y no haya desplegado su verde copa sino en la imaginación de un poeta desconocido.

* * *



El conocimiento del nombre de Roncesvalles no puede en manera alguna explicarse, como ya lo hemos visto en la Canción del siglo XI, sino por la conservación, á través de las edades, de un recuerdo directo; este nombre está corroborado de una manera completamente independiente, como nombre del lugar de la batalla, por la existencia en Ibañeta de la capilla de Carlomagno. Así, pues, preciso es situar en Roncesvalles el combate del 15 de Agosto del 778 y la destrucción de la retaguardia franca. Si referimos este resultado á los informes dados acerca del desastre por los historiadores contemporáneos, podremos conjeturar con verosimilitud que los enemigos, que estaban emboscados en los montes próximos, ocupa-

ron el puerto de Ibañeta, arrollaron la retaguardia que subía penosamente la pendiente, del valle ó la meseta de Roncesvalles, la rodearon después por todas partes y la exterminaron. Esto concuerda perfectamente con las frases de Einhard: «Como el ejército avanzaba en larga fila, por exigirlo así la naturaleza del lugar y de los estrechos pasos, los vascos, habiendo dispuesto una emboscada en la cima de la montaña (pues este sitio se presta para ello á maravilla, á causa del espesor de los bosques de que está cubierto), se lanzaron desde lo alto sobre la última división del ejército, encargada de custodiar los bagajes y de proteger á los que marchaban delante; la rechazaron hasta el valle situado debajo, atacáronla allí y mataron á todos los hombres hasta el último; después, habiendo saqueado los bagajes, á favor de la noche, que caía, se dispersaron en todos sentidos con celeridad extrema. Los vascos tenían de su parte, en esta circunstancia, la ligereza de su armamento y la situación del lugar en que se libraba el combate, mientras que el peso de sus armaduras y la disposición desfavorable del sitio constituían para los francos una gran inferioridad». Esto, como hemos visto, parece escrito en parte para atenuar el efecto moral que hubo de producir en Francia el hecho de que Carlomagno no hubiese tratado de vengarse de la emboscada de Roncesvalles. Recayó únicamente sobre los vascos, explicándose la manera que habían tenido de escapar al castigo que se merecían. Los rasgos con que los describe Einhard son por lo demás exactos. Los vascos, cuya agilidad es todavía proverbial, estaban en efecto calzados á la ligera (con esas *abarcas* de cuero sin curar que dejan el talón descubierto, y que describe la *Guía* del siglo XII); no tenían más armas que sus venablos (*ankonas*, según el mismo texto), que lanzaban con incomparable destreza. Los francos, por el contrario, pesadamente armados, embarazados con sus carros, rechazados á lo largo de pendientes escarpadas, envueltos después en el llano por enemigos que caían sobre ellos desde todas las alturas, no podían resistir con buen éxito. Es

probable que los musulmanes emplearan á los vascos para el primer ataque, y no aparecieran, para concluir la derrota, sino cuando éstos habían ya sembrado desorden en la retaguardia, rechazada hasta en medio del llano.

De esta imagen del combate, tal como nos la podemos formar, no queda gran cosa en nuestros poemas. Ninguno habla de los bagajes, ni presenta al enemigo aportado sobre un punto culminante, interceptando desde él el camino y rechazando á los francos al valle. No se mencionan tampoco ni la diferencia del armamento ni la desventaja de la situación. La relación del falso Turpin, aunque presente confusiones, es sin embargo la que conserva más rasgos que se puedan considerar como pertenecientes á la realidad. Los sarracenos, en número de 50.000—los franceses son 20.000,—se escondieron «en los bosques y colinas» que rodean á Roncesvalles; al amanecer, un primer cuerpo de 20.000 hombres sale de la emboscada y ataca á los cristianos «por la espalda»; queda por completo exterminado antes de tres horas; pero entonces el segundo cuerpo, de 30.000 hombres, ataca á los franceses, fatigados por el primer combate (1), los mata á todos, excepto á Roldán—que él solo hace frente,—y á un centenar de hombres ocultos en los bosques; después—no se sabe por qué—retrocede una legua. Roldán reúne, haciendo sonar su cuerno de marfil, á los franceses dispersos, y ataca á su vez á los enemigos: todos sus compañeros mueren; pero los sarracenos, habiendo perdido á su jefe, se alejan. Roldán queda dueño del campo de batalla y muere victorioso.

La *Canción* está todavía más alejada de la realidad. La sorpresa consiste sencillamente en que los sarracenos atacan á los francos, á los que habían hecho acto de sumisión; la batalla es una batalla ordenada y corriente. Los francos, que

(1) Puede verse aquí un vago recuerdo de lo que parece que en realidad pasó: ataque de la retaguardia por una primera fuerza (los vascos), después por una segunda (los musulmanes).

acampaban en el Valle de Roncesvalles, oyen del lado de España los mil cuernos que hacen sonar los sarracenos; bien pronto Olivier, que está subido en una eminencia, ve avanzar el inmenso ejército de aquellos que cubren «todas las montañas, los llanos y las landas». Los franceses les hacen frente, y tras muchas hazañas, son exterminados por la superioridad del número, exagerado aquí más allá de toda verosimilitud; los sarracenos ponen sucesivamente en línea cuatrocientos mil hombres, que los franceses—son veinte mil, como en Turpin—matan á casi todos antes de perecer. Roldán hace huir á los últimos restos, después de haber herido—y no matado—á su jefe, y muere vencedor, dueño del campo, con el rostro vuelto hacia el país enemigo.

El desastre de Roncesvalles debía en su origen estar representado con mucha más fidelidad. El autor de la primera Canción acerca de este asunto—de la que fué el nudo en torno del cual se agruparon las tradiciones sucesivas,—¿estuvo en el ejército de Carlos, ó compuso su poema con arreglo á las relaciones de los guerreros que regresaron á Francia? No podemos saberlo. De todos modos, puso en su obra algunos recuerdos precisos, de los que todavía se encuentran señales á través de las transformaciones que sufrieron al pasar, durante tres siglos, por manos de los remendadores que la dejaron desconocida.

El rasgo más importante, desde este punto de vista, es que los poemas atribuyen la agresión á los sarracenos de Zaragoza. Se ha visto en ello, hasta ahora, una deformación de la historia por la poesía; pero, como ya lo he indicado al principio de este estudio, la epopeya, por el contrario, es en esto más fiel á la historia que los analistas oficiales. Verdad es que, en cambio, omite á los vascos; no es de extrañar que el papel de esos montañeses, desconocidos en el norte de Francia, haya sido olvidado en el transcurso de los siglos. Lo que es del mayor interés es ver confirmar por un testimonio árabe, sin duda alguna independiente de nuestras historias y nuestros

poemas, el acuerdo de éstos con aquéllas en un punto capital con la realidad de los hechos.

He hablado ya del nombre de Roncesvalles, desconocido en todas las fuentes históricas, y de la idea bastante justa, que parece subsistir en los poemas, de la configuración y del aspecto del lugar. Otro detalle geográfico exacto es el nombre de Puerto de Cisa, dado al camino por el cual Carlos vuelve á Francia. Podríanse todavía señalar varias denominaciones topográficas que se encuentran en la *Canción*: los puertos de Aspe (al este de Roncesvalles), Zaragoza, el Ebro (llamado en la canción *Sebre*, forma difícil de explicar), la Runa, antiguo nombre del río que pasa por Pamplona (mencionado en una estrofa muy antigua que ha conservado un solo manuscrito), y varias villas del norte de España tomadas por Carlomagno antes de su regreso á Francia. Pero estos nombres bien pueden haber sido añadidos y proceder de relaciones de peregrinos, tanto más cuanto que varios de ellos, ó no se dejan identificar, ó no se encuentran en la región donde realmente operó el ejército franco en 778. No quiero discutir aquí estas cuestiones difíciles; diré solamente, para terminar, unas palabras acerca de algunos de los personajes que figuran en los poemas y de ciertas circunstancias de la narración.

Dos de los personajes son indiscutiblemente auténticos: Carlos y Roldán. De los otros dos grandes señores mencionados por Einhard, no queda ningún recuerdo; Roldán, al que no nombra sino en tercer lugar, se ha convertido en el héroe central del poema. Como era conde de la Marca de Bretaña, es probable—y otros indicios apoyan esta opinión—que la *Canción* primitiva fuese compuesta en la Bretaña francesa. Sobre la manera como murió Roldán no se podía saber nada, puesto que no parece que sobrevivió ninguno de los testigos del combate. Pero tal vez encontraran su cuerpo tendido apartado de los demás (¿bajo un pino?) y su espada al lado: la imaginación podía fácilmente sacar de esto la bella relación que le presenta como el último superviviente, haciendo él solo huir

á los enemigos, y muriendo sin ser vencido. Tal vez también una hendidura accidental en una roca próxima siguió desde entonces la idea que había resuelto romper su hermosa espada, para que no cayese en manos del enemigo, y no logró más que hendir la piedra.

En cuanto á los otros guerreros que los poemas hacen perecer con Roldán, y especialmente á su «compañero» Olivier de Ginebra, no sabemos si realmente han existido. Uno solo está comprobado como personaje histórico: es el arzobispo de Reims, Turpin. Pero este prelado—del que no se conoce más que el nombre—murió mucho tiempo después del 778. Ignoramos las razones que han impulsado á los poetas á hacerle figurar entre los combatientes y muertos de Roncesvalles; se puede creer, sin embargo, que formaba parte de la expedición franca á España.

Otras tres circunstancias, aparte de las que ya he señalado, son notables en la narración. La retaguardia de Carlomagno, mandada por personajes de alto rango, que es exterminada en el paso de los Pirineos;—el ejército de Carlos, advertido, vuelve al lugar del combate, pero no encuentra ya á los enemigos;—llega en el momento en que el sol va á ponerse. Estos tres datos tan precisos, comunes á la historia y á la epopeya, no pueden venir á ésta sino de la impresión directa de los hechos. El último es particularmente interesante, en que nos muestra á la vez el lazo estrecho de la Canción con los hechos históricos, y las alteraciones que, renovándose sin cesar, ha hecho sufrir á la realidad. El poema primitivo refería, como Einhard, que la proximidad de la noche había impedido el que ni siquiera se tratara de perseguir á los enemigos; más adelante no se admitió que Dios hubiera podido dejar sin venganza el desastre de Roncesvalles; y un poeta, inspirándose en el milagro de Josué, inventó que el Todopoderoso había suspendido la marcha del sol, para permitir que llegara Carlos y exterminase á los sarracenos fugitivos. Este poeta conocía vagamente la geografía de España: hace marchar al ejército

franco de un tirón hasta el Ebro, distante por lo menos tres días de marcha. El redactor del falso Turpin, que, ése sí, tenía del país un conocimiento personal, ha corregido la falta, con bastante poca fortuna, refiriendo que Dios detuvo el sol durante tres días!

La sorpresa de que fué víctima la retaguardia obedeció sin duda á cierta falta de precauciones: se había quedado muy alejada del cuerpo principal. Los poetas han visto en la sorpresa el resultado de una traición, y la imputan á un elevadísimo personaje franco, al que llaman Ganelon. A decir verdad, no se ve bien en lo que la traición consiste: Ganelon, enviado al emir de Zaragoza y ganado con ricos presentes (en la *Canción*, impulsado también por su odio contra Roldán), le aconseja sencillamente que simule la sumisión y ataque á la retaguardia cuando el ejército de Carlos haya pasado los montes. Según Turpin, le da otra idea—que pudiera habersele ocurrido al emir solo:—que oculte sus tropas en los bosques y las montañas que rodean á Roncesvalles; en la *Canción* ni siquiera le sugiere esa fácil estratagema; se contenta con prometerle que hará que se coloque Roldán á la cabeza de la retaguardia. Es que, en efecto, no había lugar, en el asunto de Roncesvalles, para la traición de un francés (1); pero la imaginación popular quiere á toda costa, como es sabido, explicar la derrota por la traición.

Resulta de todas estas observaciones—de las que suplico se perdonen la longitud y la minucia—que la *Canción de Roldán* descansa ciertamente en su origen sobre el conocimiento directo de los hechos, de los hombres y de los lugares, y presenta también en ciertos puntos una concordancia sumamente notable con los datos suministrados por la historia; pero que la forma con que nos ha llegado, posterior en tres siglos á la

(1) Se hubiera podido hacer intervenir á un jefe navarro, que uniera sus tropas á las de Carlos, y se pasara después, en el momento del combate, al enemigo, avisado por él.

forma primera, está por extremo alejada de ésta y es debida en grandísima parte á las sucesivas invenciones de amplificadores y arregladores que se cuidaban únicamente del efecto poético, y que, además, fuera de la Canción misma, no tenían ningún medio—ni por los libros, que no leían, ni por la tradición oral, que no existía—de procurarse informes sobre los hechos celebrados en el poema.

*
* *

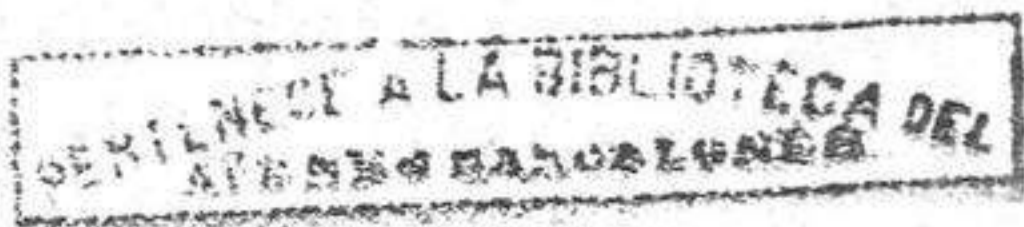
Al través de todas las oscuridades de la historia y de todas las deformaciones de la poesía, un punto sombrío y luminoso á la vez se desprende con certeza: en la meseta de Roncesvalles y en las alturas que la dominan, unos francos—franceses ya,—víctimas de una emboscada que no podían prever, murieron heroicamente hace mil doscientos años. Desde lo alto del puerto de Ibañeta, el rey Carlos—que debía ser más adelante el emperador Carlomagno—contempló, con lágrimas en los ojos, el campo de batalla sembrado de muertos; entre éstos estaba Roldán, uno de sus mejores jefes, conde de la Marca de Bretaña; un poeta desconocido, para consolar á los compañeros de Roldán, entre los que tal vez se encontraba él mismo, celebró su valor y deploró su muerte en un canto que se ha transmitido de generación en generación y de pueblo en pueblo, que llevó por la Europa entera, durante siglos, la gloria del nombre francés, que se convirtió en el punto de partida de un inmenso movimiento poético, y que, bajo la forma adulterada en que nos ha llegado, hace todavía vibrar las cuerdas más profundas del patriotismo y del honor.

Cuando cerca de las ruinas de la pobre capilla que sustituyó á la que el mismo Carlos hizo construir, contempla uno á sus pies el lugar en que en otros tiempos murieron tantos bravos soldados pensando en la «dulce Francia», que no debían volver á ver, se cree oír cercano el primer estremecimiento del trino inmortal, nacido de la sangre y de las lágrimas de los herma-

nos; se siente, á través de las edades, el lazo viviente que une nuestras almas con el alma de esos lejanos antepasados que, tantos siglos antes de nosotros, amaron á nuestra patria, de los que unos dieron su vida por ella; otros, ya en nuestra lengua, cantaron sus glorias y sus dolores... Ese lugar merece ser un punto de peregrinación. Es doblemente sagrado para nosotros.

GASTÓN PARÍS

De la Academia Francesa.



LA EVOLUCIÓN RELIGIOSA DEL PUEBLO JAPONÉS

Sea cual fuere el concepto que uno se forme de los orígenes y del pasado más remoto de la raza amarilla, todos se hallan conformes en que la suerte del Asia Oriental ha estado bajo su dirección durante el ciclo inmenso de la historia que nos es directamente conocida, y en especial durante las grandes épocas de emigración de los pueblos arios en el Occidente. Por espacio de muchos siglos la hegemonía perteneció por entero á China, cuyas instituciones, como centros de doctrina, de civilización y de comercio, contemporáneas de todas las naciones, olvidadas por el tiempo, que ni las ha envejecido ni renovado, forman una cadena inmensa de sociabilidad que se prolonga desde la edad más remota hasta la última centuria. Hoy, empero, empujados por la fatalidad ó el progreso, los japoneses son quienes han empuñado el cetro de la cultura, de la expansión guerrera, de la colonización por las armas, tendiendo á la absorción mongólica total, y disputando á Europa, á una Europa semi-tártara, émula de Odin y Gengis-kan, el dominio sobre los vastos territorios hiperbóricos y transgangéticos.

Esta actitud presente del Japón, así como su rápida adaptación á la vida moderna, han sido diversamente juzgadas porque cada cual las ha mirado á través del prisma de sus preocupaciones ó prejuicios. Síntoma salvador es para muchos; achaque de la ligereza nipponiana y del carácter francés (*sic*) de los hijos del Imperio del sol naciente júzganla otros, y no hace mucho yo mismo insistí sobre esto en una crónica científico-filosófica (*La civilización japonesa contemporánea*), pu-

blicada por la revista *Nuestro Tiempo* (Febrero 1903). Allí, después de la exposición sociológica acerca de aquella cuestión, hecha en 1900 por Burghard, comentada y ampliada por este viajero y otros de no menores conocimientos y fama de orientalistas eximios, dedicó diez y seis páginas á la investigación de si el Japón está verdaderamente civilizado, como se venía creyendo y proclamando hasta hace pocos años, ó si debe considerarse su problemática europeización como más ó menos aparente y superficial, en armonía con la opinión de muchos sociólogos modernos, imparciales unos, apasionados otros.

La cuestión es compleja; y si se exceptúa el problema del «peligro amarillo», ó de la civilización americana, podemos asegurar ser dudoso que ningún otro fenómeno social aparecido en la historia moderna haya dado lugar á mayor número de estudios y haya provocado más discusiones que la lucha nacional por la cultura, cuyo desenlace felizmente alcanzado nos ofrece en el Japón la nueva era de *Meiji* (1868). Por mi parte, soy negativista. No creo que ninguna de nuestras instituciones haya pasado en el Japón más allá de la endeble corteza que parece cubrirlo de cultura y encerrar el alma del mongol en lo puramente exterior del europeo. Causas bien sencillas son las que explican la acomodación innegable á muchos adelantos modernos; y sin duda la causa principal de una porción de ventajas que los japoneses han sacado de la posición insular y de las circunstancias de su país, está en el hecho de que sus instituciones se han formado á pesar, en cierto modo, de sus necesidades y de sus intereses. Por otra parte, el Japón sufre el mal del siglo, y está á este respecto más enfermo que ningún otro país: ese mal es el odio á los extranjeros (1).

(1) Lo propio sucede en Inglaterra, tan análoga al Japón en singularidad geográfica, en exagerado sentimiento patriótico y en predilección por el progreso material. Véase á Coleridge, *On the constitution of the Church and State*, 20, 21. Rey, *Ciencia social*, II, 86. Custine, *Russie*, II, 36.

Pero yo no voy á ocuparme aquí del Japón desde el punto de vista político y civil: quiero limitarme á la evolución *religiosa*. Doscientos años ha no había pueblo alguno civilizado que no pretendiera ser religioso, y que no presentase como un honor para él cualquier dios en que creyera; pero después se ha sentido, y hoy particularmente se siente, verdadero desdén en presencia de todo lo que se llama *religión*. Y, sin embargo, á despecho de intelectualistas y positivistas, la religión es todavía el termómetro que mide el grado de civilización de un pueblo. Hoy, como antes, un pueblo que carece de religión es un cuerpo sin cabeza; hoy, como antes, un pueblo que tiene una idea falsa de Dios, tiene *a fortiori* una mala administración, un mal gobierno, malas leyes. Será ó no será la razón de esto la superioridad numérica de la masa sobre los hombres emancipados y cultos y el carácter eminentemente popular de las creencias religiosas, tema que compete aclarar á la psicología de las muchedumbres; pero, de cualquier modo, todas las grandes civilizaciones se han fundado sobre grandes religiones; un pueblo que, como China, apenas profesa religión alguna, es que ha descendido á una profundidad extraordinaria de degradación; y asimismo un pueblo cuya religión sea pobre y menguada, está destinado, más tarde ó más temprano, á una postración completa. Si, pues, en la historia del Japón no encontramos elementos religiosos superiores y fecundos, podemos lógicamente concluir que se trata de una nación decadente á largo ó corto plazo, de una raza inhábil para imponer su espíritu á grupos sociales poderosos. En tal sentido, el problema concerniente á la evolución religiosa del pueblo japonés es uno de los problemas más importantes que puede abordar la sociología, aparte de su importancia crítica é histórica. De tal problema, pues, quiero ocuparme, exponiendo: a) los esfuerzos realizados por los creyentes de la religión japonesa primitiva ó tradicional para asimilarse las enseñanzas chinas de Confucio; b) los esfuerzos hechos por los convertidos á la nueva fe para propagar la reforma india de Buda; c) la

prueba de que una y otra asimilación, la confuciana y la búdica, son bochorno y signo de degeneración del Japón contemporáneo.

* * *

Muy divididas andan las opiniones sobre la derivación de la primitiva religión japonesa, siendo uno de los principales motivos de esta discordancia el que se ha examinado la cuestión desde aspectos de todo punto diferentes. Sin entrar en ninguna particularidad á este propósito, diré con el P. Mir (1) (á quien sigo en buena parte de este artículo), que en general puede juzgarse haberse formado aquella religión de elementos heterogéneos. Afirman sus apóstoles que su aparición se remonta hasta los principios del mundo, y en sus tradiciones, no interrumpidas en el transcurso de veinticinco siglos, debería investigarse tal vez lo que hace referencia, no sólo á su *politeísmo* exuberante, sino también á su *animismo* primordial, de donde seguramente surgió por lentas transiciones aquel politeísmo aparente. Porque la primitiva religión japonesa, aunque se llame *sintoísmo*, que significa camino de los *dioses*, está por su origen, por su idioma y por su historia tan unida á China, que quien posea la de la una debe dominar la de la otra; y considerando esta afinidad manifiesta, inclínase uno á pensar que la religión japonesa primitiva fué segura y meramente un culto de los *espíritus*, ya que en las prácticas y creencias primitivas de los chinos no hallamos otra cosa que este culto escueto y descarnado.

Hegel (2) llamaba á la religión de la China la *religión de la medida*, considerando la medida como la concepción metafísica más pobre y que primero se ofrece á la mente humana, y creyendo, sin duda, que no era posible al hombre empezar la formación de su fe por una concepción más inferior. Hoy

(1) *La Religión*, 524.

(2) *Religions-Philosophie*, II, 1.

está reconocida la falsedad de esta idea. La primitiva religión de la China, como la de casi todos los pueblos, fué una derivación directa de la magia. Aleccionados, en singular confusión, con el fetichismo chamanista, hállanse en ella residuos de animismo, hechicería, éxtasis, conjuros y otras prácticas supersticiosas (1). A esto se redujo en un principio todo su dogma, su rito y su sacerdocio.

Un tal criterio provoca cuestiones tan oscuras como las que conciernen á la evolución, variación y tránsito histórico á la religión verdaderamente nacional del Celeste Imperio. Como es indudable que semejante investigación no puede hacerse de una manera precisa, bastará insistir en que la religión nacional representa y constituye, en un sentido general, el paso del punto de vista de la magia al punto de vista de la creencia en lo particular, en lo finito, en lo humano, círculo esencial de lo divino para las creencias religiosas. He aquí por qué el gran dogmatismo chino merecerá siempre ser llamado, por su objeto y finalidad, la *religión de la medida*.

Las religiones de los pueblos no civilizados abundan, por lo demás, en ejemplos parecidos. La antropología ha hecho ver que es opinión poco justificada la que pretende que el adorador de un trozo de madera ó de una piedra sólo encuentra en ella un objeto material. Tal opinión nos imposibilitaría para estudiar las simples nociones que poseen las razas inferiores acerca del mundo espiritual, y que constituyen la base general de las muchas dogmáticas del género humano. Si, por el contrario, comprendemos con Darwin (2) bajo el término de religión la creencia en agentes invisibles y espirituales, el caso es muy diferente, porque esta creencia parece ser casi universal en los pueblos menos civilizados. Y no es, en verdad, difícil comprender su origen. Desde que las importantes facultades de la imaginación, de la admiración y de la curiosidad se

(1) Reville, *La religion chinoise*, I, 109.

(2) *The descent of man*, I, 2.

han desenvuelto más ó menos parcialmente, el hombre ha debido de una manera lógica empezar á darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor y á especular vagamente sobre su propia existencia. Como lo hace notar M'Lennan (1), «el hombre es llevado, para llenar su propia satisfacción, á inventar alguna explicación de los fenómenos de la vida; y si juzgamos por la universalidad de semejante explicación, reconocemos que la primera, la más sencilla hipótesis que se le ha presentado, parece haber sido la posibilidad, ó mejor, la necesidad de atribuir los fenómenos naturales á la presencia en los animales, en las plantas, en las cosas, en las fuerzas del universo, de espíritus que inspiran sus actos, espíritus semejantes al de que el hombre se cree poseedor».

No hay más que un paso fácil de franquear, de la creencia en espíritus á la fe en la existencia de uno ó varios dioses. Los salvajes, en efecto, atribuyen naturalmente á los espíritus las mismas pasiones, la misma sed de venganza, forma la más simple de la justicia, las mismas afecciones que experimentan ellos en sí mismos. Los habitantes de la Tierra del Fuego parecen, bajo este respecto, encontrarse en un estado intermedio; porque según el relato de Darwin (2), cuando á bordo del *Beagle*, el cirujano mató algunos canarios como muestra, Yorck Minster exclamó de la manera más solemne: «¡Oh! señor Bynoe, mucha lluvia, mucha nieve, mucho viento». Evidentemente, añade Darwin, aquí estaba el castigo que debíamos esperar por haber malgastado alimentos propios á la nutrición del hombre. Así, nos refería que la muerte dada por su hermano á un «salvaje», había provocado una horrible temporada de tempestades y mal tiempo. Y, sin embargo, los fueginos no creen en nada que podamos llamar un Dios, ni practican ceremonia alguna religiosa; Jemmy Button sostenía resuelta-

(1) *The Worship of Animals and Plants*, artículo publicado en la *Fortnightly Review*, Octubre 1869.

(2) *Descent of man*, I, 1.

mente, con un orgullo justo, que no había diablos en su país. Esta última aserción es tanto más notable, cuanto que los salvajes creen mucho más fácilmente en los espíritus malos que en los buenos.

Quedamos, pues (y perdóneseme lo largo de la digresión), en que la primitiva religión japonesa fué un animismo antes que un politeísmo, á menos de negar la antedicha unión de su origen, idioma é historia, con la historia, idioma y origen de los chinos. De sus tres libros ó compendios de antiguas tradiciones, el *Ko zi-ki*, el *Nihon-Sto-ki* y el *Shin-i*, el más antiguo es el *Ko zi-ki*, compuesto en el siglo VIII (A. C.), noventa y nueve años después de haber sido introducida la escritura china. No se espere hallar en ellos aquella dogmática delicada y sutil, aquel ritual amplio y generoso, aquellos preceptos de moral naturalista, aquellas preces conmovedoras á los seres invisibles que constituyen la grandeza de los *vedas* sanscritos; trátase de recopilaciones de fábulas absurdas y poco edificantes, laberintos de teología laica con pretensiones de piadosa.

La realidad de los *kamis* ó espíritus (1) no tenía, en general, otro fundamento que la divinización de los agentes poderosos del universo ó de los grandes hombres de la tradición. Primeramente vemos un caos dominando en la inmensidad, imperceptible é indiscernible. En las muchas páginas que en su descripción emplea el *Ko-zi-ki*, no se encuentra una sola vez el concepto semítico de *creación*, ni el concepto ario de *emanación*, sino el concepto mongólico y tan pueril como vacío de *sucesión*. Al caos sucedieron tres dioses (*kamis*): el augusto Señor del cielo, el venerable productor, el venerable hacedor; los tres se dejan ver espontáneamente, no sabemos cómo, en el

(1) El sintoísmo es una suerte de espiritismo, puesto que admite que el mundo de los muertos gobierna al mundo de los vivos; éstos son los *kamis* ó espíritus de los difuntos; producen los actos y los pensamientos de los hombres. Hay buenos y malos, mas jamás enteramente malos. El papel del hombre es obedecer á los buenos y aplacar á los malos. La influencia de los buenos *kamis* ha sido siempre preponderante y cada vez lo será más, de manera que llegue á darse en el mundo más bien que mal.

principio del mundo. El cielo y la tierra hubieron de sentir separación entre sí y representaban dos fuerzas, activa y pasiva. Entonces la tierra, que flotaba en el caos como gota de aceite en el vasto mar, se condensó, y de su densa viscosidad nacieron dos dioses, que unidos á los tres primeros, forman las cinco principales divinidades japonesas (1). ¿Qué nos ofrece esta cosmogonía? Una unidad vaga que se cambia, sin modo claro de relación, en una multiplicidad subsiguiente. Esa unidad, merced á raras transformaciones, hace florecer nuevas deidades, á cuyo cargo corrían las cosas del clima, aire, tierra, agua, vientos, árboles, montes, fuego, bosques, estaciones, pastos (2).

Otro relato nos presenta el nacimiento del dios del fuego, acompañado de una inevitable calamidad, y fué morirle del parto la diosa *Izana-mi*. Su marido, el dios *Izana-gi*, sintió su pecho agobiado por tanta tristeza y pesar, que no podía con los lloros, de cuyo raudal nació la diosa del llanto. Loco de pena el dios *Izana-gi*, le cortó la cabeza al dios del fuego, de cuya sangre surgieron diez y seis dioses más. No por eso recibían sus ojos consuelo; antes el negro amor, atizando la llama con la ausencia de la fenecida esposa, le traía fuera de juicio y le solicitaba á bajar á los infiernos á buscarla, como lo hizo, pero con tan mala fortuna, que por haber tomado en aquella mazmorra el alimento necesario, hubo de pagar la pena y echar á huir sin su esposa, acosado de los dioses infernales. Al salir, zambullóse en un riachuelo para lavarse; de cada parte lavada salió una deidad: del ojo izquierdo, la diosa que

(1) No entro en la enumeración de los dioses menores que de ahí brotaron, por haberlo hecho con todo detalle en esta misma revista criticando *El evemerismo de Spencer*. (Véase LA ESPAÑA MODERNA, Enero 1903.)

(2) He aquí cómo Lafcadio Hearn relaciona esta religión con el positivismo de Spencer. Toda conciencia es un mundo de espíritus; «en la más pequeña célula está acumulada toda la vida de una raza, la suma de todas esas sensaciones pasadas durante millares de años, acaso—¿quién lo sabe?—la vida de millones de planetas muertos». M. F. Challaye: *Un philosophe japonais*. En la *Revue de metaphisique* (1903).

lo fué del sol; del ojo derecho, el dios que tomó á su cargo la luna; de la nariz, el dios del océano; y así sucesivamente. Entre tanto, su esposa *Izana-mi* empuñó el cetro de la mansión infernal, y le bullían los pies de alegría cuando á *Izana-gi* se le arrancaba el corazón de su lugar por la fuerza de los celos.

En este extracto, ya el pensamiento se ofrece más claro; pero todavía resulta cosa embrollada, larga y molestísima seguir el hilo de las luchas entre los dioses de esa mitológica epopeya. Hazaña principal es la desastrada muerte de la diosa de la abundancia: de su cadáver emanaron los animales domésticos y también los granos y cereales. *Ama-Terasu*, diosa del sol, cansada de vivir entre tanta peleona, subiósese al cielo, dejando el cetro de la tierra á su hijo *Ninigni-no-Mikoto*. De este antiguo vástago descende la dinastía imperial, por haber sido el bisabuelo del primer emperador *Jimmu-Fenno*. Al partir la diosa *Ama-Terasu*, el cielo, que moraba cerquita de la tierra, se apartó, huyendo á los confines del mundo que al presente ocupa (1). Si nos referimos, pues, á la hechura de

(1) La diosa *Ama-Terasu* llegó á constituir el Sér Supremo de los sintoístas; por lo cual se ve que la teoría del monoteísmo primitivo carece de fundamento. Por otra parte, el carácter solar de esa diosa es un hecho que refuta, mediante sólidas razones, la misma teoría. Demos, en efecto, por hecho que en el origen de la religión no hubo pluralidad de seres divinos; admitamos con algunos teólogos que el monoteísmo fué la creencia primordial del género humano; concedámosles no es un grado en la evolución religiosa, sino la degeneración de un primer elemento monoteísta. ¿Qué se seguirá de aquí? Se seguirá, dicen aquellos teólogos, que en los primeros tiempos subsiguientes á la creación del hombre, se conservó un recuerdo de la pureza é ideas de esta revelación en todas las religiones que se formaron y que reconocieron en principio la espiritualidad y universalidad de Dios. En cierta época podría ser magnífica esta deducción; pero sólo en una época en que no se hubiese profundizado la significación filológica de las concepciones religiosas. Hoy, empero, está probado que el supuesto monoteísmo primitivo era un sabeísmo y una idolatría espontánea, sin que nadie pensase ver en Dios un sér inmaterial y trascendente, y sí sólo el astro del día. Un gran filólogo y especialista en historia de las religiones, Max-Müller, lo atestigua: «Cuanto más penetre-

dioses y diosas, tal como aparece en la mitología del Japón, habremos de convenir en que esta mitología es una de las más

mos la naturaleza íntima de los mitos primitivos, más nos convenceremos de que en su mayor parte se refieren al sol». Y esto se explica perfectamente. ¿Qué cosa podía tener para aquellos hombres groseros, pervertidos, faltos de la luz de la revelación, más derecho á homenaje y á culto que ese cuerpo celeste que despide luz, calor y vida sobre nuestro oscuro globo? Puedo asegurar, sin temor á que ningún historiador competente me desmienta, que antes del advenimiento del Cristianismo no hubo más dios para los habitantes de la tierra que el sol que les alumbraba desde el cielo. Los monumentos más antiguos que la arqueología conoce presentan indicios del culto del sol. Una tumba correspondiente al período prehistórico denominado edad de bronce, que se ha descubierto hace poco tiempo en la isla Bella, presenta ya emblemas de dicho culto. Otro vestigio acaba de encontrarse en Italia, cerca de Bolonia: un estilo ó columna de la edad de hierro. Pues esa producción primitiva puede con harta propiedad llamarse «simbolización del culto del sol». No significa otra cosa la figura que en su parte superior ostenta. Los trozos védicos están enteramente basados en la adoración solar, y parece completamente excusado insistir en lo cierto de esta aserción, después de tanta luz como se ha hecho sobre el particular, aun antes de nuestros mismos días. Lo mismo puede afirmarse de los chinos, fenicios, persas y peteos. Asiria y Caldea levantaron grandiosos templos al astro del día, y según Lenormant (*Origines de l'histoire*, II, 7)), el célebre nombre del rey caldeo Asis-Adra (1700 años antes de J. C.) significa «el que obedece al dios sol». Milloué (*Petit guide illustré au Musée Guimet*, 107, 113) afirma que las sectas budistas que se han entronizado en el Japón llaman todavía al sol Dios ó *Ama-Terasu*. El símbolo visible de la divinidad para los antiguos, iniciados en la religión egipcia, era un globo alado con dos *ureus* (alas), que representaba al sol. Los galos confundían su dios *Belenus* con el sol, dándole por patria el mundo luminoso del cielo (*gwinfield*). Hasta en los judíos encontramos parecidas supersticiones. «Dios, dice el Salmista, ha establecido su tienda en el sol... *Recorre el cielo de un extremo á otro, nada se sustrae á su calor*». De ahí viene la personificación de la luz en Jehováh, por cuya orden el sol rechaza las tinieblas (a). Por último, Grecia, como consta del testimonio de Juliano, reconoció el carácter divino del sol con los nombres de *Zeus* y *Apolo*, siendo imitada en esto por los romanos, que se iniciaban en los misterios de *Baco* (b).

(a) Viron: *Histoire naturelle des religions*, II, 191. *Saul* ó *Swal* es la denominación babilónica del dios solar. Este rey vivió 2150 años antes de J. C. Otro monarca que vivía catorce siglos antes de Jesucristo, se llamaba *Moisés* ó *Masu*, que significa el «dios sol».

(b) Ese mismo sentido religioso se ha conservado en algunas naciones de América, y muy especialmene en los incas, en los quechuas y en los antis del Perú (estos últimos profesan todavía un resto de superstición). Donde mejor se practica es en las islas de la Sonda (Célebes) y entre los canaques de Nueva Caledonia.

pobres, de las más pueriles que se conocen, así por su fondo como por su forma.

Estas afirmaciones las confirma el P. Mir (1), quien concluye sus investigaciones sobre el *Ko-zi-ki* con las siguientes palabras: «La mitología japonesa sirve al sabor de la curiosidad franca mesa de dioses y diosas... Uno de los más graciosos episodios es el del *Pino de Takasago*, en conmemoración de la fidelidad conyugal. Vivía en *Takasago* una jovencita hermosa y honesta, ocupada en hilar y coser, rendida á la voluntad de sus padres. Un mancebo, venido del Oriente, hijo de *Izana-gi* y de *Izana-mi* (pareja primera de los dioses creadores), acertó á verla en cierta ocasión trabajando á la sombra de un pino, y entró en su gracia muy de veras. Pudo tanto el amor, que se juraron eterna alianza. Vivían felices, en regaladísima paz. Caminaban á la vejez; no por eso mermaba el cariño. Iban juntos á recoger hojas del pino, él con la pala, ella con la escoba. Hacía la grulla su nido en la copa del pino, la tortuga buscaba abrigo en su sombra, y sentían los dos esposos caliente el pecho con la amorosa llama. Murieron ambos el mismo día, á la misma hora. Las almas de entrambos pasáronse á las entrañas del pino. De aquí le quedó el renombre de *pino conyugal*. De noche, á la luz de la luna, cuando el viento susurraba entre las ramas del árbol, los *manes* de los dos esposos visitaban la mansión de su antigua felicidad. No se mostraron en figura terrena sino á gente escogida. La tortuga y la grulla, emblemas de la inmortalidad, les servían de compañeras en todas partes». Y nada más. Apurada está la mitología del Japón. ¿Qué vamos á decir de cosa tan pobre y menguada?

No menos menguada y pobre es la parte práctica del sintoísmo. A decir verdad, en el Japón, desde tiempos remotos, se aprendió á regular las relaciones morales, pero no sucedió lo mismo con las intelectuales; y el fecundo sentimiento que lleva al hombre á respetar y ceremoniar á sus dioses, queda

(1) *La Religión*, 525.

anulado en aquel país por una hipocresía sistemática y una obediencia pasiva. La mentalidad fútil y superficial de los japoneses carece de toda chispa de entusiasmo; su razón helada no ha llegado á noción alguna cierta sobre la naturaleza y destino del alma humana. Menciona el *Ko-zi-ki* la purificación del agua; pero para nada sirve en aquel pueblo, que la ha aplicado tan sólo á frivolidades. Las prácticas verdaderamente religiosas, que allí no daban más que frutos artificiales, son cuatro: pureza de corazón, abstinencia de toda mancha, observancia de las fiestas, peregrinación á los lugares santos. La pureza de corazón resulta inútil, porque estando sujeta por la legislación á reglas uniformes é invariables, no ha simplificado en lo más mínimo su espíritu moral. La abstinencia de toda mancha consistía en evitar el trato de la casta vil, en abstenerse de carne, en no tocar sangre, en huir de cuerpos muertos: la impureza duraba á veces horas, semanas, meses, según la calidad de la cosa, llegando á tal extremo la extravagancia sintoísta, que si un japonés recibía visita de alguna persona manchada, lavaba con agua y sal la casa toda, de alto á bajo. Por fortuna, el progreso con su fuerza incontrastable, que todo lo avasalla, ha triunfado hasta el punto de que actualmente los japoneses posean, no sólo en las ciudades, sino en los villorrios, magníficos puestos públicos de carne y se alimenten concienzudamente con tan sabrosa sustancia.

* *

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
SENSEI BAKURONZA DEL

Del año 302 al 390 la religión japonesa ofrece una nueva fase. La grande época de la introducción de la doctrina de Confucio en el Imperio, animó algo aquella teología del sintoísmo, en la que con las supersticiones animistas, antiguo resto de los cultos orientales, se mezclaba á veces una moralidad instintiva, una conciencia relativamente benigna, compuesta á la vez de ignorancia y de hábito. Suceso fué éste de gran trascendencia para el Japón, que hasta entonces había

rechazado toda influencia exterior, intelectual ó religiosa; pero hay que confesar que el confucianismo no trascendió realmente al pueblo, y sólo tuvo alguna aceptación entre los cuatro aristócratas japoneses que, en su desdén á la religión pantomímica del vulgo, la concedieron sus favores, sin otro fin ni alcance que ir con la moda y repetir lo que oían, y leer los gruesos volúmenes de Confucio con la misma devoción que el *Nihon-Sto-ki* ó el *Shin-i*, y quedarse sólo con esto embobados, esperando no sabían qué santo advenimiento, metidos en un laberinto como el que el *Tchung Yung* les armaba hablando de la ley del deber, de la regla de conducta, de la virtud de la humanidad, de la invariabilidad en el justo medio, y otras para ellos extrañas expresiones é ideas. No cabe, por tanto, suponer que tiene Confucio en el Japón el culto que suele en la China. Entre los letrados no hay ejemplo de que se consagren templos ó altares en memoria de Confucio; en esto los letrados se han mostrado más fieles que los mismos hijos del Celeste Imperio al verdadero sentido racional de los libros chinos que llaman á Confucio, por antonomasia, *el Filósofo*.

Los conceptos morales y religiosos que subsistieron en las clases superiores del Japón, fueron en realidad tradiciones sintoístas. Puede decirse que el trabajo de dichas clases estuvo meramente en ajustar estas tradiciones á los preceptos de Confucio; de ahí la incoherencia de su religión, que no está contenida ni es una sola, á pesar de que su fin sea la unidad. Son tales sus incoherencias, que con razón cabe afirmar que sólo para explicar aquella religión se hubiese necesitado inventar otra. En el fondo, el sintoísmo, como culto, es todavía en el Japón la religión aristocrática, no obstante haberle sido negada en 1880, por el Parlamento, el presupuesto que antes tenía y los honores de creencia oficial. El sintoísta elegante va al templo á solazarse como á un baile, á un festín ó á un galanteo. Yo he visto, dice un viajero (1), á los jóvenes de calidad

(1) Consúltese á Castonnet des Fosses, *Revue des religions*, 1896, 37.

vestidos de toda etiqueta y á las grandes señoras vestidas á la moda europea, entrar en los templos con andar pausado, arrodillarse, inclinar la cabeza, dirigir los ojos á los espejos que tienen al lado, levantarse, echar unas monedas en el cepillo, y sonar tres veces la campana, como avisando á los dioses de haber cumplido con ellos. Este espectáculo me ha convencido de que las fiestas de los sintoístas son exterioridades, en todo el mal sentido de esta palabra, motivos de entretenimiento y recreo, melindroso aparato, posturas difíciles y ceremonias maquinales, que no tienen ni la seriedad protestante ni la vivacidad y prontitud griega y meridional. En cuanto á las procesiones, derivadas de la necesidad de conservar á los ojos de las poblaciones adictas al culto antiguo una de sus más importantes manifestaciones externas, recuerdan por más de un concepto, con el acompañamiento de clamores populares, las *Lupercales* ó los misterios de *Isis*. Fuera de esto, y aun en esto mismo, conviene advertir que ni el sintoísmo, ni el confucianismo, ni el budismo (de que en seguida hablaré), constituyeron nunca en el Japón religión nacional, y sí sólo cultos de familia. Por los datos que se tienen con relación á este punto, sólo se puede en rigor afirmar que la fiesta de Año Nuevo, la solemnidad del fundador de la dinastía, y la veneración á los antepasados, constituyen el verdadero culto nacional; pero á él asisten con una tolerancia que podría llamarse apatía, las tres comuniones, una al lado de otra; y el resto de los actos rituales es de un carácter voluntario, doméstico y sin manifestación exterior permitida (1). Y si nos concretamos al culto de los antepasados, vemos que actualmente se considera como un reglamento laico y de disciplina. Lo minucioso de las reglas establecidas ha acostumbrado á los japoneses á conservar en cada hogar un altar destinado á conmemorar á los muertos;

(1) Por ahí se ve, dicho sea de paso, cuán poco noble es la libertad completa de que los japoneses disfrutaban en sus opiniones religiosas; pues la ley, no cuidándose, en esto como en las demás cosas, de lo interior, sujeta á reglas rigurosas los ritos y las ceremonias exteriores.

pero sólo se les ofrece arroz cocido sin sal, agua pura y varillas de incienso (1). La escatología es allí muy poco precisa, por no decir nula. La idea que nos dan los libros sagrados y los autores profanos acerca de los grandes *kamis* como de unos seres sin ninguna de las perfecciones de un Dios supremo, parece que justifica esta opinión. No se conoce en el Japón la inmortalidad, ni se quiere señalar á los buenos y á los malos su ley ni su fin. El cielo se representa como una región remota colocada más allá del aire, á la cual se sube por una serie de escalones invisibles, desde cuyo término se contemplan moradas regias entre montañas y llanuras; pero estas moradas se reservan á las divinidades. El infierno, paraje cavernoso y subterráneo, se une con la superficie del globo por un pasaje muy estrecho; pero en esa mansión confusa nada puede distinguirse, todo se encuentra indeterminado.

Con tantas creencias informes y mal equipadas, poco á poco se fué borrando la uniformidad que en un principio ofrecían las tradiciones animistas del sintoísmo patriarcal, según las fuentes de donde partía. En en el siglo VI (A. C.) acabaron de degenerar bajo la influencia china. De aquí resultó que algunos emperadores permitieron personificar en sus abuelos á los dioses; confiriéronse á sí mismos el título de sacerdotes; convirtieron á los templos en teatros de canto y baile sagrados; y el sol, padre del cielo, único jefe de la tierra y gran protector del Imperio en que nace, fué adorado, sacrificándosele pescado, aves, frutas, arroz y agua. El sacrificio humano, institución la más bárbara que el *bípedo implume* ha inventa-

(1) En 1894, el 7 de Diciembre, celebróse en *Onemo* una solemnidad patriótica en honor de los soldados fallecidos en la guerra con China. Al pie de 400.000 personas asistieron á la ceremonia, que se solemnizó en un inmenso altar servido por 300 sacerdotes sintoístas. Se pronunciaron discursos, cuyo tema fué el sacrificio por la patria, sin apenas hacerse mención de los dioses del Imperio. Es á este propósito muy de considerar la previsión con que el P. Mir (*La Religión*, 527) decía, en 1899, que «ese espectáculo, medio militar y medio religioso, fué en el Japón una novedad extraña, *indicio de próximas revueltas*».

do, no parece que se haya practicado en el Japón antes de la era cristiana; pero la costumbre tan común, y que se perpetuó hasta el siglo VII (P. C.), de enterrar juntamente con los muertos á los vivos, amigos y criados del difunto, representa, en mi sentir, un resto de inmolación humana. Esa costumbre hace pensar en las exequias sangrientas de ciertos salvajes, en que millares de víctimas consagradas acompañan el alma de un príncipe para que no se vaya solo al reino de los espíritus.

De la conciliación sintoísta-confuciana de la aristocracia japonesa, sólo una secta se elevó á concepciones sistemáticas, y esto casi en nuestros días (1541), bajo la influencia de las misiones católicas. Aludo á la secta llamada *Zikko* (práctica), que profesa la creencia en un solo Dios, y admite una especie de inmortalidad. Esta secta, en quien la propaganda cristiana hizo desde el comienzo grandes progresos, así como los convertidos de San Francisco Javier, que de 1549 á 1581 ganó para Cristo 150.000 japoneses y erigió 200 iglesias católicas, han sido encarnizadamente perseguidos hasta tiempos muy recientes. Todavía en 1710 se vieron los *zikkistas* precisados á suprimir su academia, pero no perecieron por completo; y aun hoy subsisten más ó menos ocultos, por confesión hecha por el sintoísta *Shibata* en el Congreso de las Religiones de Chicago (1893). Los martirios á que nuestro Lope de Vega dedicó en el *Triunfo de la Fe* tan brillantes páginas, se han perpetuado hasta el presente, y con mayor encono, aunque más solapadamente, con la entrada del budismo en el Japón en el siglo VI (P. C.). Vamos á estudiar á la luz de una sana crítica ese budismo japonés, última etapa de la evolución religiosa del antipático *Nippon*.

*
* *

Las causas que prepararon la budización del Imperio del Sol Naciente pueden reducirse á cuatro principales: la pompa del culto exterior, el fácil recibo de los dioses nacionales, la

tendencia al misticismo y la impresión que con teatrales espectáculos se supo hacer en la fantasía y en la sensibilidad del pueblo (1). Pero esto es una explicación demasiado filosófica, vaga, y que á pocos satisface. Preferible será, pues, dirigirnos á la historia y á los hechos; pero veamos cuáles son los hechos que debemos estudiar. En el siglo nono, la casa de los *Minamoto*, queriendo suplantar al *Mikado* sintoísta, trató de dar á los budistas la protección más decidida en su culto, y los mandó luchar políticamente contra los monasterios de sus rivales, lucha que sólo en la batalla de *Sekigara*, en el siglo xvii, llegó á fundamentar el triunfo del partido budista en el Japón.

Transformaciones del budismo desde esta victoria célebre, se cuentan muchísimas. Buen golpe de ellas se deben al genio de la raza. Los japoneses no podían contentarse con un Buda y varios *Bodisatvas*; añadieron dioses celestiales, *manes* de los cerros y los bosques, monstruos de portentosa virtud, desconocidos del budismo del Tibet y de Ceilán. El *nirvana* lo convirtieron en una especie de paraíso (*goku-rako*), en nada conforme con la concepción primitiva de la absorción en la esencia absoluta. Por último, y para no citar más diferencias, en el Japón no poseen los budistas, como en el Tibet y en Ceylán, jerarquía eclesiástica, sino que cada una de las sectas en que el budismo está allí dividido tiene su respectivo jefe. Estas sectas, con sus monasterios de *bonzos*, idénticos á los del Tibet y Ceylán, no eran contrarias á la organización y comunión budista de estos países, que eran sus «iglesias», por lo menos en sentido formal; pero eran más libres para introducir nove-

(1) «En todo templo budista se ve levantada majestuosamente la estatua de Buda, en su ordinaria actitud; á los lados, imágenes de sus más célebres discípulos; ante el retablo arden blandones, y sacerdotes ricamente vestidos cantan alternando el monótono y pesado *gorigori*, símbolo de la melancolía misteriosa que los embarga. Aquí, como doquier, el culto budista se cifra únicamente en el aparato de ceremonias ostentósimas. Las estatuas enormes, en cuyo semblante se pinta la seriedad de Buda, sumido en profunda contemplación, deben de inducir maravilla y asombro en la gente japonesa». (P. Mir, *La Religión*, 457.)

dades, siempre que les proporcionasen prestigio y bienandanzas. Así convirtieron á *Amiola* en una divinidad pródiga y sublime, y á Buda ó *Sakia*, como la senda (vital y teórica) para alcanzar de un modo estático y conventual la posesión de fincas y sueldos, asegurando por tal medio los bonzos su dicha terrenal y eterna.

Respecto á la tolerancia religiosa del budismo, parece demostrado que sólo ha existido en el Tibet y en Ceylán, mas no en el Japón. Con relación al Cristianismo, los sacerdotes budistas se mostraron ferozmente intransigentes, atacándole con toda clase de armas, sin excluir el arma política. Aun en nuestros mismos días, notoria es la agitación que los sacerdotes budistas han logrado producir y fomentar contra los proyectos del Gobierno relativos á una amplia libertad de cultos, incluyendo el culto cristiano. No puedo suministrar una prueba más evidente en apoyo de esta opinión, que las siguientes palabras que en el *Congreso de las Religiones* de Chicago, en 1893, se escaparon al budista japonés *Kinza Ringe-Hirai*: «Yo no quiero ser hipócrita: declaro sin rebozo que combatí públicamente el Cristianismo en mi tierra; yo fuí el primero que organicé una sociedad con el designio de desterrarle del Japón» (1).

Con los sintoístas, el budismo japonés ha producido como una mujercilla caprichosa, que unas veces ve excelencias y otras defectos en su muñeca, y que acaba por abrazarla unas veces, ó por golpearla otras. Nada tan hipócrita y sospechoso como las armonías búdico-confucianas acerca de la religión, y todas las tendencias híbridas que pretendieron conciliar la fe de Gotama con el sintoísmo, han venido á parar en definitiva á uno de estos dos extremos: ó negar la verdad del último, ó considerarle como un sistema claramente inferior, y apoderarse del mando, hacer de consejeros y dirigir de algún modo el timón del Estado.

(1) Barrows, *The World's Parliament of religions*, 443, 449.

Lo más de notar en la época actual es el quietismo fatal del Japón en sus creencias y prácticas seculares. Parece lógico que con nuestra civilización hubiese el japonés abrazado una religión más conforme que la suya á las exigencias del pensamiento moderno, cual es la cristiana; mas engañaríase gravemente quien así pensase. El japonés continúa dominado por el budismo, «uno de los instrumentos más poderosos jamás inventados para embrutecer á los pueblos» (1); religión contraria á la vida de ideal y de acción de los pueblos europeos, y que ni aun en su cuna ha influido para nada como fuente de lucha y estímulo de contradicción dogmática.

El budismo, aborto monstruoso de la noble raza aria en una de sus épocas de malestar y decadencia, no ha podido echar raíces en la India. A pesar de su trivial programa de igualdad y fraternidad sociales, que conquistó en poco tiempo los ánimos de la gente baja, de las clases menesterosas, tuvo pocas simpatías en la parte más distinguida y más sana de la nación; y el año 800 después de Jesucristo desapareció casi por completo de la India, donde el bramismo comenzó de nuevo á dominar y domina todavía con imperio casi despótico. Los verdaderos países sojuzgados por el budismo son la Indo-China y el Japón. El budismo, con su indiferencia criminal de la vida presente y su *nirvana* de más allá del sepulcro, es por excelencia la religión de los países habitados por hombres amarillos, países donde una raza indolente y cruel, ajena á las grandes perspectivas de la vida espiritual, anonada la sublime aspiración á la lucha continuada, y trueca todas las ideas de fe, patria, solidaridad, compasión, virtud, en prácticas supersticiosas y engañosas, cuyo resultado es el estupor y el idiotismo (2).

La religión cristiana no progresa ostensiblemente en el Ja-

(1) Frase de Reynoso en su estudio sobre *La europeización del Japón* (publicado en la revista *Nuestro Tiempo*, Febrero 1904).

(2) Véase mi citada crónica científico-filosófica sobre *La civilización japonesa contemporánea* (en la revista *Nuestro Tiempo*, Febrero 1904).

pón. En 1897 había allí 40.578; en seis años el número se ha elevado á la insignificante suma de 40.980, contrastando este fenómeno con la inmensa preponderancia que va tomando el budismo. En 1897 este culto tenía 71.886 templos; en 1898 han llegado á 71.910. El templo de *Higashi Hongwanji*, destruído por el fuego, ha sido reedificado en 1895 por suscripción popular. Además, las instituciones públicas se hallan todavía fuertemente impregnadas de budismo. En China, país que se presenta como inferior al Japón, hay budistas que veneran á Buda por varón ilustre, pero no estiman en un ardite su doctrina, vida y milagros; si le honran, es por la afición que siempre han tenido á honrar á los hombres eminentes en algún género de proezas. En el Japón se tiene á Buda por un dios, y se le adora mediante prácticas enteramente supersticiosas, por las doce sectas de budistas descritas recientemente por el japonés *Ryanon Fugishima* (1), gran conocedor de sus secretos. Según afirma, nada á este respecto ha cambiado en el fondo. Se reverencia á los ídolos de Buda como en la antigüedad, y se sigue recurriendo á sus favores por los mismos medios que en la antigüedad, es decir, frotando una parte del cuerpo del ídolo y friccionando el propio, sirviéndose de papeles machacados, empleando cilindros, etc. Y no es ya el vulgo quien en tal estado de ánimo se encuentra, sino personas que pertenecen á la parte relativamente culta de la sociedad.

Hora es ya de que recojamos las enseñanzas de la exposición anterior, y deduzcamos consecuencias. Como hemos visto, la evolución religiosa del pueblo japonés es una serie de degeneraciones. Su primitiva, mediocre y mezquina religión, la más rudimentaria de todas las conocidas, no ha recibido del alma nacional cambios progresivos, adiciones fecundas. Las

(1) Véase su obra sobre *Le Bouddhisme japonais*, I, 1. Compárese con Fray Luis de Guzmán, *Historia del Japón*, V, 5, 6, 7. Max Müller, *Essays on the history of religions*, XII. San Francisco Javier, *Epístolas*, CXXII. Nieremberg, *Varones ilustres*, I, 80. Guerrero, *Corona gloriosa*, 4. Trigault, *De Christiana expeditione apud Sinas*, II.

influencias de religiones extranjeras, ó no han sido completas, como ocurre con el confucianismo, ó, como con el budismo pasa, no ha obrado de una manera adecuada, sino que el espíritu japonés las ha desfigurado y empequeñecido, comunicándolas sus defectos ancestrales. Junte ahora el lector todas estas anomalías y todas estas negaciones, y vea á qué equivalen; busque una palabra para designarlas; conjuro á su razón y apelo á su conciencia, á que no encontrará sino la de *esterilidad*. Sí; la raza amarilla es estéril hasta cuando tiene á mano grandes recursos de carácter social genérico. Y así como conoció mucho antes que la raza blanca la pólvora, pero la empleó en fuegos artificiales, así conoció religiones relativamente elevadas, para por ellas ir á parar á las supersticiones más ridículas.

Por lo tanto, en el Japón hay fábula sin mito, rito sin culto, ceremonias sin amor, y religión teórica sin práctica. La salvación allí hubiera estado en adoptar el cristianismo. Pero no se ha querido creer al Cristo; no se le ha seguido. Merced á la ligereza de su espíritu, los japoneses se han dejado llevar de vanas apariencias. El Japón se haría un gran pueblo el día en que sus hijos fuesen bastante razonables para regular su conducta por esta divisa de San Pablo (1): «La gloria no está en las vanas apariencias de que se deja llevar la ligereza del espíritu; la verdadera gloria consiste en el testimonio de la buena conciencia». Aquel día las sectas sintoísta, confuciana y búdica habrían terminado su reinado, y el pueblo japonés, elevado, emancipado, en plena posesión de sí mismo, entraría en una nueva esfera de evolución religiosa más en armonía con la civilización moderna.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

(1) *II ad Corintios*, I, 12.

RECUERDOS

He dicho ya varias veces, que mi primera afición, la más intensa, la perdurable, ha sido siempre la que me llevaba y me lleva hoy mismo al estudio de las Matemáticas puras, y por extensión de éstas al de la Física Matemática.

Empezó esta afición desde niño, desde que me explicó Aritmética, en el Instituto de Murcia, D. Francisco Alix.

Yo recuerdo el placer intenso que experimenté al comprender por vez primera cómo y por qué se daba *un común denominador á dos ó más quebrados*.

No había comprendido bien la explicación del profesor, y acudí á mi padre, que tenía una cultura de primer orden, que así me leía á libro abierto y en texto griego la *Iliada* y la *Odisea*, como hablaba en latín casi con tanta facilidad como si hablase en castellano, ó clasificaba cualquier planta rara, porque era un gran botánico. Y aunque las Matemáticas no habían sido su especialidad, sabía los rudimentos de la Aritmética y de la Geometría, y podía sacarme de muchas dudas.

Él fué quien me explicó la manera de dar un común denominador á los quebrados; y que no lo crea quien no quiera creerlo, pero mi alma de niño se inundó de resplandores, y arrancando de las paredes pedazos de yeso, fuí llenando todas las puertas y ventanas con ejemplos numéricos de sumas y restas de quebrados. Y si bien á mi madre le produjo esto gran escándalo, yo no pude comprender su indignación, porque á mí me parecía que aquellos números eran sagrado adorno de

ventanas y puertas, ni más ni menos que al árabe se le antoja que no puede adornar mejor las paredes de sus mezquitas y palacios que repitiendo una y cien veces los versos del Corán y las alabanzas de la Alhá.

Todavía recuerdo otro momento de duda y otra alegría inefable; pero ambas se refieren ya á la Geometría.

Leía yo en el libro que «dos planos paralelos, por mucho que se prolonguen, no se encuentran», y esto me parecía de todo punto falso.

Ponía yo las dos manos abiertas por completo una sobre otra, pero en el mismo plano, porque así creía yo ver los dos planos en cuestión en la figura del libro.

Y es claro: como estaban en un mismo plano, al prolongar uno de ellos, es decir, una de las manos, la prolongación venía á confundirse con la otra, y pensaba, con amargura, que el teorema era absurdo. Los planos, no sólo se cortaban; se confundían.

Toda duda matemática ha sido siempre para mí dolorosa; ha producido en todo mi sér un profundo malestar, una mezcla de vanidad herida, de desengaño y tristeza; es como si la verdad eterna me cerrase la puerta de golpe y me dijera con voz áspera y desabrida: fuera de aquí; á vagar por los espacios ridículos de la imbecilidad.

Así vagaba yo una tarde por el jardín botánico que mi padre tenía en Murcia, cerca del Malecón, y me detenía una y otra vez, y levantaba las dos manos extendidas y las colocaba por terquedad de mi torpeza una sobre otra, pero formando el mismo plano.

El que me hubiera observado, hubiera creído que yo era un niño loco ó maniático, y que andaba por entre las calles del jardín haciendo gestos ridículos.

Pero en una de aquellas experiencias de las dos manos, por casualidad las coloqué una sobre otra, pero horizontales, es decir, verdaderamente paralelas, y la luz brotó de pronto en mi espíritu; y comprendí de una vez y para siempre lo que

eran planos paralelos, y que la figura del libro era una perspectiva, aunque yo no le dí este nombre, que entonces ignoraba, y me penetré por intuición de la exactitud del teorema, ó mejor dicho, comprendí la definición de «planos paralelos».

El placer que sentí fué verdaderamente grande, más grande aún que el que había sentido al aprender á dar un común denominador á dos ó más quebrados.

Más grande, digo, porque aquél había estado precedido sólo de la ignorancia, y éste había tenido por antecedente la duda y el error, una negación de la verdad, y la verdad de pronto se había mostrado vencedora en mi cerebro.

* * *

Esto que me sucedía cuando niño, me ha seguido sucediendo durante toda la vida, y me sucede hoy mismo.

Cuando terminé en Murcia el Bachillerato y vine á Madrid á estudiar seriamente Matemáticas, durante dos ó tres meses mis dudas y mis angustias fueron grandes; porque yo me hacía á mí mismo esta pregunta: ¿Serviré para las Matemáticas, las comprenderé, ó llegaré en esta ciencia á un punto del cual no podré pasar?

Y entonces sentía honda desesperación; porque yo, muchas veces, por las Matemáticas, he hecho comedias y aun tragedias internas llenas de interés y peripecias.

Pensar que pudiera haber en las Ciencias Matemáticas alguna teoría que yo no comprendiese, me ponía fuera de mí.

Pero entendámonos.

No llegar á la solución de algún problema, era una deficiencia á la cual me resignaba, y hubiera sido vanidad indisculpable no resignarme, porque son infinitos los problemas que los matemáticos más eminentes no saben resolver.

Pero no comprender una teoría que todos los matemáticos comprenden, es humillante para el que pretende profesar la admirable Ciencia, en que la potencia intelectual se pone á prueba.

Pues bien; en la segunda enseñanza, yo había estudiado y comprendido la Aritmética, el Algebra elemental, la Geometría y la Trigonometría rectilínea. Más aún, había comprado la Geometría descriptiva de Leroy, y estudiándola por mí y sin profesor, no sólo la había comprendido, sino que había hecho varios modelos con cartón y seda negra.

En suma, hasta aquí, estaba satisfecho de mí mismo; pero quise estudiar Geometría Analítica en la obra de Vallejo, y, ¡oh desengaño y desesperación! no había entendido una palabra. Claro es que habría podido repetir todo aquello de memoria; pero la Ciencia no había penetrado en mi espíritu, no me había apoderado intelectualmente de la fecunda creación de Descartes, y de aquí nacían mis dudas y mis angustias. ¿Habrá en la Ciencia Matemática—me preguntaba yo—regiones enteras cerradas eternamente para mí? De ser así, ¡qué desengaño, qué tristeza y qué humillación!

Y con estas preocupaciones vine á Madrid y empecé á estudiar con D. Angel Riquelme, que, dicho sea entre paréntesis, era un excelente profesor de Matemáticas elementales.

Con él estudié Aritmética y Algebra mucho más extensas que las que había estudiado en el Bachillerato, toda la Geometría de Vincent, Trigonometría rectilínea, y como materias nuevas, Trigonometría esférica y Teoría general de ecuaciones.

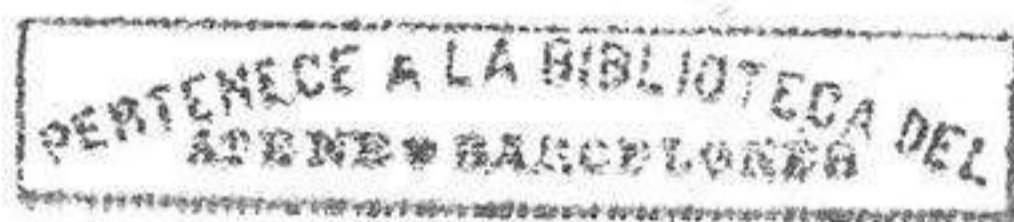
Hasta aquí íbamos bien: *ya sabía yo* que todo aquello *lo sabía*, ó era capaz de saberlo; pero llegó el momento crítico, y fué aquel en que D. Angel nos anunció que al día siguiente empezariamos la Geometría analítica.

No nos señaló lección, porque la primera quería él explicarla á su modo, y al día siguiente fuí con más emoción á clase que la que he tenido en los estrenos de mis dramas. Había llegado el momento de que yo supiera si servía ó no para las Ciencias Matemáticas. La Geometría analítica era para mí entonces un arcano, una nebulosa, en que todo estaba revuelto y en que no brillaba ni un rayo de luz.

Empezó su lección D. Angel, una lección sintética, explicada desde toda la altura de la Ciencia, sin descender á pormenores, pero marcando la ley con lógica admirable y con admirable claridad.

El arcano abrió sus puertas, la nebulosa se iluminó, y al salir de clase, después de una hora de explicación, comprendí la Geometría analítica como la comprendo ahora, y sentía mi alma iluminada por una alegría muy profunda que se esparcía por todo mi sér, desvaneciendo todas las dudas y tranquilizándome de una vez y para siempre.

* * *



¡Qué extraño le parecerá todo esto al lector, y hasta qué estrambótico, ni qué puede importarle todo ello!

Pero me importa á mí; y como lo que yo dicto son recuerdos, y estos recuerdos son para mi persona interesantísimos, he de consignarlos, siquiera para enseñanza y consejo de los jóvenes que empiezan el estudio de las Matemáticas, y que alguna vez puedan sentirse desalentados.

De todas maneras, afirmo que en todo lo dicho no hay ni afectación, ni artificio, ni mucho menos exageraciones; por de contado, ni un átomo de literatura, ni siquiera de estilo.

Las Matemáticas fueron y son una de las grandes preocupaciones de mi vida; y si yo hubiera sido rico, ó lo fuera hoy, si no tuviera que ganar el pan de cada día con el trabajo diario, probablemente me hubiera marchado á una casa de campo muy alegre y muy confortable, y me hubiera dedicado exclusivamente al cultivo de las Ciencias Matemáticas. Ni más dramas, ni más argumentos terribles, ni más adulterios, ni más suicidios, ni más duelos, ni más pasiones desencadenadas, ni sobre todo más críticos; otras incógnitas y otras ecuaciones me hubieran preocupado.

Pero el cultivo de las Altas Matemáticas no da lo bastan-

E. M.—*Mayo 1904.*

te para vivir. El drama más desdichado, el crimen teatral más modesto, proporciona mucho más dinero que el más alto problema de cálculo integral; y la obligación es antes que la devoción, y la realidad se impone, y hay que dejar las Matemáticas para ir rellenando con ellas los huecos de descanso que el trabajo productivo deja de tiempo en tiempo.

Jamás, ni en las épocas más agitadas de mi vida, he abandonado la Ciencia de mi predilección; pero nunca me he dedicado á ella como quisiera.

Todavía recuerdo que, cuando iba á La Granja para celebrar el Consejo de Ministros en que se decidió la candidatura de Hohenzollern, iba leyendo en el coche la teoría del calor de Briot, que acababa de publicarse.

La política, los grandes problemas que en aquel momento se agitaban, el futuro conflicto entre Francia y Alemania, me preocupaban menos, en aquel viaje, que el teorema de Carnot, ó sea el segundo principio de la Termodinámica.

A las Matemáticas les debo muchos días de mal humor, cuando no veo con claridad alguna teoría; muchas alegrías, cuando venzo la dificultad que me cerraba el paso.

Podría citar muchos ejemplos; pero creo que ha llegado el instante de decir, como se dice en *El maestro de escuela*, que tan admirablemente interpretaba el gran actor Valero: «basta de Matemáticas».

*
* *

Creo que he perdido el hilo de mi discurso, distraído con recuerdos matemáticos.

Me parece que mi intención era ir señalando las aficiones principales que han dominado mi vida intelectual; y la primera es, como queda dicho, la de las Ciencias Matemáticas. Esta afición brotó en mí espontáneamente.

La segunda fué la de la Economía Política y la de las ciencias sociales que con aquélla se relacionan. La nueva afición me fué impuesta por la voluntad poderosa y por la cariñosí-

sima amistad de Gabriel Rodríguez, como he referido en otro artículo.

Grande fué también esta afición, que todavía no me ha abandonado, y que hoy parecerá extraña, porque la Economía Política se cotiza en baja, con daño y peligro del orden social y del verdadero progreso de la Humanidad.

Agradábame la Economía Política, porque era una ciencia, á mi entender, de principios sólidos, en los cuales se apoya toda una serie de fenómenos sociales, que dentro de la Ciencia se desarrollan con lógica tan inquebrantable como la que pueda dominar en la Mecánica.

A estos principios y á esta lógica se ha sustituido en los tiempos modernos la palabrería, la pasión y el sentimiento; todas cosas muy buenas, aun la primera, si la palabrería es artística, pero que corrompen toda ciencia positiva.

Buena estaría la Ciencia Matemática si en ella se metiese de rondón el sentimiento humanitario, con ser cosa tan santa y tan simpática.

Por lo que me atrajo la Economía Política, fué precisamente por lo que tiene de severa, de lógica, de indiferente á las pasiones y á los intereses humanos; aunque una vez constituida la Ciencia, de ella puedan derivarse artes diversas aplicables á la sociedad y á la vida, y en que se tengan en cuenta el placer y el dolor y el progreso de las sociedades.

Cuando se estudian las propiedades de la electricidad ó las leyes hidráulicas de una corriente líquida, para nada se piensa en si el rayo mata ó puede matar, en si el río en sus inundaciones ha de causar catástrofes.

¿Qué importa todo esto, ni en qué puede influir sobre las leyes de la electricidad dinámica ó sobre las ecuaciones de la hidrodinámica?

Lo malo es que la mayor parte de las personas, y aun de personas muy ilustradas, sólo saben de Economía Política unas cuantas vulgaridades: por ejemplo, la ley de la oferta y el pedido, y la ley de la competencia, fórmulas incompletas; ó, cuan-

do más, la ley de Maltus; y con esto se creen en posesión de la Ciencia toda, y de cuajo pretenden arrancarla de sus fundamentos y arrojarla en un rincón, como andrajo viejo y gastado.

Ni sospechan lo que sobre Economía Política han escrito, ó sobre problemas especiales de ella, Dupuit y Cournot; ni han leído, y acaso si leyesen no comprenderían, por falta de conocimientos matemáticos, las admirables obras de Walras y de Jevons y otras, escritas con el mismo espíritu de rigor científico.

Lo que á la masa retrae, á mí me atrajo, y aficionándome á la Ciencia económica, y siguiendo el impulso que á todos nos comunicó Gabriel Rodríguez, de la Ciencia pura pasé á sus aplicaciones y á su propaganda en mitins, periódicos y Ate-neos.

Y por este camino llegué más tarde á la vida política.

*
*
*

A esta doble afición de las Ciencias Matemáticas y de la Economía Política, y de las aficiones dramáticas no hablo porque estaban adormecidas casi por completo, se agregaron nuevas aficiones á los estudios filosóficos.

Tampoco fueron aficiones espontáneas, pero tampoco fueron impuestas: nacieron casi por casualidad, aunque más tarde, por la necesidad de la polémica, se desarrollaron.

Hablaba yo con Leopoldo Brockman, que era entonces mi más íntimo amigo, de lo divino y de lo humano, de Ciencia, de Literatura, de Teatros y de Política, y á veces también de Filosofía, una Filosofía intuitiva, porque ni él ni yo habíamos estudiado nunca libro alguno de Filosofía ó de Metafísica.

Y dando vueltas á estos problemas últimos, quiero decir, á los problemas metafísicos, filosóficos y religiosos, planteamos nada menos que el doble problema de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma.

¡Ahí es nada! Nunca se siente uno más desahogado para

tratar de un gran problema, que cuando no sabe de él una sola palabra; porque entonces todo es terreno franco, y puede revolvase en todos sentidos el osado é ignorante explorador.

Ya sospechaba yo que tales problemas eran muy difíciles, y con las luces de la razón no veía yo luz por ninguna parte; y no digo que no exista algún foco que sirva de guía, quiero decir que para mi inteligencia el foco estaba á obscuras.

—Pues no creas—me dijo Brockman;—yo tengo un amigo (y citó su nombre) que ha estudiado mucha Filosofía y que asegura que ambos problemas están resueltos, con tanta exactitud y tanto rigor como cualquier teorema de Geometría.

—Siempre será ese amigo tuyo—le repliqué—tan insubstancial y tan ligero como nuestro amigo X, el que nos prometió hacer representar nuestros dos dramas, y que al cabo de quince ó veinte días nos los devolvió mártires, si de nuestras manos habían salido vírgenes.

—Te digo que no—insistió Brockman, que era muy amigo de sus amigos, y que por bondad de carácter veía en ellos talentos superiores, aunque fueran verdaderos zoquetes.—Mi amigo ha estudiado toda la Filosofía alemana, y me asegura que los alemanes han demostrado la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, con tanta claridad y certeza como nosotros demostramos el teorema de Pitágoras.

Esta conversación fué bastante para que yo me dedicase á estudiar Filosofía.

Y no deja de tener gracia, ó al menos me hizo mucha gracia por entonces, el que llegara á mi noticia que Dios existe y que el alma es inmortal, por el dicho de un amigo de Brockman.

Estos soberanos problemas, traídos y llevados de boca en boca, como noticia de cualquier suceso vulgar de los que á diario ocurren en la Puerta del Sol ó en la Carrera de San Jerónimo, toman un tinte cómico de los más regocijados.

Recuerdo á este propósito lo que decía un joven andaluz muy ignorante, pero que no carecía de talento, y que hablaba con gran desparpajo en las secciones del Ateneo. Ha de saberse

que el joven andaluz acudía todas las noches al café del Suizo y se sentaba á la misma mesa de Rodríguez, Figuerola, la Sala, Bona y otros.

Pues bien: con motivo de las discusiones del Ateneo, en las cuales siempre se concluía por tratar la cuestión religiosa, decía el joven á que me refiero, haciendo valerosa exposición de sus creencias: «Yo soy *panteísta*; pero no lo digo *por mi mamá*».

*
* *

Movióme á gran curiosidad, como antes indicaba, la afirmación del amigo de Brockman, y resolví estudiar la Filosofía alemana.

Ni más ni menos, y sin preparación de ningún género; porque de Filosofía y de problemas religiosos, sólo había aprendido cuatro generalidades, aunque luego vi que eran muy substanciosas, en el Instituto de Murcia, con D. Francisco Sandoval, que nos explicaba Filosofía y Ética.

Era hombre de mucha cultura, de explicación muy clara y de palabra elocuente. Porque, dicho sea entre paréntesis, y si ya lo he dicho en estos recuerdos, lo repito; y si no lo he dicho, lo consigno con manifestación de justicia y de cariño: el Instituto de Murcia era un Instituto de primer orden, y tenía profesores excelentes; por ejemplo: D. Ramón Vaquero, que explicaba Física y Química; D. Francisco Sandoval, que explicaba Filosofía y Ética; D. Angel Guirao, profesor de Historia Natural; D. Francisco Alix, Matemáticas; D. Antonio Alix, Geografía; mi padre, que explicaba Agricultura y que algunos años explicó Griego.

Pero no nos dejemos enredar por los recuerdos, y sigamos el hilo de las ideas.

Decía, ó iba á decir, que en punto á problemas filosóficos y metafísicos, yo no tenía más nociones que las que había adquirido en la clase citada.

Eso sí: yo había aprendido *tres demostraciones de la exis-*

tencia de Dios y otras tres de la inmortalidad del alma; y estas seis demostraciones, que expuse brillantemente en el examen, me valieron un sobresaliente como un templo; por eso he mirado siempre con simpatía, aunque con respeto y temor religioso, uno y otro problema.

De esto y otras cosas deduzco que me han tratado con soberana injusticia los que al principio de mi carrera dramática me acusaban de impío.

Señor: un hombre que, pudiendo nacer en cualquier día del año, nace en Jueves Santo, y que en los exámenes del Bachillerato obtiene nota de sobresaliente demostrando por tres métodos la existencia de Dios y por otros tres la inmortalidad del alma, no puede ser tan impío como se supone.

De muchos que pasan por piadosos sé yo que no me podrían repetir ni una sola de aquellas seis magníficas demostraciones.

Mas, dejando esto aparte, vuelvo á repetir que tomé la enérgica resolución de estudiar Filosofía alemana, y después de orientarme un tanto y de adquirir noticias, la emprendí con Kant y con su *Crítica de la razón pura*.

¡Gran trabajo, gran lucha de mi entendimiento, que tenía que revolverse en un mundo desconocido, adivinar un lenguaje y una terminología de la que no tenía la más ligera noción, y acometer de frente y á pecho descubierto el problema más formidable de la *Crítica*!

Al principio, no entendía casi nada; sólo de cuando en cuando atravesaba aquella jerga filosófica algún repentino resplandor.

Poco á poco fuí comprendiendo más, y al fin comprendí la idea del gran filósofo, y acabé la lectura de la primera parte, emprendiendo resueltamente el estudio de la *Crítica de la razón práctica*.

Seguí después estudiando los sistemas de los otros tres grandes filósofos alemanes; y ya en este camino, leí otras muchas obras de Filosofía y de Metafísica, filón que no he cesado

de explotar, aunque con muchos *paros* generales, que han durado á veces años enteros.

Pero, en fin, de los principales filósofos antiguos y modernos, he leído las obras fundamentales ó análisis extensos de las mismas, sin encontrar nunca la evidencia que yo anhelaba, sobre los grandes problemas que agitaron y agitan á la humanidad.

Declaro solemnemente, que contra la corriente hoy dominante, admiro y respeto la Filosofía y la Metafísica, y creo que en todos los sistemas de los grandes filósofos existe un pedazo, aunque pedazo roto, de la verdad.

Es como si el no resuelto problema de *lo absoluto* fuera de cristal y se hubiera caído sobre nuestra tierra desde las alturas del cielo, haciéndose polvo, y ese polvo lo hubiera recogido algún espíritu burlón, salpicando con él los cerebros de los grandes pensadores.

Parece que la Metafísica ha muerto; pero ni ha muerto ni morirá nunca, aunque nunca saciará nuestra sed.

Pi y Margall, en una de sus obras, dice una cosa hermosísima, profunda y de admirable exactitud: la Metafísica es, respecto á la inteligencia humana, lo que la sombra es á nuestro cuerpo, cuando sobre el suelo la proyecta el sol. Si avanzamos hacia ella queriéndola coger, huye eternamente ante nosotros; si le volvemos la espalda y huímos, nos sigue eternamente: no nos abandona jamás.

*
* *

Mezclemos á recuerdos serios recuerdos burlones, y uno me asalta que tiene su fondo filosófico.

Discutíamos en un café de París varios amigos, sobre Filosofía y Metafísica.

Entre ellos, uno alardeaba de filósofo, y hasta de kantiano, y afirmó que el espacio no existe, que es una mera ilusión de los sentidos, que no es otra cosa, en rigor, que una de las dos

formas de la sensibilidad, que son, como es sabido, el espacio y el tiempo.

A mi lado estaba D. J. C., ingeniero de Caminos, compañero de carrera, amigo queridísimo y uno de los primeros profesores de la Escuela de Caminos.

Sabía muchas Matemáticas, era espíritu de prodigiosa claridad y de lógica severa; pero en el fondo, por instinto, era sensualista. No creía sino lo que veía, lo que tocaba ó lo que demostraba matemáticamente; él nunca transigió más que con la Ciencia experimental y con la demostración matemática; lo que estaba fuera de estas dos esferas, lo consideró siempre como ilusión ó desatino.

No había estudiado nunca Filosofía, ni tenía la más remota idea de la *Crítica de la razón pura*; así es, que cuando oyó sostener que no existía el espacio, no pudo contener su asombro, mejor dicho, su estupor.

—¿Quién puede sostener semejante absurdo?—dijo mirando á todas partes, como si pusiera por testigo al espacio mismo que le rodeaba.

—Lo dice y lo prueba—le replicó nuestro amigo el filósofo—uno de los hombres más grandes que han existido en la humanidad.

—¿Pero si no puede negarse?

—Pues se niega.

—Pues yo voy á demostrarle á Ud.—dijo C.—que el espacio existe.

Y cogiendo un vaso, que estaba sobre la mesa, lo levantó en alto, y empezó de este modo su demostración:

—¿Ve Ud. este vaso? Yo lo cojo, y lo elevo, y lo coloco... —y aquí se detuvo, y agregó:—Verdad es que, si me niega usted el espacio, no tengo dónde colocarlo.

Y dejándolo sobre la mesa, se quedó pensativo.

Cuando terminó la reunión, y nos separamos todos, me dijo con profunda convicción:—Ó nuestro amigo está loco, ó todos los filósofos son unos imbéciles.

Cuando se empieza á estudiar Metafísica, así se empieza; al cabo de algún tiempo, ya pertenece uno á la familia, y participa uno, á pesar suyo, de sus cariños, de sus entusiasmos y de sus locuras.

La Metafísica, como las Matemáticas, requiere algún descanso.

JOSÉ ECHEGARAY

COSAS DE FRANCIA

OPINIONES DE DIEGO GABACHO

Vanitatem et verba mendacia longe
fac a me.

PROV. XXX. 8.

Ayer, después del café, hablando yo de sobremesa en la *table d'hôte* del *Hôtel Bellevue* con Diego Gabacho, presidente honorario de la *Ligue de la Patrie Française* en Pau, sobre psicología comparada de los varios pueblos del mundo, me hizo las siguientes declaraciones el ardiente nacionalista, discípulo de Jules Lemaître y François Coppée:

«El inglés no es más que un mercante, y no conoce más que el dinero—*money* que dice, de donde hemos sacado nuestra palabra *monnaie*. Sus dioses son el arca, la talega y el cheque. Viaja, con el fin de fundar factorías. Si tanto le gusta el mar, será porque lleva á todas partes donde se gana dinero. Degüella, arruina, mata de hambre á los pueblos, cada vez que, no acertando á someterlos, tiene que renunciar á robar sus territorios y despojarles de sus campos, cosechas y obras de arte. Cuando no obra con el fin de ganar, obedece al orgullo. Tienen una voz especial para eso, que es *cant*. Se conceptúa superior á todos y todo lo desprecia, venerándose tan sólo á sí propio. Alardea de virtud, y sólo conoce los vicios. Es moji-gato é hipócrita. No va á misa los domingos y fiestas de guar-

dar. Se pasa las horas comiendo bistécs, bebiendo *pale-ale*, emborrachándose y cometiendo mil vilezas. Tiene dientes más largos que la esperanza de un pobre, patillas rubias, ternos escaqueados. Lleva gorra de felpudo. Su mujer viste atrocmente. Es, por lo común, una notomía de huesos. Sus hijos, otros tantos mamarrachos locos de deportes: *cricket* y *foot-ball*, de donde afirma Demolins procede la superioridad de los anglosajones. Se lava con agua fría en una palangana muy rara que llama *tub*. No hay en su isla frutas ni verduras; todo lo conservan en latas. Allá viven en medio de eterna neblina, por la que crían los más esa enfermedad apellidada el esplín, que les hace aburrirse en casa y pasarse al Continente, de donde dijo el maestro Drumont, con su acostumbrada gracia, que «á los ingleses se les encuentra en todas partes menos en Inglaterra». No hay arbolado en las calles de Londres. Los ómnibus son tan chicos, que da risa verlos con sus barandillas enanas. En París gustan locamente los ingleses de andar por los museos, llevando debajo del brazo una Biblia encarnada con un paraguas. Una vez me mandaron *The Times*: parece mentira que se puedan fabricar tantas noticias en un día, pues pasaba el tal periódico de veintiséis páginas, y todo impreso en letra tan diminuta... El actual rey Eduardo quiere mucho á Francia por sus relaciones amistosas con Cleo de Merodeo. Hace la vida del club, y se curda lo mismo que su madre. A sus reos no les guillotinan, sino que les ahorcan. De ser comerciante ó banquero, está el inglés en la *City* hasta las seis p. m., que desde esta hora queda vacía la capital de todo bicho piante ó mamante. A eso de la una, hételos que se meten en tabernas á comer, de pie ó sentados en altísimos taburetes, carne cruda con patatas escalfadas, pudding y torta de ruibarbo. Para las paradas, visten de encarnado sus soldados; de khaki para las batallas. En vez de *oui*, dicen *yes*: ¿habrá pronunciación más divertida? Son inventores del *water-closet* y del *lavatory*. En política hay que guardarse de ellos más que del cólera.

Al holandés se le puede comparar con esas cajas en que se

tiene el tabaco siempre fresco. Es torpe, pesado, material y la mar de chusco. Vive en casas edificadas sobre pilotes, con barnizados azulejos que está aljofifando sin tregua. Se dedica al cultivo apasionado de los tulipanes. Sus campiñas se parecen á un tablero de ajedrez, cortadas que están por infinita red de canales. Su clima es húmedo, por lo que beben *schiedam*. Son agarradísimos y sin entrañas; por lo común, unos tíos altos, forzudos y calladísimos. Gustan de quedarse en casa, á puerta y balcón cerrados. Ni son tratables. Están chiflados de su reina Guillermina, mas le diré francamente que no veo yo el por qué. Si no fuera su parentesco con Krüger, no nos merecerían ninguna suerte de respetos. ¡Ah! se me olvidaba añadir que se desviven por el patinar.

El belga es odioso. Es trigueño y de coloradas mejillas. Come sobrado, sobre todo pescado cocido. Bebe cierta cerveza malísima que llama *faro*, y otra peor que llama *lambic*. Fuma cigarros asquerosos, que apura hasta la colilla. Es grosero y de muchas carnes; en fin, antipático á más no poder. Sus mujeres: unas gordinflonas y ajadas jamonas, buenas á lo más para amueblar *quartiers garnis pour messieurs*. Y ¡vaya el descaro con que chapurrea el francés, cuyo uso le dejamos buenamente usurpar en la época de nuestra grandeza bajo el cetro de los reyes cristianísimos! ¡Por vida del chápиро verde, que es de rechupete el oírle un redicho: *¿sais-tu?* ó *¿savez-vous?* Su literatura es labor de taracea, mera falsificación de nuestra herencia nacional. Es pueblo mestizo, sin importancia, capaz á lo más de bailar á estilo de Téniers el baile flamenco en sus kermesses.

El alemán es un bruto, socarrón, amigo de rebajarse, sentimental y soñador. Cultiva en tiestos azules la florecilla pálida del *Vergissmeinnicht*, bárbara calificación del miosotis. Fuma todos los días con sus noches en pipa de porcelana, en la que viene pintada una sentencia moral ó el retrato de Arminio con la *Lorelei*. Lo mejor de su vida lo pasa en cervecerías, en las que se atraca de *Sauerkraut*—una como ensalada de fermenta-

das berzas,—salchichas, chorizos, y qué sé yo cuántos embutidos, tocino, jamón curado, patatas en aceite, asado con dulces y chuletas frías. Su filosofía es ininteligible, como su idioma, y además cambia cada lustro. Anteayer Schopenhauer, ayer Hartmann, hoy Nietzsche, mañana Herr von Teufelsdröck. Su arte, complicado y pueril mosaico, cuando no penosa é inerte reconstitución, sin asomo de fe ni ápice de sinceridad. Su ciencia, un jeroglífico en que viene en diez tomos lo que nosotros pondríamos en sesenta y cinco hojas impresas. Gusta de llevar gafas con manecillas y armadura de relumbrón, con lo que se da fementida traza de sabio. Es corpulento y rubio. Habla de París cual de la Gran Babilonia, y siente no habernos quitado más relojes de chimenea en el setenta. Tiene por amo al Kaiser con sus cascos á la jineta. Su especialidad es la fabricación de ingeniosas cuanto fútiles baratijas, de las que dicen los ingleses que están *made in Germany*, hechas en Alemania; para expresar lo tramposo y vano de su estructura. Y ¡su mujer, señor mío! la habrá visto usted, en sueños á lo menos, con su cabellera trenzada y sensibilidad llorona de Gretchen. Con perdón sea dicho, raras veces pasa de ser hembra de muchos maridos. ¿Qué digo yo raras veces? Es en el fondo más mala que la raposa. Se halla el hecho atestiguado en *La France juive* de Drumont, y me lo ha asegurado además un coronel jubilado de *francs-tireurs* que estuvo prisionero en Baviera después de la rendición de Sedán. Muy mucho se podría añadir acerca del *Erbfeind*; pero vea usted que no quiero meterme en honduras.

Al danés, al sueco, al noruego se los confunde fácilmente unos con otros, lo cual está muy puesto en razón, pues esos vagos é imprecisos vecinos del Norte apenas tienen existencia propia. Viven en países acuáticos, anublados, nevados y helados, en los que no puede suceder nada que merezca referirse. Allá siempre es de noche, ó siempre de día, según los caprichos de un sol boreal y espectral. Van en trineos arrastrados por renos, unos bichos como ciervos, á guisa de caba-

llos. Los más se dedican á la pesca del abadejo, ó venden madera de aserrar, ese pitchpin que nos causa tremendas desgracias, como la del ferrocarril metropolitano en París, cuando no afea nuestras habitaciones con enseres tan quebradizos como cursis. Su literatura se parece al país, helada y confusa, de la que nadie entiende jota, ni ellos tampoco. En cuanto á Ibsen, á Björnstjerne-Björnson y otros de igual ralea, lo mejor — y eso es bien poco — que tienen lo han tomado de nuestro Balzac; verdad que lleva probada Jules Lemaître en varios sueltos de *L'Echo de Paris*, más claro que tela de cedazo, afirmando que pedirles sentido común á esos bárbaros del mar Báltico sería pedir peras al olmo. Son ojigarzos y cachazudos. Calientanse por medio de estufas de porcelana ó barro, á manera de hornos, y se abrigan con pieles de focas. Al fin y al cabo, gente que vale poco.

El lapón y el groenlandés, tampoco valen un ardite. Son unos adoquines... punto y aparte. Viven en comarcas más frías todavía, si cabe, se tapan con más pieles, tiritan todo el santo día y huelen á perro muerto, porque engullen sendos vasos de aceite de hígado de bacalao, como nosotros una caña de abocado. Hay que verlos agazapados en tugurios labrados de nieve amasada, ó echando á correr por sus desolados páramos, en que sopla despiadado vendaval, á cazar sabandijas sucias que se engullen luego á medio cocer. Por ser chiquitines y raquíticos que da risa, no vamos á malgastar el tiempo con ellos. Hasta es inútil de todo punto saber á ciencia cierta si los lapones viven en la Groenlandia, ó los groenlandeses en la Laponia. Dicen que existe también la Islandia, una gran isla volcánica, la más occidental del norte de Europa, descubierta por ciertos piratas escandinavos. Pero nadie conoce á Reykjavik, ni va á meterse en dibujos tratándose de un islandés.

El ruso, con ser nuestro aliado y todo, no deja de vivir en un maldito país, en el que pilla uno, como quien no dice nada, un sabañón en la nariz, ó se le cae el día menos pensado una oreja al suelo, hecha sorbete. Es brutal y falso, fanático

cual un oriental, y vanidoso hasta estropear nuestro idioma con un descaro que da rabia. Se traga el caviar, chinesco manjar de huevos salados de sollo ó esturión, con sebo de vela en vez de pan. Llama estepas á sus campiñas, unas como sabanas siempre cubiertas de nieve. Sigue, de un modo general, la carrera de mujik, y se les da entre sí el tratamiento de *petit père*, popularizado por las novelas de Tolstoï, que hoy día se ha vuelto más anarquista que Combes. Se emborracha cuando tiene una peseteja en el bolsillo, hasta que queda hecho una equis. Adora efigies religiosas esmaltadas, que se tapan unas con otras como trípticos de retablos, y arroja bombas cuando pasa el autócrata, su emperador... *¡Boje tsara krani!* Se calza botas de cuero engrasado, que llegan más arriba de las rodillas; lleva levita forrada con piel de marta, adornada con alamares de astracán y portezuelas de lo mismo, y se tapa la cabeza con gorra de pelo de oso pardo. Es más bárbaro que mandado hacer. Nunca jamás se le podrá desbastar. *¡Vive la Russie! ¡Vive l'alliance! ¡Vivent les deux nations sœurs!*

Los servios, búlgaros, montenegrinos, rumanos, macedones y armenios son harina de un mismo costal. Una misma pandilla de vagos, hervidero de gentuza soez, caterva de sinvergüenzas, que la Europa culta aguanta sin saber nadie por qué. Hacen que cultivan la tierra, que fabrican cachivaches ó tejen géneros. En puridad, y sin rebozo, no ignora ni un niño de la doctrina que eso es puro trampantojo, y que son, por debajo de cuerda, unos cacos que sólo viven de sus fechorías, salteando caminos, cortando bolsas y pescuezos y practicando todas las malas artes del *cachuchero*; que les pase eso ó esotro lo mismo nos da, y que les quiten el pellejo á sus Dragas cuando les dé la real gana. Visten chupetines encarnados, calzón bombacho y birretina encarnada plantada encima del cogote, con borla de seda que cae á la espalda. Se afilan los bigotes, que crecen negros como azabache; llevan espingarda terciada al hombro, y media docena de puñales metidos en la

faja, con lo que no dejan de ser unos figurines de operetas bufas, de los que nunca hizo caso nadie.

El turco le infunde cierto respeto al vulgo, porque guarda medio millar de hembras encerradas en sus harenes, á las que vigilan eunucos, es decir, capones cebados en el vicio y la holganza musulímica. En el paraíso de Mahoma, se truecan dichas hembras en otras tantas huríes. ¡Vaya un paraíso bendito! ¡Santo Dios! y que afee aún el haz de la tierra tamaña golfería, tan escandalosa canalla. Se pasan la vida, los de más marca, arrellanados en mullidos sofás y blandas almohadas, ó acurrucados en pérsicas alfombras, aspirando el perfumado humo del narguile — un chisme de por allá con una infernal complicación de tubos, cazoletas y prevención de agua de azahar, — ú oyendo los dulces sonos de la guzla que tañe la manceba predilecta. Se tocan la cabeza con turbantes, y envuelven el pecaminoso cuerpo en amplios jaiques de cendal blanco cual el ampo de la nieve, y de ahí he leído, en Perico Larousse, que procede la poesía de los árabes y la literatura española en su buena época. Deja á los perros bravíos vagar libres por las calles y plazas de sus pueblos, y hacer con ventaja las veces de guardias de orden público, serenos y demás vigilantes, pues es hecho comprobado por la ciencia moderna que en cuanto á fidelidad nadie le aventaja al perro. Los de las ínfimas castas se marchan al extranjero, para vender pastillas y confites del serrallo, rosas de Jericó y taburetes con incrustaciones de nácar y concha, figurando sentencias del Korán, que es una mala copia de los Evangelios. Todos invocan á Dios bajo el nombre de Alá, lo que, en rigor, podría pasar si no opusieran ciega resistencia á nuestro influjo en el Extremo Oriente á favor de los alemanes, por lo que se echa de ver su mala fe y nefanda falsedad. Sus iglesias nada tienen de particular, á no ser que las llaman mezquitas, como la de Sevilla, en las que se deja uno al entrar las babuchas en el portal para hacer la zalá. El turco lo hablarán como pudieren, pues es lenguaje aglutinante ó turanio, y corresponde á los

grupos ario y semítico, lo cual no es poco decir en punto á dificultad. Nadie sabe de ciencia cierta lo que puede comer un turco, ni mucho menos una turca. Es de creer que porquerías y golosinas, más propias de cerdos que de seres racionales.

El griego se dedica tradicionalmente á la apicultura, que es elemento asombroso de riqueza y contribuye á fertilizar las tierras estériles; dígalo si no el monte Himeto, famoso desde la más remota antigüedad por sus colmenares. Antes de la venida de Cristo eran paganos los de Grecia, y fabricaban estatuas de dioses olímpicos, entre los que descuella la famosa Venus de Milo, de la que todos los amantes del arte sin trabas tienen sobre la mesa de su escritorio ó algún estante de su estudio una reproducción en yeso. Se la consideró como el ideal de la belleza mujeril, en tiempos de Escopas, vecino de Paros, y luego en todos los tiempos. Pero hoy sacan los griegos lo más limpio de sus ganancias, de sus trampas y engaños en el juego, pues es notorio que á un tahir se le llama *griego*. Con añadir que son unos parlanchines de siete suelas, les habré caracterizado lo bastante. De Atenas con su Acrópolis, del Pireo y de Fidias, del Partenón y de las pasas de Corinto, no hay que decir nada, pues todas esas glorias son baladíes, y tenemos para analizarlas un Instituto nacional en Atenas misma.

El suizo ó esguízaro nace pobre, y hasta quiere la tradición que para criado perpetuo. Con efecto, en el extranjero hace, por lo general, de portero en los palacios, mozo de café y fonda, cuando no intérprete para seis idiomas, mediante propina adecuada. Le gusta también hacer de azotaperros en los templos. En su tierra, el único y más alto fin que persigue es llegar á ser dómine. Cuando no burla á los recién casados y á los ingleses, con paisajes postizos, montañas de escayola ó puestas de sol por luz eléctrica, celebra congresos en pró del descanso dominical ó del abaratamiento de las cerillas. Se moriría de hambre si acabaran los viajes de boda y las imperiosas vacaciones del estío. Su tierra es la única en donde no

se necesitan celadores para guardar los jardines públicos, pues éstos quedan entregados, según avisan unos azulejos con letreos, «à la sauvegarde des citoyens»—¡Dichoso país! ¡Pobre esguízaros!

El italiano pertenece á los decadentes neolatinos. Durmiendo en una losa al sol, ó fumando pitillos, pasa de la cuna al sepulcro. Su vida es la del *dolce farniente*, como cantan los *pifferari*; su comida, macarrones. Si los del Norte salen por fuerza rubios y ojigarzos, el italiano ha de ser peli y ojinegro. Su mujer es la *fiera corrupta* de los organillos: tan arrebatados son sus celos. Hablan muy de prisa un latín corrompido, bueno sobre todo para óperas. Su industria típica consiste en vender á los simples mamarrachos vaciados en yeso y bronceados, en veinte veces su valor, porque sobre gustos... y obras de arte no hay disputa, y al burgués, forzoso es adornar su saloncito con algo no vulgar y que trascienda á general cultura estética. El *signore da dove il si suona* es rufián y traidor, cruel y vengativo, por vivir, según lo comprobó Maurice Barrès, en un país sobrado viejo, hartó gastado, empobrecido por sangrías mil, é incapaz de brotar savia fecunda. Lo poco bueno que conserva aún le viene de Francia, norte de los pueblos.

Al español le pasa otro tanto. Es soberbio, altivo, gran hablador y poco pensador. Se sustenta con eso de chocolate, una sandía como la grana, y el humo de su eterno cigarrillo. Se pierde por farolear en su amplia capa negra, recuerdo de los moros, primeros pobladores de la Península Ibérica, sus abuelos. Cuando no está viendo los toros, que es esa su fiesta nacional—elocuente índice de su asombrosa barbarie,—se le ve tocando las castañuelas á la sombra de un lentisco ó de una palmera. Su mujer lleva mantilla, enaguas blancas almidonadas, maneja el abanico con destreza estudiada, y da ojeadas que incendian los corazones. De noche se asoma al balcón, y con oriental languidez escucha las flores que la echa su galán, ó los melancólicos tañidos de la guitarra, al pasar la rondalla

por la tortuosa calle de churriguerescos portalones. En España, casi casi sustituye la mula al caballo: es notable eso, por más de un concepto, y porque han venido los naturales, según se lee en fieles y bien escritas narraciones de viajes, á tratarla con la misma familiaridad que á una criatura racional, otra prueba de lo poco adelantados que están. Se ampara más á una mula que á un automóvil en esta nación leal. Gran papel hacen en ella también los mendigos, á los que se les da el tratamiento de «caballero» por remontarse todos al Cid, ilustrado por nuestro Corneille, y tener en sus venas sangre torera como el más fidalgo. El español es tan católico como M. Brunetière: se santigua á cada paso y dice *Jesús, María Santísima*, aderezando esos sagrados manjares con las más estrafalarias salsas. Gusta de oraciones jaculatorias, á guisa de muletilla, vengan al caso ó no, poco importa: *de minimis non curat prætor*. Allá no penetra el progreso moderno, porque se discurre sobrado y no se obra bastante. Lo poco que se ha hecho en estos últimos tiempos se debe á extranjeros. Los hombres gastan alpargatas y sombrero calañés; las mujeres, botas de color ó chapines de raso, y postizos con que rellenan su cabellera. El idioma es gutural y la mar de áspero. Viene del árabe, con gran mezcla de francés. Los del mediodía de Francia lo entendemos sin estudio y lo hablamos al cabo de quince días, porque se parece en mucho á nuestro patoés, y no tiene gramática.

El yanqui bebe helados y se mece en *rocking-chairs*. En su tierra los zapatos se limpian á máquina y nada se hace al modo de Europa, por ridículo espíritu de contradicción. No les ofusca levantar casas de veintiséis pisos y luego trasladarlas de acá para allá porque no les gustó el solar primitivo. Trafican en salazones, cerdo en lata, *corned beef*, petróleo, acero, trigo, pero no siendo honrados ganan en un santiamén esas fortunas monstruosas que escandalizan al escrupuloso rentista. Son cínicos hasta en los mínimos detalles de la existencia; así es que cuando quieren calentarse las piernas en una habita-

ción, se colocan los muy indecentes las botas en la mesilla de la chimenea, repantigándose en una butaca, y ¡venga leña, que ahí está míster Jonatán! Pero hay que añadir, en obsequio á la verdad, que no deja de pasar eso muy raras veces, pues el yanqui nace y muere en un tren ó en un paquebote. Déroulède compuso una oda heroica en contra de sus pretensiones de tragarse pronto la Europa. Y, según reza el estribillo: *¡ahí estamos nosotros, amigo Paco, ahí estamos!*

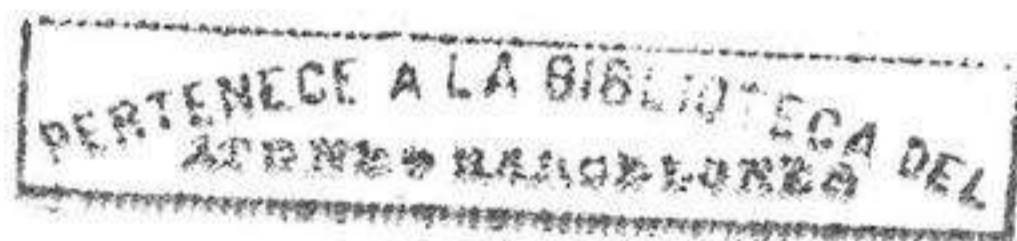
El hispanoamericano—peruano, chileno, brasileño y demás *eno, eño, ino, iño, año, ayo*—es demasiado cursi para que de él se trate.

El negro, demasiado negro.

El asiático, demasiado amarillo.

Esa no es gente. ¿Acaso se nos ocurre hablar en serio de los chinos ó de los chimpancés? Hay que guardarse el respeto á sí mismo. Pues si...»

En aquel momento me permití atajarle el discurso, que ya muy largo y pesado iba haciéndose, á D. Diego Gabacho. «Verdad es—le dije—que en todas partes cuecen habas, y lo que acabáis de decir tiene sus puntas y señales de acertado, aunque no pase de esa verosimilitud maciza y opulenta, de la que quizá—y aun sin quizá—no se diera por satisfecho el que hubiere rebasado el Finibusterre del nacionalismo, esa doctrina á modo de horca del pensamiento macho, ese grillo de la libertad intelectual y horrible ponzoña de la independiente meditación. Mas dejándome de moralizar, os ruego tan sólo me hagáis el favor de oirme el relato de lo que esta mañana misma me refirieron unos señores venidos aquí, no para purgarse, como vos, los humores de la linfa, sino para ensancharse los pulmones y refrescarse el cerebro al aire virginal de esas montañas, de esas pacificadoras é inspiradoras montañas, no ya valla de pueblos y muralla chinesca de razas, sino despertadoras de ensueños y favorecedoras de ideales, que ejercen sobre nosotros, lastimosas hormigas, clavadas al fango, la benéfica, la divina influencia de levantarnos del torpe



arrastrar del cotidiano vivir y enseñarnos horizontes siempre más dilatados, más nuevos. Me afirmaron, pues, dichos señores, los que, por tener condición holgada y más que mediano pasar, habían recorrido varias veces toda Francia desde Dunkerque hasta San Remo, desde Montreux hasta Hendaya, que los de Normandía les toman el pelo á los de Artois, tachándolos de torpes y groseros, vaya, de ser unos *belgas*, como decíais, mientras los de Arras juran y perjuran que no hay seres más embusteros, tramposos, codiciosos, agarrados, pleitistas, equivoquistas, alcoholizados, capaces de alzarse con el santo y la limosna, vender padre, madre é hijos para agrandar sus terrones, vaya, que son los normandos unos verdaderos *ingleses*. En vano—continuaban los señores—nos burlamos los del Norte del auvernate, carbonero nato, azacán por derecho de herencia, cuando no castañero en las calles de nuestras villas, avaro, explotador sin entrañas de la gente mísera, únicamente deseoso de ahorrar unos cuantos duritos para luego retirarse á sus angostos valles á ahitarse de leche y queso... En vano decimos del gascón que es trapacero, mentiroso, falaz, y del provenzal que tiene, agrandados aún, los mismos vicios, si los de Burdeos aseguran que en la Lorena son falsos y traidores á Dios y á su prójimo, y si en la Cannebière es verdad trillada que los champañeses son pesados, estúpidos y avarientos. Cuando le afean en Tours al bretón su legendaria porquería y roña, sus épicas borracheras, su terquedad, su espíritu pendenciero, contesta éste con sorna que en Turena no hay más que haraganes y cobardes, que rehuyen el trabajo cual ateos, que cuando no roncan como sochantres, engullen y sorben... Esto dijeron los señores y otras cosas más, todas ellas de gran peso y alcance, que omitiré para mayor brevedad. Y eso que nada tenían de guasones ó charlatanes mis interlocutores, sino que en toda la traza de su discurso bien á las claras aparecía lo serio de sus observaciones y agudo de su penetración. Pues yo, vuestro humilde servidor, que estuve en Pau todo el pasado mes y pude observar las costum-

bres de vuestra villa bearnesa, de la que tan ufanos, y con alguna razón, andáis vosotros, sus hijos, ¿cuántas ocasiones no tuve de notar que hasta en una población tan culta como aquélla, invernadero de los más cosmopolitas y *select*, existen las mismas rencillas y desavenencias que entre una parte del orbe y otra, que entre las varias naciones de Europa, que entre las diversas provincias de una nación? Creedme, buen señor, el *Krähwinkel* no existe sólo en Alemania: cada villa de Francia lo es, con perdón sea dicho y sin herir vuestro rozagante *chauvinisme*. Y decidme si no: ¿acaso estimáis al vecino de *Mayolis* tanto como al altivo burgués del *Boulevard des Pyrénées*? Y si halláis tan notables diferencias de un barrio á otro, de una calle á otra, hasta de un piso á otro, ¿para qué me estáis atormentando los oídos con fórmulas huecas á lo periodista y fantasmagorías de retor ladino á lo Jules Lemaître? Ya que todos los aspectos físicos son feos, todas las costumbres viles y groseras, todos los manjares indignos de honrada tripa, ¿qué parte de vuestro dogma nacionalista será la que quede con hueso sano?»—«Yo»—repuso heroicamente y sin pestañear D. Diego Gabacho, presidente honorario de la *Ligue de la Patrie Française*, síntesis primorosa del nacionalismo y de los nacionalistas.

CAMILLE PITOLLET

(Compuesto en Salies-de-Béarn, en Septiembre de 1903.)

Hamburgo (Alemania).—Febrero de 1904.

SIGNO DE PASIVA SE

I

Desde que empezó á fijarse la lengua castellana, emplearon los escritores de la época la partícula

SE

como signo de pasiva. Lo mismo hicieron después todos los clásicos, y todavía las construcciones usadas por tan insignes hablistas se oyen actualmente en la conversación familiar, sancionadas en la práctica por los más aplaudidos oradores, publicistas y poetas.

Así, desde los más antiguos tiempos, cuando una cláusula en la voz activa tenía por acusativo UN NOMBRE de COSA, había dos modos de volverla por pasiva:

Uno, por medio del verbo SER y el correspondiente participio, según prescripciones de todos conocidas;

Y otro, por medio del signo SE con el verbo de la voz activa CONCERTADO EN NÚMERO con el acusativo de cosa.

Voz activa.—Mi librero vende un ejemplar de esa obra.

Pasiva con SE.—*Se vende* un ejemplar de esa obra por mi librero.

Activa.—Mi librero vende ejemplares de esa obra.

Pasiva con SE.—*Se venden* por mi librero ejemplares de esa obra.

Se ve, pues, que HAY CONCORDANCIA *de número* en la pasiva con SE, cuando el acusativo de la voz activa se refiere á

objetos materiales; ó bien (expresada la regla en su mayor generalidad) cuando el acusativo no es de persona que requiera el uso de la preposición *á*.

Se compran libros viejos.
 Se componen muebles de lujo.
 Se admiten pupilos.
 Se buscan costureras.

El verbo en todos estos ejemplos va en plural.

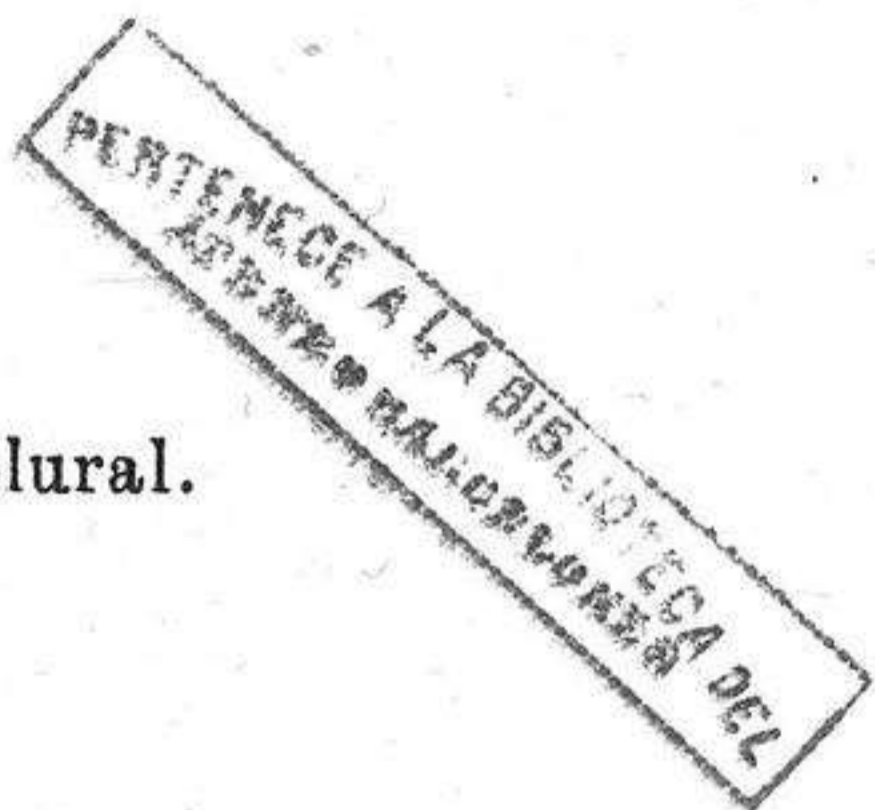
II

Nunca en castellano se habían suscitado dudas sobre esta concordancia hasta que en estos últimos años algunas personas, no versadas profundamente en el estudio de las lenguas neolatinas, creyeron al *on* francés equivalente del signo español *se* de la pasiva. Entonces empezó á desnaturalizarse la regla, y empezaron á escribirse solecismos tales como:

Se alquila coches de lujo.
 Se vende pianos.
 Se abrió las Cortes.
 Se suspendió las sesiones, etc.

Y, como solamente cometen tan desagradables como porfiados solecismos los que se creen saber mucho francés, hácese preciso evidenciarles que en francés existe la misma concordancia de número que en español y convencerlos con ejemplos bilingües (y aun de otras lenguas distintas de la francesa) de que el verbo debe ir en plural, según práctica inmemorial de nuestra lengua castellana y de sus congéneres derivadas del latín.

Es incalculable el número de ejemplos sacados de buenos autores antiguos, clásicos y modernos que pueden aducirse; por lo cual sólo habrá de presentarse en confirmación una muy



reducida pléyade de valiosas autoridades. Y, como no ofrecen dificultad para la CONCORDANCIA los casos en que el verbo de la voz pasiva con SE aparece *en singular*, se suprimirán todas las autoridades que resulten en este número singular, tales como la siguiente de

Don Enrique de Villena en su *Arte de Trobar*:

El Consistorio de la Gaya Sçiençia
SE FORMÓ en Francia en la Cibdad de
Tolosa por Ramón Vidal de Besalú.

III

Por tanto, únicamente se citarán aquí autoridades que consten en el número *plural*; es decir, que con *nominativo PACIENTE DE COSA* exijan *en plural* el correspondiente verbo PASIVO CON SE.

Ficieronse en este tiempo mui señaladas obras.

DON ENRIQUE DE VILLENA,
Arte de Trobar.

Materias que SE PROPONÍAN en Barcelona.

Idem id.

TENÍANSE después dos Consistorios: uno secreto y otro público.

Idem id.

Algunas letras que se ponen no SE PRONUNCIAN.

Idem id.

En metros los epithalamios que en loor de los novios en las bodas SE CANTAN son compuestos.

MARQUÉS DE SANTILLANA,
Proemio e carta al Condestable de Portugal.

En otros tiempos á las çeniças é defunçiones de los muertos, metros elegiacos SE CANTAVAN.

Idem id.

Estos e muchos otros escrivieron en otra forma de metros en lengua itálica, que sonetos e cançiones SE LLAMAN.

MARQUÉS DE SANTILLANA,
Proemio e carta al Condestable de Portugal.

Las plaças, las lonjas, las fiestas, los convites opolentos sin ella (sin la poesía) asy como sordos e en silencio SE FALLAN.

Idem id.

Quien piensa las cosas que por armas SE HAN ACABADO...

JUAN DEL ENCINA,
Arte de Poesía Castellana.

Toda la forma de trobar está en saber hazer y conocer los pies, porque dellos SE HAZEN las coplas y por ellos SE MIDEN.

Idem id.

De cinco pies ay cançiones y de seys: y PUEDENSE LLAMAR versos y coplas.

Idem id.

DEUENSE escreuir las coplas de manera que cada pie vaya en su renglón.

Idem id.

Todas las otras (sílabas) SE PRONUNCIAN por acento grave.

ANTONIO DE NEBRIJA,
Gramática Castellana.

SÁCANSE UESPED E CESPED, los quales tienen el acento en la penúltima.

Idem id.

Y en estas dos maneras los versos LLÁMANSE cacómetros: quiere dezir, mal medidos.

Idem id.

Mas si en los versos ni sobra ni falta cosa alguna: LLÁMANSE orthómetros: quiere dezir, bien medidos justos e legitimos.

Idem id.

Véanse ahora ejemplos de épocas no tan remotas:

Capítulo XIV.—Donde SE PONEN los versos desesperados del difunto pastor con otros no esperados sucesos.

CERVANTES,
Don Quijote, Parte 1.^a

Capítulo XVII.—Donde SE PROSIGUEN los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

Idem id.

Capítulo XVIII.—Donde SE CUENTAN las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

Idem id.

Capítulo XXIII.—De lo que aconteció al famoso Don Quijote en Sierra-Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia SE CUENTAN.

Idem id.

Pero ¿á qué más autoridades? Basten las aducidas; pues si fueran á ser citadas todas las que pueden sacarse de los clásicos, sería preciso, para ellas solamente, el volumen de muchos libros: ¡tantos y tantos son los ejemplos que sería facilísimo presentar!

D. Enrique de Villena nació en 1384 y murió en 1434; de donde resulta que, desde hace quinientos años, por lo menos, es de uso constante en las cláusulas pasivas construídas con el signo SE, la *concordancia de número* entre el verbo y el nombre de COSA que hace de ACUSATIVO en la correspondiente cláusula por activa, y de NOMINATIVO PACIENTE en la pasiva, según el tecnicismo de los preceptistas.

IV

Pero, ¡cómo se engañan cuantos consideran que esta antiquísima construcción pasiva nuestra constituye una singularidad de la lengua castellana! ¡Cómo se sorprenden cuando lle-

gan á saber que al mismo signo SE acuden los portugueses, los catalanes, los italianos y los franceses, para dar significación pasiva á las terminaciones de los verbos en la voz activa!!

En efecto: el giro pasivo de que se trata es general y común á todos los idiomas procedentes del latín.

Muchos, innumerables son los ejemplos que pudieran aducirse en justificación de este aserto; pero, en la necesidad de citar un número muy corto, véanse por de pronto las siguientes traducciones al portugués, al francés y al italiano, de los títulos que van al frente de los capítulos del *Don Quijote*, antes citados, XIV, XVII, XVIII y XXIII de la Parte I.

La probada cultura de los lectores de esta Revista nos autoriza para no rehuir la demostración en el terreno en que la hacen necesaria los patrocinadores de solecismos que justifican con el ON francés.

AL FRANCÉS

Chapitre XIV.—Où SE PLAÇENT les vers desespérés du défunt pasteur, avec d'autres choses inespérées.

Chapitre XVII.—Où SE CONTINUENT les innombrables travaux qu'eut à supporter le brave Don Quichotte avec son bon écuyer Sancho Pansa dans l'hôtellerie qu'il avait crue, pour son malheur, être un château.

Chapitre XVIII.—Où SE RACONTENT les entretiens qu'eut Sancho Pansa avec son Maître...

Chapitre XXIII.—De ce qui arriva au fameux Don Quichotte dans la Sierra-Morena, qui fut une des plus rares aventures qui SE RACONTENT dans cette véridique histoire.

V

La construcción pasiva formada en castellano con el signo SE, no se extiende únicamente al francés. Es propia también de otras lenguas afines. Véanse las siguientes traducciones:

AL PORTUGUÉS

Capitulo XIV.—Oude SE PÕEM os versos desesperados do defunto pastor, com outros não esperados successos.

Capitulo XVII.—Em que SE PROSEGUEM os inumeros trabalhos que o valente Don Quichote e seu bom escudeiro Sancho Pança passaram na estalagem, que aquelle por sen mal cuidou ser castello.

Capitulo XVIII.—Em que SE NARRAN as práticas que teve Sancho Pança com seu amo Don Quichote, e outras aventuras dignas de serem contadas.

Capitulo XXIII.—Do que aconteceu ao famoso Don Quichote na Sierra-Morena, que foi una das mais raras aventuras que n'esta veridica historia SE CONTAM.

AL ITALIANO

Capitolo XIV.—SI RECITANO i disperati versi dell'infelice pastore, con altri inaspettati avvenimenti.

Capitolo XVII.—SI RACCONTANO gl'innumerevoli travagli che il bravo Don Chisciotte col suo buono scudiere Sancio Panza sofferse nell'osteria da lui per suo danno creduta un castello.

Capitolo XVIII.—DOVE RACCONTANSI i discorsi che passarono tra Sancio Panza e Don Chisciotte con altre avventure degne de essere ricordate.

Capitolo XXIII.—Di quello che accadde al famoso Don Chisciotte in Sierra-Morena, e che fu una delle più rare avventure chi si RACCONTANO in questa vera istoria.

VI

Los que dicen ó patrocinan los solecismos

se alquila casas,
se vende pianos,
se abrió las Cortes,

no solamente van contra el uso constante de la lengua castellana desde hace cinco siglos, sino también contra una ley gramatical que domina á los idiomas romances de España, Francia, Portugal é Italia.

Esto es convincente; mas, como haya todavía quienes nieguen con la más infeliz insistencia que en francés existan construcciones pasivas de esta índole, conviene agregar algunos ejemplos de los más usuales en el trato familiar, en los anuncios de los periódicos franceses y en los escritos de sus autores más estimados.

Páselos quien se dé por contento con los ya aducidos.

Ici SE PLACENT des observations d'une importance exceptionnelle.

Les récoltes SE SONT FAITES cette année dans toute la France dans de bonnes conditions.

Les portes de la ville s'OUVRIRONT demain à six heures du matin et SE FERMERONT à trois heures de l'après-midi.

À Paris toutes les portes s'OUVRIRONT devant vous.

Les chambres s'OUVRIRENT le 2 Janvier, mais on ne sait pas quand elles SE FERMERONT.

Les exemplaires reliés en toile anglaise, avec les cartes inserées aux endroits utiles, SE VENDENT..... 7,50 fr.

Les légumes SE SONT VENDUS ce matin à bas prix.

Les œufs SE VENDRONT le mois prochain meilleur marché qu'ils ne SE VENDENT maintenant.

Comment ces questions SE RESOLVENT-elles par le calcul?

Ces choses ne SE DISENT pas.

Ces choses PEUVENT SE DIRE, mais elles ne PEUVENT PAS S'ÉCRIRE.

Ces vers SE LISENT au premier Livre de l'Enéide.

Avez-vous lu les nouvelles qui SE LISENT dans le *Journal des Débats* de ce jour?

Pero... baste. Retiremos los demás ejemplos preparados.

VII

La doctrina de que el SE es signo de pasiva es corriente en francés, y sus grandes filólogos la profesan sin ambages.

En el eruditísimo *Diccionario de la lengua francesa* escrito

por E. Littré, de la Academia, se lee en el artículo **SE** como tercera acepción lo siguiente:

«Se emplea (el **SE**) para dar al verbo significación pasiva.»

Y entre las autoridades se encuentran varios ejemplos en plural, como

Hay quienes **SE DEJAN** gobernar hasta cierto punto, más allá del cual ya no **SE GOBIERNAN**.

Los ojos de la amistad **SE ENGAÑAN** rara vez.

En el gran *Diccionario universal del siglo XIX*, por Pedro Larousse, se lee entre las acepciones de la voz **SE**:

|| Se emplea sin sentido reflejo propiamente dicho, y únicamente para dar á la forma activa un significado pasivo.

Y entre los ejemplos se encuentra el siguiente:

Los hombres fuertes **se FABRICAN** en los fuertes estudios.

¿Se atreverían ahora, si escribiesen en francés, á faltar á las concordancias establecidas en esa lengua, los que dicen en la nuestra solecismos tales como

se alquila casas,
se vende pianos,
se abrió las Cortes, etc.?

¿No tendrían á gala ajustarse á la construcción usada en francés para dar significación pasiva por medio del signo **SE** á los tiempos de la voz activa?

¿No los convencerá de que están en error el hecho de usarse las mismas locuciones en los demás idiomas neolatinos? ¿No presumen que tan perfecta conformidad ha de ser el efecto de leyes lingüísticas que ellos no han estudiado?

VIII

La voz **SE**, conforme á su etimología, equivale al pronombre *se* latino, y en nuestra lengua es el acusativo reflexivo de la tercera persona, aplicable á los dos números y á los dos géneros de las personas y las cosas.

Pero, por virtud de las variaciones de oficios elocutivos que ha experimentado en diferentes especies de cláusulas, *aun conservando su primordial significado reflexivo* (como **ÉL SE BAÑA**, **ELLA SE PEINA...**), ha ido adquiriendo **OTRAS ACEPCIONES MUY DISTINTAS**, hasta convertirse pura y simplemente en un signo importantísimo, cuyo objeto es doble: quitar á las desinencias de la conjugación normal castellana su significación **ACTIVA**, y **DARLES** sentido eminentemente **PASIVO** y por excelencia.

Para explicar este cambio importantísimo de oficio (que realmente dota de voz **PASIVA** á la lengua castellana) tenemos que contar una vez más con la gran cultura que distingue á los lectores de esta Revista, por ser indispensable acudir de nuevo á una lengua extranjera: *al latín*.

De un modo análogo á lo ocurrido con nuestro **SE** (aunque por evolución distinta), la desinencia latina

UR

tuvo primitivamente y en tiempos remotísimos significación refleja é independiente (como el signo **SE**); pero, perdida esa independencia, el **UR** **QUITA** á las terminaciones de tercera persona en la conjugación normal del latín su acepción **ACTIVA** y les **DA** significado completamente **PASIVO**.

Amat,	Amant,
Amabat,	Amabant,
Amabit,	Amabunt, etc.

son terceras personas de la voz activa en la primera conjuga-

E. M.—*Mayo 1904.*

ción del verbo latino **amare**, que respectivamente significan en castellano:

Ama,	Aman,
Amaba,	Amaban,
Amará,	Amarán.

Pues bien: agregando á esas terminaciones latinas (sin variarlas en lo más mínimo) la sílaba **ur**, de modo que tengamos

Amatur,	Amantur,
Amabatur,	Amabantur,
Amábitur,	Amabuntur,

el significado **ACTIVO** desaparece; y, por virtud de la desinencia **ur**, esos tiempos significan **EN LA VOZ PASIVA**:

Es-amado,	Son-amados,
Era-amado,	Eran-amados,
Será-amado.	Serán-amados.

Los gramáticos de la antigua Roma nunca supieron (ni aun lo sospecharon siquiera) que su **ur** había tenido un tiempo existencia independiente con significado reflexivo, como nuestro **se**. Este descubrimiento constituye uno de los más valiosos triunfos de la *Filología comparada*, debido al insigne lingüista **BOPP**; y con razón se gloria de él la ciencia del siglo **XIX**.

La semejanza de oficios de la sílaba **ur** con el signo **se** no puede ser más evidente.

Agregando el monosílabo **se** á las terminaciones de tercera persona del verbo castellano (sin variarlas en lo más mínimo) el significado **ACTIVO** desaparece; y, por virtud del **se**, las desinencias castellanas de la voz activa adquieren significado pasivo.

Alquila,	Alquilan.
Alquilaba,	Alquilaban.
Alquilará,	Alquilarán, etc., etc.

son tiempos de la voz activa; pero con la agregación del **se**, ya pospuesto ya antepuesto, tendremos que la significación

activa de las desinencias se convierte en significado exclusivamente pasivo.

- Alquilase ó se alquila un piano.
- Alquilábase ó se alquilaba una casa.
- Alquilaráse ó se alquilará un balcón.
- Alquilanse ó se alquilan pianos.
- Alquilábanse ó se alquilaban casas.
- Alquilaránse ó se alquilarán balcones.

En los tres últimos ejemplos el verbo tiene que ir en plural, so pena de solecismo.

En latín la desinencia **ur** va siempre pospuesta á las terminaciones de la voz activa.

Y en español, el monosílabo **se** puede ir antes ó después de las terceras personas de la voz activa; lo cual es aumento de riqueza en las combinaciones.

PARADIGMA DE CONJUGACIÓN PASIVA

	ALQUILAR	VENDER	MEDIR
<i>Presente indicativo</i> ..	{ Se alquila Se alquilan	Se vende Se venden	Se mide Se miden
<i>Imperfecto</i> ..	{ Se alquilaba Se alquilaban	Se vendía Se vendían	Se medía Se medían
<i>Pretérito perfecto</i> ..	{ Se alquiló Se alquilaron	Se vendió Se vendieron	Se midió Se midieron
<i>Pretérito compuesto</i>	{ Se ha alquilado Se han alquilado	Se ha vendido Se han vendido	Se ha medido Se han medido
<i>Pluscuamperfecto</i> ..	{ Se había alquilado Se habían alquilado	Se había vendido Se habían vendido	Se había medido Se habían medido
<i>Futuro</i>	{ Se alquilará Se alquilarán	Se venderá Se venderán	Se medirá Se medirán
	etc. etc.	etc. etc.	etc. etc.

IX

Hay, pues, en castellano verdadera conjugación pasiva por medio del signo SE.

E. BENOT



LAS MOCEDADES DE D. MANUEL JOSEF QUINTANA

APUNTES Y DATOS INÉDITOS PARA SU BIOGRAFÍA

Hay que analizar bien el tiempo, la edad y las circunstancias en que cada gran escritor ó cada gran artista ha realizado sus obras más importantes, para formar el concepto cabal de su genio. Cada período de los que constituyen el curso de cada existencia tiene facultades características, sobre las cuales cada vez ejercen mayor influencia los accidentes exteriores que marcan la dirección de la vida. Quintana no fué un mismo genio en la juventud que en la edad proveya, y mucho menos en la ancianidad. Ni aun calificados los períodos de su existencia dentro de la división que establecieron los sucesos de su época, en que desde muy temprano intervino con acción personal y con personales apasionamientos, el Quintana aún alumno de las aulas universitarias de Salamanca no es ya el Quintana que ejerce oficios varios literarios dentro de políticas disciplinas, ni el Quintana de las funciones burocráticas de Estado, Gobernación y Fomento, ni el Quintana batallador, ya de las propagandas de la civilización, ya de las exhortaciones al patriotismo, ni el Quintana político de las persecuciones jurídicas y de las revoluciones civiles, ni, finalmente, el Quintana de la silla curul del Estamento de próceres, de las enseñanzas domésticas de la reina Doña Isabel II, y de la coronación.

Las notas elementales de su biografía están bien vulgarizadas: nació en Madrid el 11 de Abril de 1772; compartió muy joven el curso de sus estudios entre las escuelas de la gramá-

tica de los preceptores humanistas de la catedral de Córdoba y el Seminario Conciliar de Salamanca, y en su Universidad maestra emprendió los estudios del Derecho civil y canónico, que oyó también en las aulas de la Universidad del Cardenal Cisneros, de Alcalá de Henares. Todo esto es lo trivial. Que fueron sus maestros el magistrado D. Juan Meléndez Valdés, el esculapio D. Pedro Estala y el jurisconsulto D. Gaspar Melchor de Jovellanos, está más en duda. Acerca de Meléndez Valdés hay quien dice que fué discípulo, y quien dice que fué condiscípulo. De esto da cabal y negativa idea la instancia elevada en 21 de Enero de 1797 desde Sevilla al Príncipe de la Paz, por los municipales de la ciudad hispalense, que dice así: —«EXCMO. SR.: Esta ciudad, que conoce el mérito de su theniente segundo D. Juan Meléndez Valdés en los empleos y comisiones que ha servido por el espacio de veintisiete años, sin intermisión, y que S. M., entendido de ellos, se dignó condecorar con el hábito de la real y distinguida Orden de Carlos III, y de prorrogarle por otro sextenio en su empleo, hace la más rendida súplica á V. M., á fin de que se sirva concederle los honores de ministro togado de una de sus reales Chancillerías ó Audiencias, y á cuyo efecto ha acordado interesar, como lo hace, el alto patrocinio de S. E., suplicándole tenga á bien inclinar su real ánimo para su logro, como así lo espera, y que S. E. se servirá comunicarle órdenes de su mayor agrado. Nuestro Señor guarde á V. E. los muchos años que desea. Sevilla, á 21 de Enero de 1897. — ANTONIO FERNÁNDEZ FERRER. — DON JOSEPH LUIS DE LOS RÍOS. — MARTÍN DE SARAVIA. — LOPE DE OLLOQUI. — FRANCISCO THAMARIZ Y RIVERA, *secretario de cabildos*». — De que, habiendo atendido esta recomendación el Príncipe de la Paz, se creía con derecho á contar con la fidelidad de Meléndez Valdés en el número de sus parciales, también se certifica por la queja que de su versatilidad de conducta daba á la reina María Luisa, en un pasaje de su carta á esta augusta señora, del 26 de Septiembre de 1800, en que el Príncipe de la Paz le decía: —«Caballero me instruye de varios

manejos de Meléndez Valdés. Yo no sé nada; pero lo creo todo, según las pruebas que me ha dado anteriormente, y debe averiguarse, por si, como creo, tienen relación con Jovellanos y Saavedra». — Indudablemente alcanzó los tiempos de la poesía y de los nombres arcádicos, cuya síntesis artística se personificó en el zagal *Batilo*, puesto que al aparecer él en el monte de las musas todavía fray Diego González se llamaba y firmaba, en las cartas íntimas de la amistad, *Delio*; Jovellanos, *el mayoral Jovino*; Estala, *Damón*; Navarrete, *Mirtilo*; y en Sevilla, *Anfriso*, Lista; *Felino*, Reinoso; *Albino*, Blanco, y aún se apellida, aunque muertos, *Nerfirio* á Forner, *Dalmiro* á Cadalso y *Arcadio* á Iglesias. Él ya no adoptó estos nombres, y aunque, como manifestación de un estado y de una época de la concepción y de la expresión artística, consideró siempre en su verdadero mérito la poesía bucólica y pastoril, dotado de otra virilidad de pensamiento y de otras energías de locución, adoptó desde luego la forma pindárica de sus obras, pues desde su primera presentación formal en el palenque literario, ya apareció con todas las nobles armas de su genio.

Era todavía muchacho cuando, ansioso de figurar, se aprovechó de los certámenes periódicos de la Academia Española, para disputar aquellos premios de la precocidad, más que del estímulo, que en los dos Moratines fueron tan áridos para el padre como lisonjeros para el hijo. Mas el poemilla didáctico *Las reglas del drama*, con que, de diez y nueve años de edad, en el de 1791, concurrió á aquella lid, á que no asistieron sino ingenios medianos que han quedado para siempre oscuros y en el olvido, no era más que un aleteo de la presunción en el calor de sus estudios, y sólo determina cómo entonces, más que en Aristóteles y en Horacio, se embebía en Boileau y en Blair. Cuando, posteriormente, coordinó sus poesías, no quiso dejar de incluir entre ellas algunos de aquellos primeros ensayos en que flechaba el corazón de las zagalas extremeñas, de su parentesco ó de sus amistades juveniles. De estas com-

posiciones sirve de ejemplo *La diversión*, escrita en Mérida en 1792. Mas, como suele ser tan frecuente, un hecho histórico de gran resonancia y trascendencia vino ya á revelarle para siempre en la alta medida de su papel, tres años después, en 1795, cuando frisaba en los veintitrés de edad.

En 22 de Julio del año referido se firmó en Basilea, entre el diplomático español D. Domingo de Iriarte y el ciudadano francés Barthelemi, la paz que ponía término á la guerra sostenida con la república desde 1793 por España, ansiosa de poder salvar la vida del rey Luis XVI, á quien, como á la mayor parte de su familia, debelaron la guillotina ó el tirapié del zapatero Simón. Aquella guerra, que tuvo para España accidentes tan gloriosos y brillantes en su primera campaña, bajo el mando genial del general Ricardos, fué desastrosa después; y la nación entera, que había hecho de aquel suceso una guerra de opinión, según el entusiasmo con que se pronunció al ser declarada y los sacrificios voluntarios que para mantenerla se impuso mientras duró aquel fervor, cuando vió invadidas por las tropas de Francia las provincias limítrofes de Cataluña, Navarra y las Vascongadas, y aun amenazada Castilla, reaccionó de tal modo, que puede decirse que la paz de 1795 fué tan popular como lo había sido la guerra comenzada en 1793. El joven Quintana celebró este suceso con una oda de alto vuelo: *A la paz entre España y Francia*. La composición fué presentada por Estala y Melon, amigos ya de Quintana, al ministro que alcanzó por el éxito de aquel acontecimiento el título excepcional en nuestra heráldica de Príncipe de la Paz. Este se sintió lisonjeado por ella, y el poeta, á pesar de su temprana edad, fué premiado inmediata y lucrativamente por su oda. Hízosele recibirse de seguida, mediante los actos académicos, de abogado; y apenas alcanzó este título literario, Melon, que ya ostentaba el de juez privativo y ministro de la Real Junta General de Comercio, hizole nombrar para la primera de las dos plazas de que se componía la Agencia fiscal de la referida Junta de Comercio y de Moneda.

Con estos alientos Quintana sintió crecerse las plumas de sus alas. Engolfábase entonces en la traducción del *Pastor Fido*, de que tenía ya perfeccionados algunos fragmentos, y la vena juvenil, muy sensible entonces, así á las evocaciones de la naturaleza como á la admiración de la belleza y la fascinación del arte, aquel mismo año le inspiró sus composiciones *Á un amigo*, *Á Celida*, *La danza*, *Á Cynthia*, *Ariadna*, y finalmente, la que destinó *Á Luisa Todi*, cuando cantó en el teatro de Madrid las dos óperas de *Armida* y *Reinaldo*. Todas estas composiciones abrían un rumbo nuevo, así á la poesía, estancada en los moldes infecundos de los idilios y de las églogas pastoriles, de las anacreónticas de las frías fiestas báquicas, y de las silvas de una afectada inocencia paradisial, así como á la que se perdía en los prosaicos conceptos de la metafísica y de la filosofía social, á pesar de que en ellas no rebotan, con la fluidez de su versificación, la ternura y suavidad de sentimientos, de que Quintana, austero y estoico, carecía.

Desempeñaba Melon por aquel tiempo, y á la vez que el cargo que arriba se ha referido, el de juez de imprentas, y él puede decirse llevaba en peso la dirección literaria de las obras que se admitían para su publicación y se imprimían por la Imprenta Real. Además, todo el año de 1796 lo pasó disponiendo y organizando la publicación del *Semanario de Agricultura y Artes*, que al cabo pudo aparecer el primer día del año de 1797; y asociando á sus trabajos en la Imprenta Real al joven Quintana, encargóle, no sólo de la corrección de la nueva edición del *Quijote*, hecha aquel año con las ilustraciones de Pellicer y de Navarrete, sino de la redacción de la extensa y nueva biografía de Cervantes, que la encabeza. Hasta entonces Quintana aparecía más como hombre de estudio y de erudición que como poeta de inspiración y de genio. Todas sus poesías intentadas hasta los veinticinco años de la edad que entonces tenía, no pasaban de la categoría de ensayos, y como de facultades que pregonaban el exceso de sus talentos.

El año de 1797, á pesar de las ocupaciones en que sumer-

gían su inteligencia los trabajos de erudición y las tareas mecánicas de los dobles oficios á que estaba consagrado, ya en la Agencia Fiscal de la Junta de Comercio, ya en las tareas á que se le dedicaba en la Imprenta Real, hubo en su espíritu un movimiento de rebelión contra la mano poderosa que, sin actos de ostentación, iba dirigiéndole en las ventajas de su carrera. El Príncipe de la Paz, en efecto, parecía aquel año caído de la alta gracia que le dispensaban sus soberanos, y al ser exonerado del elevado Ministerio Universal que ejercía, hízose contra él la guerra más despiadada de difamación que podían fraguar el despecho de unos, la emulación de otros y la envidia de todos. Subieron al poder como promesa á España de un mundo moral nuevo, y de un mundo nuevo también de capacidad, de progreso y de inteligencia, Saavedra, Jovellanos y Urquijo. Las relaciones personales de Quintana con el segundo nunca se habían interrumpido, desde que las consagraron las aulas de Salamanca. Quintana se inclinó desde luego á su partido, de lo que fué revelación la poesía que le consagró encabezada *Á D. Gaspar Melchor de Jovellanos, cuando se encargó del Ministerio de Gracia y Justicia*. Que tomaba puesto en las ideas avanzadas que venían á representar aquellos hombres, lo significó también el mismo año en su oda *Á Juan de Padilla*. En él escribió del mismo modo sus composiciones *Á D. Juan Meléndez Valdés, con motivo de la publicación de sus POESÍAS*, y *Á D. Nicasio Alvarez Cienfuegos, convidándole á gozar del campo*. De Meléndez Valdés ya se ha visto más arriba lo que el Príncipe de la Paz decía en 1800 á la reina María Luisa. Álvarez Cienfuegos apareció siempre neutral, así en sus cargos de redactor de las publicaciones oficiales de la *Gaceta* y del *Mercurio*, como en los negociados del Ministerio de Estado. No obstante, todos estos nombres bien pueden identificarse en una filiación política común. De esta filiación Quintana ya nunca desertó en toda su vida; y si en el primer período de su gran labor intelectual esta filiación sólo arguyó ideas de progreso y libertad sinceramente profesadas,

si en el segundo le inspiró todas las grandezas del patriotismo, desde las revoluciones de 1820, desgraciadamente, le relegó al papel de un mero sectario. Las grandezas de su espíritu y de su genio enteramente pertenecieron á los dos primeros períodos que quedan definidos.

Hasta los veintiséis años de edad, en el de 1798, el lírico supremo de la poesía española no se reveló en toda su magnificencia. En 1798 se escribió la oda *Al mar*. Equivalía sólo esta poesía á un nuevo y grandioso renacimiento. No fueron Aristóteles ni Horacio los que dieron las reglas, ni de su concepción ni de su estructura. No fué Boileau, ni Blair, ni el clasicismo francés en boga. Fué el prodigio de una espontánea originalidad, á la que prestaban un valor extraordinario la energía de los sentimientos y la grandeza de la elocución. Dejó el Parnaso de oler á tomillo, para que sobre sus crestas balancease el roble y el laurel, y al bramido de los vientos estrellados contra las rocas desnudas acompañó al rugido de los mares hirvientes de espumas y celeridad. Cueto escribió que era la mejor poesía de la musa moderna castellana. En realidad, los sonoros y elegantes períodos descriptivos de esta oda no sólo corresponden á la impresión que dejó en su alma en la muralla del Sur de Cádiz el espectáculo imponente de la más magnífica de las creaciones de la naturaleza viva sobre el planeta que habitamos, sino que parecen que preparan su cetro para las grandezas de expresión y pensamiento en que abundaron luego sus demás admirables obras lírico-heroicas: *A Guzmán el Bueno*, *A la invención de la imprenta*, *Al combate de Trafalgar*, y *A España libre* y *Al armamento de las provincias españolas contra la invasión francesa*.

De este año de 1798, cuando sólo contaba el poeta veintiséis de edad, son también su composición *A un amigo*, única de las suyas que con la titulada *A Célida* comparte la escasa sensibilidad de que eran susceptibles las luchas interiores y las agitaciones encontradas de su corazón, y la que lleva el epígrafe *A Ramón Moreno, sobre el estudio de la poesía*, que

abunda en versos de timbre robusto, y en la que se ve describir el inccente placer que produce en las almas sanamente templadas, recordando su lectura, como hace notar el colombiano Combariza, aquella apología que, defendiendo la ciudadanía del poeta griego Archias, hizo Cicerón, diciendo: «*Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secunda res ornant, adversis perfugium ac solatium præbent, delectant dormi, non impediunt foris, pernoctant nobiscum, peregrinantur, rusticantur*».

Nuevos vínculos sociales, tal vez contraídos por el amplio lugar que le abrían los privilegios de su talento, en el alto mundo que presumía dignificar los timbres de su historia tomando parte en la evolución general de ideas que al reflejo de la conmovida Francia por toda Europa se verificaba, le inspiraron en 1800, á los veintiocho de su edad, así la oda *A Guzmán el Bueno* como las tres galantes composiciones dirigidas á un mismo blanco, *A la hermosura*, *A la duquesa de Alba*, presentándole una obra de escultura consagrada á su beneficencia, y *A la negrita protegida por la misma duquesa de Alba*. Con todo, su pensamiento ya por aquel tiempo se dilatava en espacios de otra extensión, ambicionando hallar en el teatro, envilecido, no los moldes de la mediocridad, á que tendió la bien equilibrada medianía de Moratín, sino los vuelos sublimes que, bajo los moldes clásicos, levantarán el genio español de nuevo á las cumbres de la tragedia, con los elementos esencialmente dramáticos que prestaban algunas figuras y algunos sucesos románticos de nuestra historia.

Este primer nuevo ensayo tuvo la fortuna de verlo realizado cuando en la tarde del 19 de Mayo de 1801 fué representada en el palco del teatro del Príncipe su tragedia *El duque de Viseo*. Si no del todo satisfecho, no del todo desanimado salió de esta tentativa, que le hizo pensar en otras obras semejantes; en el *Pelayo*, que se ejecutó en los Caños del Peral el 19 de Enero de 1805, y en el *Roger de Flor*, en *El príncipe de Viana* y en *Blanca de Borbón*, que no salidos de meros embrio-

nes, sufrieron con sus demás papeles el naufragio de su fortuna, cuando al aproximarse á Madrid en Diciembre de 1808 el emperador Napoleón con su ejército, Quintana abandonó su casa de la calle del Desengaño, para ponerse en fuga, como después hemos de verlo. La idea de llevar á la escena algunos de nuestros grandes personajes históricos, á la manera como después los llevó á los compendios críticos y eruditos de sus *Vidas de españoles célebres*, fué otro de los pensamientos que debió á los cargos que en la imprenta y en la calcografía real debió á la mano amiga de Melon. En estos estudios lo empeñó el encargo que le fué dado de escribir las noticias biográficas sumarias que llevan en sus respectivas estampas los retratos de españoles ilustres de que la calcografía y su director, Barsanti, se propusieron hacer una copiosa colección.

Por lo mismo que hasta entonces ninguna de las producciones literarias de Quintana se había prestado á las polémicas de la rivalidad, que levantaron la representación de *El duque de Viseo* y la oda *A la invención de la imprenta*, escrita en 1802, es decir, en el año en que cumplió los treinta de su edad, cuando estas tormentas se levantaron, queriendo no sólo ahogar su reputación, sino manchar su nombre y proscribir su persona, pensó entonces en disponerse para la lucha; y aunque la severa censura que se ejercía sobre el pensamiento escrito, bajo cualquier forma de sus manifestaciones, pero principalmente contra las que afectaban las formas del periodismo, solía ahogar en germen estas empresas, animoso Quintana quiso abordarlo, acompañado de ilustres colaboradores, y dibujando al público su pensamiento como una tentativa más de introducir y vulgarizar en España el torrente de los adelantos científicos que tan impetuoso curso seguían por todas partes. Mas antes de lanzarse á la aventura, y después de escribir sus dos odas *Al sueño* y la *Despedida de la juventud*, procuró recoger en un haz la copia poco numerosa de sus composiciones poéticas, que dispuestas para la imprenta el mismo año de 1802, en que había cumplido los treinta de edad, no dió en

aquel tomo de sus *Poesías*, á luz, hasta tres después, en el de 1805.

La instancia para que se le concediera la licencia del Consejo á fin de publicar en forma periódica las *Variedades de ciencias, literatura y artes*, está fechada el 27 de Julio de 1803; la suscribían juntamente D. Juan Alvarez Guerra y D. Manuel José Quintana. Como en ella se decía, el propósito de estos escritores se cifraba «en la utilidad que la instrucción pública del reino podía recibir de la publicación de un periódico en que se tratasen varios puntos de ciencias, literatura y artes, y en que se diese noticia de las obras más interesantes que respecto de estos ramos se publicaran dentro y fuera de España. Para este fin, añadían, se habían asociado con algunos sujetos aplicados para su composición, redacción y publicación con el título ya referido. El ministro de Estado, D. Pedro Ceballos, decretó al margen: «Al juez de imprenta, que, además de examinar el mérito del periódico é informar de él, propondrá los medios de precaver los abusos que puedan hacerse de estos papeles. Además, informará si los sujetos son capaces de hacerlos tan importantes como por su objeto deben ser».

Melon, desde el Ministerio de Saavedra, había dejado el cargo de juez de imprenta, que desde entonces desempeñó el marqués de Fuerte-Híjar. El informe de éste fué dado el 29 de Agosto siguiente, y no podía dejar de reconocer que «el prospecto y los dos primeros números, que en original habían acompañado á la instancia de los solicitantes, eran una muestra de la utilidad que podía esperarse de aquel papel». Aparte añadía: «La capacidad de los editores está comprobada por informes de personas libres de toda sospechosa parcialidad, y dotados de los conocimientos necesarios para graduar acertadamente de la aptitud de los periodistas para desempeñar los artículos comprendidos en su empresa. La instrucción y buena conducta de éstos es un medio más directo y que difícilmente se suople para precaver abusos; pero propondré otros que creo

suficientes para que no se malogren las ventajas que pueden producir los papeles periódicos, asegurando su estabilidad, su buen lenguaje y buena doctrina y todos los respetos que deben guardarse á la religión y á las leyes». En efecto: Fuerte-Híjar expidió la licencia, que llegó á manos de los interesados el 23 de Septiembre; pero, como entre otras condiciones que para la publicación se les mandaba cumplir, una fuera que habían de presentar al juzgado de imprenta para su aprobación previa los originales que se habían de insertar cada seis números anticipados, se elevaron nuevas súplicas, con que la licencia se dilató hasta postreros días de Noviembre. Hubo, con todo, una novedad: la de que la *Gaceta de Madrid* insertase, por vía de anuncio, en su número del día 2 de Diciembre, el prospecto que se circuló para adquirir suscriptores para las *Variedades de ciencias, literatura y artes*.

Este prospecto formó luego como el prólogo de la nueva publicación, y al término de él se anunció á sus suscriptores que todos los artículos irían firmados con las iniciales de los nombres de sus autores, constituyendo su redacción normal D. José Rebollo, que escribía sobre *Ciencias del número*; don Eugenio de la Peña, sobre *Medicina*; D. Juan Alvarez Guerra, sobre *Ciencias Naturales*; D. Juan Blasco Negrillo, sobre *Geología*; D. José Miguel Alea, sobre *Literatura y filología*; D. José Folch, sobre *Nobles artes*, y D. Manuel José Quintana, sobre *Crítica* en general. Bajo este concepto Quintana escribió magistrales artículos acerca de *El Cid*, de Corneille, *La muerte de Abel*, de Legouvé, traducida por D. Antonio Saviñón, su contertulio que había sido en el salón de la ya muerta duquesa de Alba, y otros semejantes acerca de las *Obras* del coronel D. José Cadalso, acerca de *La Mojigata*, de Moratín, acerca de *La Inocencia perdida*, de Reinoso, y acerca de otros muchos libros, algunos verdaderamente didácticos, como las *Reflexiones sobre la rima y el verso suelto*.

Hartzenbusch, que ha citado entre los colaboradores de las *Variedades de ciencias, literatura y artes* á Moratín, La-

gasca, Antillon, el abate Marchena, García Suelto, D. Juan Nicasio Gallego y Badía y Leblich (*Ali bey-el-Abassi*), no tiene idea exacta del tiempo que duró esta publicación, pues sólo había visto de ella los cuatro únicos tomos que posee nuestra Biblioteca Nacional. Yo he poseído, intonsos, seis tomos procedentes de los libros que fueron de D. Pedro Navascués. De cualquier modo, por la producción literaria de Quintana, fácilmente se viene en conocimiento de que acaso no rebasó mucho su existencia del año 1804; pues al siguiente de 1805 se ve de nuevo á Quintana empleado en la preparación del *Pelayo*, para que fuese representado, en la esperada edición de sus *Poesías*, que yo también he poseído, y en sus dos odas: una *deplorable*, titulada *El Panteón de El Escorial*, y otra, su gran composición heroico-elegíaca, *Al combate de Trafalgar*. De una y otra poesía, la crítica tiene vertidos hartos juicios. Uno de estos críticos, tanto más desapasionado cuanto que es extranjero, el colombiano Combariza, examinando la estrofa en que el príncipe D. Carlos llena á su padre Felipe II de baldones é improperios, no puede menos de decir: —«Estas palabras, lanzadas por un hijo á la frente de su padre, son en extremo repugnantes é indignas de la nobleza del arte». En la oda *Al combate de Trafalgar* hay pasajes en que parece que se lee á Homero. Yo no titubeo en decir que en esta obra Quintana llegó á la cumbre de sus facultades y de su genio; pero al mismo tiempo, aunque me sea penoso, no puedo menos de reconocer que casi simultáneamente comenzó en él la decadencia. El sectario, desde entonces, devoró al poeta.

Mantúvose todavía en 1806 en las altas cimas de la inspiración, cuando uniendo la idea del patriotismo, en él siempre indiscutible y tan vehemente, que esta pasión fué la causa de sus extravíos cuando se convirtió en fanatismo político y sectario, á la idea de los progresos de la civilización, que también noble é ingenuamente sentía, cantó *La expedición española para propagar la vacuna en América, bajo la dirección de*

D. Francisco Balmis. Pero el año de 1806, en el que cumplía treinta y cuatro de edad, fué el año de otras aspiraciones literarias, así de gabinete como de gusto y doctrina.

Después de los proyectos de Moratín para dar una nueva dirección al teatro, abandonado casi enteramente á las bárbaras importaciones de otras literaturas extranjeras y á los bárbaros monopolios de los talentos mediocres, únicos intérpretes de los pervertidos gustos del público, vinieron los planes de reforma de 1801, en los que la censura literaria volvía á tener una parte muy principal. Todavía cuando se promulgaron como disciplina política de ellos los planes del año referido, había tantos censores como instituciones intervenían, así en la moral social y en la policía civil, como en las exigencias del arte. En 1801 había obras que se censuraban por los mismos comediantes de la manera siguiente:—«*El Diablo predicador*: siendo esta comedia una de las tres que escribió el reverendísimo padre Cornejo, cronista de la Religión Seráfica, y su argumento sacado de las mismas Crónicas, representada en el Real Sitio de Aranjuez, por disposición del excelentísimo señor Príncipe de la Paz, en todos los demás teatros del reino puede ser representada, como se representa por Pascuas de Navidad en algunas casas religiosas.—Madrid, 9 de Octubre de 1801.—*Por la compañía, JOAQUÍN DE LUNA*».—«*La modista de París*: este sainete, en mi corto entender, digo que no desagradará, pues se hallan en él bastantes gracias.—MARIANO QUEROL». El vicario eclesiástico de Madrid censuró la comedia titulada *Un loco hace ciento*, de D.^a María Rosa Gálvez, y á veces la censura se permitía tales libertades, que el mismo año 1801 D. Juan Francisco Pastor se quejó al Consejo porque el censor de teatros había sustituido el título de una pieza dramática suya, *Las costumbres del día*, que debía representarse en los Caños del Peral, con el de *Dime con quién andas, te diré quién eres*, que él consideraba título despreciable, bajo, ridículo é indecoroso al teatro donde debía aparecer.

Cuando en D. Casiano Pellicertodos los derechos censorios

se unificaron, la censura mejoró; mas como Pellicer murió á principios del año 1806, D. Manuel José Quintana pretendió su puesto con la siguiente solicitud dirigida al rey:

«SEÑOR: D. Manuel Josef Quintana, con el respeto debido, hace presente á V. M. que por fallecimiento de D. Casiano Pellicer ha quedado vacante la censura de los theatros de Madrid. El suplicante ha dedicado gran parte de su aplicación á los estudios de Humanidades, principalmente á los que tienen relación con las obras del teatro, de lo qual ha dado pruebas en la Colección de sus *Poesías*, en las dos tragedias *El Duque de Viseo* y el *Pelayo*, en los artículos de crítica insertos en el periódico de las *Variedades* y en la *Oda* á nuestros marinos, que acaba de publicar. Por cuya atención—A V. M. suplica se digne conferirle el cargo de censor de los theatros de Madrid, gracia de la benignidad de V. M., cuya vida guarde Dios muchos años.—Madrid, 6 de Febrero de 1806.—Señor.—A los Reales pies de V. M.—MANUEL JOSEF QUINTANA».

A la vacante de Pellicer aspiraban: D. Joaquín Ezquerro, catedrático de Sintaxis de los Reales Estudios de San Isidro; D. Demetrio Ortiz, del gremio de la Universidad de Salamanca; D. Jacinto Manrique, catedrático de Latinidad de la Real Casa de Caballeros Pajes; D. Juan Antonio Pellicer, bibliotecario del Príncipe de la Paz; D. Carlos Bosch y Mata, oficial de la Real Biblioteca; D. Antonio Salas, catedrático de Humanidades del Real Seminario de Nobles, y D. Domingo de Dueñas. Tocó informar sobre la capacidad y aptitud de cada uno de estos candidatos, nada menos que al Patriarca de las Indias, Inquisidor general. Acerca de Quintana, no sólo informó que en la Imprenta Real tenía el encargo de corregir y adicionar las obras de Humanidades que se imprimían por cuenta del establecimiento, habiendo publicado y adicionado, en virtud de este encargo, el *Sallustio hispano-latino* del serenísimo señor infante D. Gabriel, y los seis tomos de la *Colección de poetas castellanos*, corregido el *Quijote* y aumentádolo con la vida de su autor, y compuesto más de treinta sumarios

E. M.—Mayo 1904.

de las *Vidas de varones ilustres españoles*, que se imprimían con sus retratos; sino que añadía textualmente:—«En sus poesías ha manifestado sus talentos en este arte, y en las tragedias, que han sido recibidas del público con aceptación, ha dado pruebas de sus disposiciones particulares para las obras del teatro, así como en los artículos de crítica insertos en las *Variedades*, de cuyo periódico fué el principal redactor, se granjeó el concepto de crítico juicioso y urbano». Este informe llevaba la fecha del 20 de Marzo de 1806, y cuatro días después Quintana recibía el despacho oficial con su nombramiento.

Qué noble aplicación dió el espíritu moral de Quintana en su cargo de censor, pudo pronto ser advertida al emitir su censura sobre la comedia *La óptica moral*, de D. Gaspar de Zavala y Zamora. Este poeta, en la obra referida, ridiculizaba personalmente á D. Tomás García Suelto, médico de número de los Reales Hospitales. La censura impidió su representación, emitiendo sobre aquella obra el razonado dictamen siguiente:

«He leído la comedia, en un acto y en prosa, titulada *La óptica moral*, y aunque nada contiene contra nuestra santa religión ni contra las leyes, puede decirse que peca contra las buenas costumbres por la mordacidad que hay en muchos pasajes de ella. Una comedia no es una sátira, y ésta lo es contra varias profesiones, y lo que es peor, contra algunas personas determinadas. Los retratos que el autor hace del poeta petimetre (Moratín) y del médico, están ejecutados con unas circunstancias tan menudas y con señales tan claras, que el público, al oirlas, haría al instante la aplicación á los sujetos que se quiere zaherir, sin embargo de que no los nombra; y esto equivale á una sátira personal, cosa justamente prohibida por toda buena policía. Es igualmente reparable lo que se dice en esta comedia contra los escribanos y corredores. Estas son unas profesiones establecidas por la ley y necesarias á la sociedad; y si hay algunos que abusan de ellas, como sucede

con todas las demás, hay también otros muchos que las honran con su buen proceder y puntualidad en llenar sus obligaciones. Un corredor, puramente por corredor, y un escribano, por escribano, no son acreedores á ningún vilipendio; y no es bien visto, por lo mismo, envolverlos unidos en expresiones generales que los infaman sin distinguirlos. Por estas consideraciones me parece que no conviene que esta comedia se represente en nuestros teatros; pero el señor gobernador del Consejo determinará, como siempre, lo más acertado. Madrid, 28 de Agosto de 1806.—MANUEL JOSEF QUINTANA».

Hay un proceso de documentos curiosos que revela que los que, como Zavala y Zamora, cayeron bajo el rigor de esta nueva y austera censura, no sólo quisieron vengarse, sino arrojar á Quintana del puesto que ocupaba, dejando su reputación enzarzada entre los procesos secretos del Tribunal de la Fe. Escribió Zavala, en efecto, un papel anónimo, ó mejor dicho, suscrito con el seudónimo de *Un vecino de Guadalajara*, en el cual hacía una crítica maligna de *El sí de las niñas*, de Moratín, que con gran éxito se acababa de representar, y de las dos odas que *Al combate de Trafalgar*, ocurrido pocos meses antes, escribieron, respectivamente, Quintana y el joven marino D. Juan Bautista Arriaza. Cubrióse además con un testafarro, llamado Bernardo García, el cual, antes de remitir á la aprobación del juzgado de imprenta, para que autorizara su publicación, el papel referido, se dirigió en carta al Príncipe de la Paz, para demandarle, en aras del respeto que se le debía, y por estarle dedicada la obra cómica de Inarco Celenio, si no tenía inconveniente en que saliera al público aquella crítica. Claro es que el Príncipe de la Paz puso al margen de la carta que no tenía inconveniente alguno; pero de esta resolución no se le dió á García traslado escrito, sino verbal, por medio del secretario particular del Príncipe, D. Manuel Carrasco. García llevó el papel al juez de imprenta, que de nuevo lo era D. Juan Antonio Melon, el protector de Quintana y amigo íntimo de Moratín, y no hay que decir que le fué denegada la licencia

para la impresión. Entonces, Bernardo García elevó denuncia en forma ante el ministro de Gracia y Justicia, marqués Caballero, y, como en la denuncia se acusasen, así la comedia de Moratín como las odas de Quintana y Arriaza, de incurrir en delitos contra la fe, el marqués Caballero pasó la denuncia al Patriarca de las Indias, que era á la vez Inquisidor general. *El sí de las niñas* y las dos odas *Al combate de Trafalgar* fueron, en efecto, sujetas al examen de cinco calificadores, es á saber: dos curas párrocos de Madrid y tres maestros de distintas Órdenes religiosas, los cuales convinieron, por voto unánime, «que la expresada comedia no contiene proposición ni cláusula alguna digna de censura teológica, y por consiguiente, que fuera contra la religión y buenas costumbres, y que esto mismo sucedía en las dos odas compuestas por Quintana y Arriaza». El informe del Patriarca-Inquisidor se emitió el 4 de Junio de 1807.

Este mismo año fué en el que Quintana dió á conocer sus trabajos históricos de alta crítica y erudición que forman la *Vida de españoles célebres*, en los que tan preciosos documentos nos legó, sobre su elevado criterio acerca de los sucesos de la historia nacional de que se destacaron las gigantescas figuras de *El Cid*, *Guzmán el Bueno*, *Roger de Lauria*, *El Príncipe de Viana*, *El Gran Capitán*, *Vasco Núñez de Balboa* y *Francisco Pizarro*; pues las de *D. Alvaro de Luna* y *El Padre Fray Bartolomé de las Casas* las agregó mucho después. Con estas obras puede decirse que Quintana había llegado al apogeo de su madurez; y en la sucesiva correlación de sus trabajos, se le ve, como movido por secretos impulsos, consagrar toda su vida, todos sus pensamientos y las obras fecundas que fueron sazonado fruto de ellos, á preparar con sentimientos viriles las impetuosas energías que en España se desplegaron en el momento supremo en que, del lecho abatido de su postración, tuvo que saltar de repente para salvar los altares de la patria, profanados por la planta impura de un invasor violento, más temible por sus engaños que por su colosal poder. Se ha com-

parado á Quintana, por las *Poesías patrióticas*, que bajo el yugo del extranjero bañado en sangre del *Dos de Mayo*, escribió en 1808 para hacer despertar al genio de la patria, al Tirteo de Esparta en medio de las guerras mesénicas. No es así: la oda *A España libre* y *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*, no fueron más que la explosión calenturienta de la indignación y del arrebató. El efecto efervescente de las obras de Quintana, principalmente las líricas, á las que debe el primer lugar en los altares de la inmortalidad, constituye toda la cadena de su tenaz inspiración, desde que, al cumplir veintiséis años, escribió su oda *Al mar*, no sujeta solamente á su augusta magnificencia en el espectáculo grandioso de la Naturaleza, sino á recordar en él las luchas humanas, sumadas siempre en esfuerzos por la libertad y en progresos para la civilización. De la oda *Al mar* (1798) á la *Á Guzmán el Bueno* (1800), de su obra suprema *Á la invención de la imprenta* (1802) á su obra suprema *Al combate de Trafalgar* (1805), la escala lírico-heroica que Quintana recorre, siempre ascendente, no es más que una preparación. Su misma oda *Á España después de la revolución de Marzo*, de 1808, no es más que la prosecución de esta misma preparación. La explosión llega á su plenitud en las poesías patrióticas, que se escribieron después de las escenas del *Dos de Mayo* y se publicaron después de la *batalla de Bailén*. La alta misión de su genio poético, aquí quedó concluída. Ni murió el hombre, ni murió en él el patriotismo; pero la esfera de su acción tuvo desde aquel punto que cambiar de forma y hasta de lugar.

Todavía, antes de que la amarga virulencia del sectario esterilice enteramente el último rayo de aquel talento, que fué tan superior, ha de vérsese á Quintana, primero, acudiendo al palenque del periodismo, para abrir conciencia á la conciencia nacional, y para asistir como soldado al duro choque de la contienda. Pero su *Semanario patriótico*, que con Alvarez Guerra funda en Madrid y lanza á la publicidad en 1.º de Septiembre de 1808; que con Blanco y Lista prosigue en Se-

villa desde el 4 de Mayo de 1809, y con Antillón y Tapia lo reanuda en Cádiz desde el 22 de Noviembre del mismo año, si á la par obedecía á sus ingenuas ideas de la regeneración por la revolución, y á sus ingenuas ideas de moderación dentro de la evolución radical, no le facilitaba todo el ambiente que él necesitaba para desplegar las alas de su patriotismo exaltado. Tuvieron que venir los sucesos de Diciembre de 1808; tuvo que acercarse de nuevo á Madrid el ejército francés mandado por el mismo Napoleón; tuvo Quintana que salir fugitivo de la capital y errar á pie por Avila y Salamanca, por Ciudad Rodrigo y Badajoz, hasta poder afluir á Sevilla en Enero de 1809; tuvo que recibir aquí el amparo de sus amigos de la Junta Suprema de Gobierno y ser colocado por esta misma en sus oficinas de Estado, para levantar entonces sus meras tareas burocráticas á grandes documentos dignos de inundar brillantemente las más hermosas páginas de la historia. De los accidentes personales que labraron esta situación, nada puede ser ni más fidedigno, ni más elocuente, que la misma instancia que á su llegada á Sevilla elevó á la Junta Suprema. Decía así:

«SEÑOR: D. Manuel Josef Quintana, Agente Fiscal de la Junta de Comercio y Moneda, y Censor de los Theatros de Madrid, á V. M. con el debido respeto hace presente: Que ha servido por trece años el primer empleo y por tres el segundo, con el zelo, pureza y diligencia que son notorios. Aplicado además á trabajos y tareas literarias, ha procurado, en las diversas obras que ha dado á luz, excitar en la Nación aquella energía y vigor de pensar y de sentir que solos podían sacarla del estado de abatimiento en que se hallaba; y esto, en un tiempo en que atreverse á publicar verdades que interesan á la Patria era exponerse al odio y persecución de los tiranos, que entonces nos mandaban y que después alevosamente nos vendieron. Dada la señal al movimiento político en que nos vemos, y libre Madrid de la opresión francesa, el Exponente ha sido uno de los que con más ahinco y constancia se dedicaron á sostener y exaltar la opinión en defensa de la Patria;

á esparcir luces y establecer principios en el público que asegurasen la libertad y la independencia nacional. Los escritos que con este objeto ha publicado han sido acogidos generalmente con indulgencia y aceptación, y el Autor ha visto en este favor del público recompensado su zelo patriótico y sus buenas intenciones. La desgracia posterior de Madrid le ha arrancado á estas tareas, que, por ser dirigidas á la felicidad de la Patria, constituían su gloria particular y su consuelo. Incapaz de transigir de modo alguno con la tiranía ni con la injusticia, abandonó la corte quando los franceses entraban en ella, perdiendo así sus dos destinos que le proporcionaban sobre treinta mil reales de sueldo, su casa, sus haberes, las ediciones de las obras que ha publicado, en fin, todo el fruto de sus trabajos anteriores y de su economía, único recurso del Exponente en caso de desgracia; hallándose en el día pobre, miserable y sin destino al cabo de doce años de servir en tareas útiles al público y al Estado. Pero ansioso de servir á la causa española en donde quiera que España se halle, después de haber rodado por una gran parte del reino con mil penalidades y riesgos, tiene por fin la satisfacción de ponerse á los P. de V. M. y de ofrecer en su obsequio sus débiles talentos y su persona. Por tanto, suplica á V. M. que, en consideración á los méritos expuestos, se digne emplearle con alguna de las plazas de la secretaría general de la Suprema Junta Gubernativa, donde el Exponente tendría su mayor satisfacción en servir, por estar inmediatamente cerca de V. M.; ya en qualquiera otro destino para que le contemple útil, en lo qual recibirá señalado favor, que espera de la benignidad de V. M.—Sevilla, 11 de Enero de 1809.—*Señor.*—A los R. P. de V. M.—MANUEL JOSEF QUINTANA».

Por Real decreto de 14 del mismo mes, es decir, tres días después, Quintana era nombrado oficial mayor de la secretaría de la Suprema Junta Gubernativa del Reino, con exención de media anata; y oficial segundo, D. Ignacio García Malo. El mismo Quintana ha dejado escrito que para este puesto le pro-

puso D. Martín de Garay, y que ya antes se le había brindado en Aranjuez, donde lo declinó, á pesar de que en Aranjuez se sometían á su examen todos los documentos que salían de la Junta que formó Floridablanca. De este hecho hay constancia documental, en una comunicación suya al mismo don Martín de Garay, dirigida á Aranjuez y fechada en Madrid el 2 de Noviembre de 1808, en que le decía:—«He recibido el *Manifiesto* que de orden de la Junta Suprema Gubernativa del Reyno me ha remitido V. E. para que disponga su impresión. Ya he empezado á hacer las diligencias necesarias al efecto: *sólo haré aquellas correcciones que contribuyan á mejorar la dicción, y añadiré alguna pequeña idea accesoria que, sin alterar las principales, contribuyan á darles ó más claridad ó más fuerza*».

Con todo, de Noviembre de 1808 á Enero de 1809, las cosas habían variado mucho, principalmente con la muerte del conde de Floridablanca, ocurrida á las seis de la mañana del 30 de Diciembre anterior, en el momento en que el ilustre y anciano prócer, aburrido de las contiendas intestinas que entre sí traían los generales que estaban al frente de las fuerzas que se habían ido organizando en las dos Castillas, en Andalucía y Extremadura, en Valencia, Cataluña y Aragón, se había sentido herido por algunas recriminaciones injustas que se le hicieron, y dictaba y suscribía un manifiesto á la nación, que en su muerte no llegó á publicarse, y en el que dimitía la presidencia de la Junta que había formado, resuelto á retirarse á la obscura pasividad de su hogar, «antes de ser objeto de la desconfianza de sus conciudadanos». Al acto de la elección de su sucesor no concurrieron más que nueve de los vocales, y en la votación que se provocó, el marqués de Astorga, que fué investido con la alta magistratura, sólo tuvo tres votos, que fueron los del conde de Tilly, el marqués de Villel y el conde de Ayamans, contra dos que obtuvo Jovellanos, los de D. Tomás de Veri y el marqués del Villar, dos que se dieron al marqués de la Romana, aunque ausente y recién desembarcado de Di-

namarca, los del barón de Sabasona y D. Francisco de Palafox y Melzi, y uno, respectivamente, que tuvieron Castanedo y el baylío D. Antonio Valdés, el de D. Carlos Arratía el primero y el de D. Felipe Rivero el segundo. El triunfo del marqués de Astorga le fué favorable á Quintana, pues le profesaba una leal estimación, y así se vió, bajo la presidencia de este magnate, confiada al ilustre lírico de Trafalgar y de Guzmán el Bueno la redacción íntegra de los documentos de mayor trascendencia é importancia que entonces produjo la febril actividad del noble cuerpo que había absorbido en sí los atributos de la soberanía en la orfandad del trono.

¡Y qué documentos! Fácil es reconocerlos, porque todos, ó en minuta ó en limpio, están escritos de mano del mismo Quintana, que ni aun subrogaba sus copias á los escribientes. No citaré del año 1809 sino algunos de los documentos más salientes que originales he visto, y en los que la letra de Quintana es enteramente auténtica é indiscutible. En 5 de Febrero se concedió la grandeza de España de primera clase á doña Vicenta Moñino y Pontejos, primogénita de la marquesa de Pontejos y de D. Francisco Moñino, su marido, como heredera inmediata del conde de Floridablanca. Todo el decreto es de puño de Quintana, de quien debió ser la redacción. Sobre el uniforme del general Dupont, vencido en Bailén, hay una comunicación de la secretaría de la Junta Suprema al oficial de la secretaría de Estado, D. Luis de Onís, fechada el 13 del mismo mes de Febrero de 1809, cuya minuta entera es de Quintana, y que dice así:—«Enterada la Junta Suprema Gubernativa del Reyno, por la representación que ha dirigido D. Francisco Salinas y Moñino, de que en la Cámara del Serenísimo Sr. Presidente de dicha Suprema Junta, Conde de Floridablanca, difunto, existe el uniforme del General Dupont, que la misma regaló á S. A. y que éste parece tenía designio de regalar al Convento de Atocha, en Madrid, se ha servido S. M. determinar se custodie en el Archivo de la Real Capilla de San Fernando de esta ciudad, donde se halla sepulta-

do el citado Sr. Presidente. De R. O. lo participo á V. S. para que, como encargado de formar el Inventario, disponga su ejecución y cumplimiento. Dios guarde á V. S. muchos años. Sevilla, 13 de Febrero de 1809».

El 9 de Marzo siguiente se publicó el decreto de las gracias concedidas á los defensores de Zaragoza. Este decreto está redactado y escrito de puño y letra de Quintana. De redacción y pluma de Quintana fué el decreto de 7 de Febrero, disponiendo que en los parajes donde los enemigos faltasen á las leyes de la guerra, fuesen pasados por las armas los prisioneros. De redacción y pluma de Quintana fué el decreto de 1.º de Abril, concediendo gracias al general Cuesta y á los oficiales que se encontraron el 28 de Marzo anterior en la desgraciada batalla de Medellín. De redacción y pluma de Quintana fué el decreto de 24 del mismo mes, confiscando los bienes de los traidores. De redacción y pluma de Quintana fueron, en fin, el decreto de 22 de Mayo, restableciendo la representación legal y conocida de la Monarquía española en sus antiguas Cortes, convocándolas y nombrando la comisión que había de preparar las elecciones; el decreto de 30 de Mayo, ordenando la distribución de cien lotes ó socorros de á 6.000 reales cada uno entre las viudas y huérfanos de los valerosos y leales españoles que perecieron defendiendo la Religión, la Patria y el Rey desde el 2 de Mayo de 1808; y, para no ser más prolijo, el decreto de 10 de Enero de 1810, concediendo gracias y privilegios perpetuos á los heroicos defensores de Gerona.

No dejó Quintana de suscitar contra sí emulaciones, nacidas de la atmósfera de admiración á sus talentos, que los mismos vocales de la Junta Suprema formaban, aun por encima de las discusiones internas que entre sus miembros germinaron, y aun después de ser reemplazado en la presidencia su noble amigo el marqués de Astorga por el arzobispo de Laodicea. Testimonio de ello fueron las críticas que contra él se levantaron, cuando se le imputó que las insurrecciones que comenzaron á estallar en las provincias españolas de América,

habían sido atizadas por algunas frases imprudentes de la *Proclama á los americanos*, que escribió en nombre y por mandato de la Junta, con motivo de la convocación á Cortes. Aquellas frases eran las siguientes:—«*Desde este momento, españoles americanos*, decía la Junta en la *Proclama* escrita por Quintana, *os veis elevados á la dignidad de hombres libres. Vuestros destinos ya no dependen de los ministros, ni de los Virreyes, ni de los Gobernadores: están en vuestras manos*». En sana crítica, ¿cómo se han de culpar estas frases de estímulos á la rebelión? Por el contrario, en ellas se ve claramente que el pensamiento del que las escribió fué inspirar á los que se dirigían mayor confianza. No obstante, el espíritu sectario, que ya se desenvolvía en él, en medio de las luchas intestinas en que los poderes constituídos se engolfaban cada día más, apunta ya la cabeza en el fondo de este escrito, al que hay que acusar ó de exceso de buena fe ó de principio peligroso de fanatismo. ¿A qué las censuras implícitas dirigidas al pasado? ¿A qué hablar de la dignidad de los hombres libres? Quintana no pudo ó no supo, en circunstancias tan difíciles como las que entonces se atravesaban, salvar la superioridad de su genio de la influencia de los juicios, de las pasiones, de los movimientos sectarios, y allí acabó el alto espíritu de inspiración y grandeza donde el fanático apareció.

Las mocedades de Quintana habían roto el cristal de su pureza. Al entrar en la madurez de la vida, su espíritu se materializó. Desde entonces, puede decirse, Quintana fué un ángel caído, y todo lo que después produjo fueron frutos del error.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

LECTURAS AMERICANAS

LIBROS: *Anales de la Escuela Nacional de Jurisprudencia* (México).—*Don Antonio de León Pinelo y el obispo González*, por Juan E. O’Ryan.—*Nueva Colección de libros y documentos referentes á la historia de América*.—*Nuevo sistema de Lógica inductiva y deductiva*, por el Dr. Porfirio Parra.—REVISTAS: *España*.—El castellano en América y el Sr. Abeille.—*Revista Nacional* (Buenos Aires).—Ideas políticas de Bolívar.—*Cuba y América*.—Variabilidad de algunas plantas cubanas.—Curiosos ejemplos.—La Biblioteca Herediana.—Criminólogos cubanos modernos.—*La Quincena* (San Salvador).—Una anécdota de San Martín.—Ascensión al volcán de agua de Guatemala.

En fecha reciente fué nombrado director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, de Méjico, uno de los intelectuales de más prestigio en aquel país, D. Pablo Macedo, cuyo nombre recordarán seguramente todos los españoles que tomaron parte en las tareas del Congreso hispanoamericano de 1900. El Sr. Macedo no es sólo un hombre culto, sino también un *político*, con grandes condiciones de organizador que ha comenzado á emplear en la Escuela citada, preparando su reforma para que se amolde en todo tiempo al progreso de las ciencias y de la metodología jurídicas. A su iniciativa se debe la publicación de los documentos referentes á la vida interior de la Escuela, en forma de *Anales*, cuyo primer volumen acabo de recibir. La novedad es más importante de lo que á primera vista parece; pues, mediante ella, podrán coleccionarse fácilmente, y de una manera sistemática, todos los documentos que hasta ahora se imprimían sueltos, en formatos variables, y se podrá testimoniar mejor, más seguidamente, la vida ín-

tima de aquel establecimiento de enseñanza. Seguros estamos de que en los volúmenes sucesivos habrán de figurar muchos escritos, notas, programas, etc., que de ordinario no suelen incluirse en esta clase de publicaciones oficiales, pero que sirven, mejor que las órdenes, decretos y estadísticas, para dar idea de cómo funciona un organismo docente.

El plan de estudios vigente en la Escuela fué decretado en 1902. Comprende los profesionales para las carreras de abogado y agente de negocios, distribuídos en seis años, del modo siguiente:

Primer año.—Derecho constitucional (historia y texto).—Primer curso de Derecho civil (historia, personas y cosas).—Primer curso de Derecho romano (historia, personas y cosas).

Segundo año.—Segundo curso de Derecho civil (obligaciones y herencias).—Segundo curso de Derecho romano (obligaciones, acciones y herencias).

Tercer año.—Derecho mercantil, sus antecedentes históricos y leyes civiles no codificadas.—Derecho penal, su historia y progresos.

Cuarto año.—Procedimientos civiles, mercantiles, comunes y federales.—Procedimientos penales, comunes, militares y federales.—Práctica en los Juzgados civiles.

Quinto año.—Economía política.—Derecho administrativo y legislación fiscal.—Derecho internacional privado y conflictos de leyes de diversos Estados de la Federación mejicana, y leyes especiales sobre la materia.—Práctica en los Juzgados penales.

Sexto año.—Medicina legal.—Derecho internacional público.—Filosofía del Derecho y Oratoria forense.—Práctica en los Juzgados federales.—Los alumnos de la Escuela practicarán, además, durante dos años en el bufete de un abogado.

Nótese el sentido práctico de la parte verdaderamente profesional, á semejanza de lo usado en Austria y otros países europeos. También es de advertir que ese sentido se combina con una seria preocupación de las condiciones científicas de la

enseñanza, expresada, por lo que al plan se refiere, en la prevención de que cada grupo de disposiciones legales se estudie «por sus antecedentes históricos». Si este historicismo es bien comprendido por los profesores—y todo hace esperar que sí ha de serlo,—excusado es decir que dará á la enseñanza una base elevada, suficiente á librar á los alumnos del peligro de la rutina legal y de la vulgaridad practicon. Un ejemplo de la manera como, en líneas generales, se entiende la aplicación de aquel principio, la da el programa del primer curso de Derecho civil. Comprende este curso, en lo que se refiere al Código civil, el estudio de los tratados ó libros de personas y cosas; pero antes de entrar en la exposición y crítica de la ley, los alumnos estudian «una reseña histórica de la legislación española... desde los últimos años de la dominación romana en España, hasta la de ésta en Méjico, completándose con la de la legislación propiamente mejicana, desde la Independencia hasta la época actual».

Además, en casi todas las instituciones (v. gr., censos, testamentificación, hipotecas) se hace su historia antes de entrar en el Derecho *positivo*.

En la asignatura de Filosofía del Derecho, el historicismo se acentúa por influencia de la doctrina de Comte, tan extendida en Méjico. Así, en lo referente al matrimonio, se empieza por la «evolución de las relaciones conyugales»; en la propiedad, por su «evolución é historia», etc., después de haber estudiado históricamente la noción de la justicia en los diferentes pueblos, épocas y escuelas jurídicas.

También se aplica el método comparativo, como se ve en la asignatura de Derecho romano. En ella, cada título de la Instituta se explicará «con las concordancias y dependencias con el antiguo Derecho *español* y con el civil mejicano».

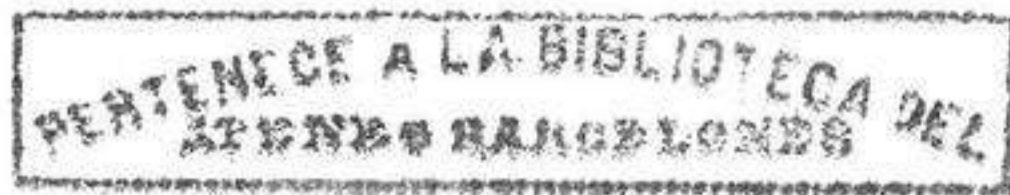
El plan de la Escuela es reformable y, como muchas constituciones políticas, lleva en sí mismo determinado el procedimiento para la reforma. Dice el art. 7.º: «A más tardar, el 1.º de Septiembre de cada año la Dirección de la Escuela so-

meterá á la aprobación del Consejo Superior de Educación pública las innovaciones que en materia de programas, métodos de enseñanza y textos formulen los profesores, de acuerdo con la referida Dirección. Las expresadas innovaciones pasarán, previo estudio del Consejo Superior de Educación pública, á la Secretaría del ramo, á lo sumo el 1.º de Octubre, y la referida Secretaría podrá concederles su aprobación, y hará que, cuando más tarde el 1.º de Noviembre, se publiquen en el *Periódico Oficial* para que rijan en el siguiente año».

Es de presumir y de desear que este artículo no quede en letra muerta, sino que se aplique de manera resuelta y progresiva. A no dudarlo, una de las primeras reformas que se introducirán será la de los textos, algunos de los cuales creo inferiores á lo que suponen el plan y la orientación de la Escuela. El libro de Gómez de Laserna y Montalván es una guía insegura y atrasada para la historia del Derecho español. El de Ortolán, de Derecho penal, está hoy superado por otros muchos. Lo mismo pasa con el Fiore; y aun en punto al Derecho romano, sería preferible sustituir el Van Wetter por un Manual del tipo del de Sohm, que está traducido al castellano.

A esta y otras mejoras abre la esperanza fundadamente el alto sentido pedagógico del actual director, sentido expresado en su alocución pronunciada en el acto de inaugurar los cursos, é impresa en los *Anales*. Con pena renunciarnos, por falta de espacio, á reproducir algunos de los párrafos de ese documento.

* *



Don Juan Enrique O’Ryan es un escritor chileno que edita la revista *Chile Moderno*, de que ya he hablado en estas columnas. A lo que parece por sus publicaciones, se dedica preferentemente á estudios históricos, y fruto de esa dedicación son los dos curiosos folletos titulados *Don Antonio de León Pinelo* (1)

(1) Valparaíso, 1903. 23 págs.

y *El obispo González* (1). El primero está dedicado á comentar y rectificar algunos de los datos expuestos por D. José Toribio Medina en su extensa biografía de Pinelo (2). Es uno de ellos el referente al lugar en que nació Pinelo. Medina se empeña en sostener que fué la ciudad de Lisboa. O'Ryan, con argumentos que nos parecen de gran fuerza, prueba que nada nos autoriza á dudar de la afirmación que el propio Pinelo hizo en su *Historia de Madrid*, dándose por vallisoletano. También niega O'Ryan que León Pinelo estudiase en Chuquisaca. No hay documento que lo afirme. En cambio, el propio cronista de Indias dice que estudió en la Universidad limeña de San Marcos. Medina hace sobrino de León Pinelo (hijo de una hermana de éste) al obispo D. Alejo Fernando de Rojas. O'Ryan demuestra la imposibilidad de que así fuese, comparando las fechas de edad del obispo y su pretendida madre. Finalmente, O'Ryan añade á la bibliografía aducida por Medina la cita del libro en que Diego de León Pinelo (hermano del cronista) hizo el panegírico de la Universidad de Lima.

El folleto dedicado al *obispo González* tiene por objeto defender al Sr. Amunátegui Solar de los cargos que le dirigieron algunas personas por la publicación de su biografía de aquel prelado, titulada *El primer obispo de Chile* (Santiago, 1903). El Sr. Amunátegui, como biógrafo escrupuloso, relató en su trabajo, y no podía menos, las aventuras amorosas del obispo. Un sacerdote chileno, versado en historia, el Sr. Prieto, intentó refutar los documentos en que Amunátegui apoya su relato, y O'Ryan argumenta en su folleto contra el criterio histórico que, «por considerar depresivas aquellas aventuras para el decoro eclesiástico», se empeña en negar los hechos. O'Ryan aduce, con toda razón, que ni el obispo González fué el único clérigo español ó americano que tuvo barraganas, ni «la calidad del medio» social en que vivía González

(1) Valparaíso, 1903. 28 págs.

(2) *Biblioteca hispanoamericana*, tomo VI, págs. 49 á 109.

era á propósito para apartarle de estos deslices ni para hacerlos ver como cosa gravísima. O'Ryan cita, á este propósito, repetidos hechos livianos de Villagra, el virrey Hurtado de Mendoza y otros personajes. Tampoco es maravilla que González fuese á la vez clérigo y guerrero, porque ésta es cosa que se repitió muy á menudo en América, tras de lo que ya se había repetido en España durante la Reconquista.

*
* *

Aunque no se trata de una empresa americana, sino española, como su utilidad ha de reflejarse principalmente en el conocimiento de la historia de América, creo útil dar noticia en estas *Lecturas* del propósito que tiene un editor español, el Sr. Suárez, de inaugurar en breve una *Colección de libros y documentos referentes á la historia de América*, continuación y complemento de las de González Barcia, Fernández de Navarrete, Torres de Mendoza y otros. Comprenderá esta colección obras inéditas y reimpressiones de otras raras.

De las primeras, se anuncian, desde luego, para fecha próxima: la *Historia de las guerras del Perú en tiempo del virrey Blasco Núñez Vela y D. Pedro de Lagasca*, por Pedro Gutiérrez de Santa Clara, testigo ocular de los sucesos que refiere, y digno de ser comparado con el gran Cieza de León; y la *Relación de las misiones de la Compañía de Jesús en el país de los maynas*, por el P. Francisco Figueroa, considerado por el Sr. Jiménez de la Espada como historiador de los más veraces que hubo en América. A éstas seguirán otras que se conservan manuscritas.

Están, pues, de enhorabuena los americanistas.

*
* *

Diferentes veces he llamado la atención en estas *Lecturas* sobre el desarrollo que en Méjico han adquirido los estudios de Filosofía, bajo la influencia de las doctrinas positivistas. Gallarda muestra de ese desarrollo viene á dar una obra

E. M.—Mayo 1904.

reciente del profesor D. Porfirio Parra, cuyo nombre es conocido de todos los que saben algo de la cultura americana moderna.

El Sr. Parra ha escrito un nuevo *Sistema de lógica inductiva y deductiva* (1) que, en efecto, encierra muchas novedades de concepto y de plan. Sería hartó atrevimiento reducir el examen de obra tan completa sobre materia tan principal, preñada de cuestiones que han dado pie á largas polémicas científicas, á lo poco y precipitado que en estas notas bibliográficas puede decirse de cada libro. Confieso, además, mi incompetencia en estas materias; y como soy de los que tienen un profundo respeto á todo trabajo intelectual hijo de una seria dedicación y de un espíritu riguroso, no quiero exponerme á la más insignificante ligereza en cosa tan merecedora de toda discreción. Me limito, pues, á señalar el libro á los especialistas y á recomendarles que lo estudien, seguro de que alguno de ellos dirá de la obra del Sr. Parra todo lo que es debido para que su publicación llegue á reflejarse en nuestra cultura filosófica, bien necesitada, en muchos respectos, de que se la agujonee y fecunde.

En *España* (número de 16 de Marzo), el Sr. Cané comenta el ya discutidísimo libro del Sr. Abeille sobre el idioma argentino. Cané es partidario de las lenguas vivas, abiertas á todas las innovaciones del uso, á todas las aportaciones léxicas hijas de los cruces nacionales, de las circunstancias históricas y de las novedades científicas; pero, á más de dudar (creo que con toda razón) de muchas de las ligeras afirmaciones y de las fantasías que el Sr. Abeille se permite, defiende bravamente el espíritu del castellano, tronco de todos los idiomas de Hispano-América.

«Lo que sí se puede y se debe sostener es que todos los aportes, los enriquecimientos, las adquisiciones por conquista, cambio, compra, violencia y todo otro modo de adueñarse de

(1) 2 vols. Méjico, 1903. 4.º, 311. 386-xiii págs.

lo ajeno, se sometan á las reglas generales por las cuales se rige la comunidad. Si el quichua nos trae *charqui* y en el acto formamos el verbo *charquear*, conjuguémoslo según lo enseña la Gramática castellana, y no otra. Si en virtud de esos fenómenos de derivación que tan bien estudia el Sr. Abeille, de *cardo* sacamos el lindo y expresivo *cardal*; de *bellaco*, *bellaquear*, ó de *baquia*, *baqueano*, añadamos sencillamente esas palabras á nuestro léxico propio, como todos los otros países americanos añadirán á los suyos las que formen por el mismo procedimiento, y hagámoslo con la seguridad de que, al hacerlo, en nada adulteramos los principios fundamentales de nuestra lengua, que no es «el idioma de los argentinos» ni el «idioma nacional», sino simple y puramente el castellano.

»El Sr. Abeille, que es un entusiasta de nuestra tierra (uno no puede menos que conmoverse al verle entonar el himno nacional á propósito de lingüística), tiene tal debilidad complaciente con la jerga que hablamos, y que él rotula «idioma nacional de los argentinos», que llega hasta justificar los cambios sintáxicos que hemos introducido en el español, sosteniendo que «el uso de algunos de ellos es realmente criticable en una lengua fijada», pero que ese uso «debe favorecerse en una lengua en evolución, como la nuestra».

«Me parece ver ijadear al Sr. Abeille en su esfuerzo para defender nuestro «bajo el punto de vista», contra «del punto de vista» español. Trae un ejemplo y una explicación al respecto, que entretienen bastante. Nunca le hemos de aceptar al Sr. Abeille que se diga, cuando se empleen palabras españolas, «me ha encargado *de* decirle», en vez de «me ha encargado decirle»; porque, aunque un niño esté en formación, no hay por qué habituarle á andar con las rodillas y no con los pies, que es lo natural, lo sano y lo útil, sin contar con que es ésa la única manera (como en el idioma) que permite al cuerpo desplegar su esbeltez y su elegancia».

Y para terminar, añade:

«La circunstancia especial de ser éste un país de inmigra -

ción hace más peligrosa la doctrina que informa el libro del Sr. Abeille y más necesaria su categórica condenación. Sólo los países de buena habla tienen buena literatura, y buena literatura significa cultura, progreso, civilización. Pretender que el idioma futuro de esta tierra, si admitimos las teorías del Sr. Abeille y salimos de las rutas gramaticales del castellano, idioma que se formará sobre una base de español con mucho italiano, un poco de francés, una migaja de quichua, una narigada de guaraní, amén de una sintaxis *toba*, tiene un gran porvenir, es lo mismo que augurar los destinos del griego ó del latín á la jerga que hablan los chinos de la costa ó la jerigonza de los levantinos, verdadero volapuk sin reglas, creado por las necesidades del comercio. Paréceme que si el Sr. Abeille, á más de tener todo el cariño que muestra por esta tierra, y que creemos sincero, fuera hijo de ella, sentiría en el alma algo instintivo, que le enderezaría el razonamiento en esta materia.

»Y hora me voy á releer la muerte de Marco Aurelio, de Renán; el discurso sobre la nobleza de las armas, de Cervantes; la pintura de Inglaterra al terminar el siglo xvii, de Macaulay, ó los coros del Adelghi, de Manzoni, para en seguida pedir al cielo conserve en nuestro suelo la pureza de la noble lengua que hablamos, á fin de que algún día, si no nosotros, nuestros hijos, puedan leer, de autores nacionales, páginas como aquéllas».

El escritor colombiano D. Diego Mendoza prepara un libro titulado *Los próceres*. De él adelanta un capítulo sobre *Las ideas políticas de Bolívar* en *Revista Nacional* (Diciembre 1903). El sistema ideado por el célebre caudillo fué una creación exclusivamente suya, fruto heterogéneo de sus lecturas de Volney, Rousseau, Montesquieu y los historiadores de Grecia y Roma.

De haber quedado en pura teoría, el sistema hubiese sido una curiosidad interesante; pero Bolívar se empeñó en aplicarlo, y este empeño influyó notablemente en la disolución de

la unión colombiana. Manifestó Bolívar sus ideas en el Congreso de Guayana (1819), en el de Cicutá (1821) y en la Constitución que lleva su nombre.

«Cuanto más admiro—decía Bolívar en 1819—la excelencia de la Constitución federal de Venezuela, tanto más me persuado de la imposibilidad de su aplicación á nuestro estado. Según mi modo de ver, es un prodigio que su modelo en el Norte de América subsista tan prósperamente y no se trastorne al aspecto del primer embarazo ó peligro. A pesar de que aquel pueblo es un modelo singular de virtudes políticas y de ilustración moral, no obstante que la libertad ha sido su cuna, se ha criado en la libertad y se alimenta de pura libertad; lo diré todo, aunque bajo de muchos respetos: este pueblo es único en la historia del género humano; es un prodigio, repito, que un sistema tan débil y complicado como el federal haya podido regirlo en circunstancias tan difíciles y delicadas como las pasadas. Pero sea lo que fuere de este Gobierno con respecto á la nación americana, debo decir que ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de dos Estados tan distintos como el inglés americano y el americano español. ¿No sería muy difícil aplicar á España el código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil adoptar en Venezuela las leyes del Norte de América. ¿No dice el *Espíritu de las leyes* que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir á otra? ¿Que las leyes deben ser relativas á lo físico del país, al clima, á la calidad del terreno, á su situación, á su extensión, al género de vida de los pueblos? ¿Referirse al grado de libertad que la constitución puede sufrir, á la religión de los habitantes, á sus inclinaciones, á sus riquezas, á su número, á su comercio, á sus costumbres, á sus modales? He aquí el código que debíamos consultar».

El autor cree que el juicio que Bolívar tenía formado de la organización política yanqui era totalmente erróneo. Bolívar

no penetró el secreto de la fuerza de aquella organización.

«Ese secreto no era otro que el compromiso, la transacción entre las dos opuestas tendencias, consuetudinariamente olvidado por los partidos colombianos, que han recorrido nuestra historia con la obsesión constitucional, sin comprender ni practicar que, bajo formas variables, la vida nacional se sostiene por la circulación interior de unas pocas verdades fundamentalmente ciertas é inmortales».

El criterio de Bolívar se explica por la situación política en que se halló siempre. «Gobernante, su natural tendencia era á robustecer los poderes de que estaba investido; pero si se hubiera visto en la situación de gobernado, bajo un poder incontrastable, de otro modo habría visto el sistema que censuraba. Los hábitos de mando que adquirió, tanto en el campamento como en la magistratura, son la clave de su biografía. Contra esos hábitos tuvo que luchar Santander durante el ejercicio de su Presidencia, cuya historia y cuyas diferencias hemos trazado ya.

»Desde el puro principio nuestros partidos han legislado para sí, creyendo que son eternos en el poder, ó para hacer eterno su poder. Si las leyes que han dictado las hubieran expedido considerando que algún día quedarían dominados por ellas, otro muy distinto habría sido su espíritu y tendencias. Ninguna piedra de toque para probar las convicciones de los hombres, como aquella que presenta el verlos en toda situación, sosteniendo unos mismos principios, cualesquiera que sean las condiciones personales en que se encuentren colocados».

Bolívar trabajó cuanto pudo contra los federalistas. Santander, el vicepresidente, comenzó pronto á distanciarse de él. En carta de 1828 decía, dirigiéndose al Sr. A. Vélez: «Diré á usted, en cuantas menos palabras pueda, que su carta del 4 de Febrero, en que se opone á la federación, me ratifica en mi opinión federativa. Vea usted cómo y por qué: usted dice que era federalista porque, observando que la Constitución bo-

liviana nos venía cayendo encima, no encontraba otra cosa más popular que oponerle sino la federación; y yo, viendo palpablemente que á la Constitución boliviana quiere sustituirse un Gobierno militar, una dictadura hasta el año de 1831, y un sistema donde sólo merecerían garantías el favor y el sostenimiento de ideas serviles, no encuentro otro modo de salir de este caos que la federación compuesta de seis ú ocho Estados solamente. Por otra parte, puede decirse que ésta es la opinión reinante en Venezuela, en la Nueva Granada y en el Sur. No hay más remedio que la federación para salvar las libertades nacionales, fuertemente acometidas por un enjambre de prosélitos del poder militar discrecional; podremos caer en graves inconvenientes, en aquellos que son inherentes á toda Constitución, para la cual no está preparado competentemente un pueblo; pero á lo menos la Nación colombiana no podrá jamás reconvenirnos de que comprometiéramos sus derechos, dejando subsistente su código ya vulnerado, despreciado, y que diariamente es la burla del ejecutivo y de una parte del Ejército».

Bolívar quiso implantar una tiranía de opinión, imponiendo sus ideas constitucionales las veces en que intervino en los Congresos de las repúblicas libertadas por su espada.

Su opinión está expresada en uno de sus discursos. «En las Repúblicas—dijo—el ejecutivo debe ser más fuerte, porque todo conspira contra él; en tanto que en las Monarquías el más fuerte debe ser el legislativo, porque todo conspira en favor del monarca. La veneración que profesan los pueblos á la magistratura real, es un prestigio que influye poderosamente á aumentar el respeto supersticioso que se tributa á esta autoridad. El resplandor del trono, de la corona, de la púrpura; el apoyo formidable que le presta la nobleza; las inmensas riquezas que generaciones enteras acumulan en una misma dinastía; la protección fraternal que recíprocamente reciben todos los reyes, son ventajas muy considerables que militan en favor de la autoridad real y que la hacen casi ilimitada. Es-

tas mismas ventajas son las que deben confirmar la necesidad de atribuir á un magistrado republicano una suma mayor de autoridad que la que posee un príncipe constitucional». ¡Singular argumentación! Si todas las cosas que enumera el orador como ventajas de la potestad real son otras tantas razones para robustecer el poder legislativo en las monarquías, no hay por qué sean motivo para debilitarlo en las repúblicas, ni para darle al presidente una suma mayor de autoridad que á un rey. Radicaba el error del Libertador en creer que el sistema republicano es la organización de poderes rivales, á cada uno de los cuales ha de armársele de modo que no pueda ser vencido por el otro; que en su concepto eran potencias enemigas en el Estado, llamadas á devorarse. «Un magistrado republicano—agregaba—es un individuo aislado en medio de una sociedad, encargado de contener el ímpetu del pueblo hacia la licencia, la propensión de los jueces administradores hacia el abuso de las leyes. Está sujeto inmediatamente al Cuerpo legislativo, al Senado, al pueblo: es un hombre solo recibiendo el ataque combinado de las opiniones, de los intereses y de las pasiones del estado social, como dice Carnot; no hace más que luchar continuamente entre el deseo de dominar y el deseo de sustraerse á la dominación. Es, en fin, un atleta lanzado contra una multitud de atletas». Si el magistrado á quien Bolívar se representa como un islote aislado en medio de las olas agitadas y enemigas, está sujeto al Cuerpo legislativo, al Senado y al pueblo, éste, el Senado (su Senado) y el Cuerpo legislativo son superiores á él. El correctivo de esta debilidad es para Bolívar «el vigor bien cimentado y proporcionado á la resistencia que necesariamente le oponen el poder legislativo, el judicial y el pueblo. Si no se ponen al alcance del ejecutivo todos los medios que una justa atribución le señala, cae inevitablemente en la nulidad ó en su propio abuso, quiero decir, en la muerte del gobierno, cuyos herederos son la anarquía, la usurpación y la tiranía».

El autor cree que las ideas de Bolívar pudieron estar ins-

piradas por la lectura de los escritos de Hamilton en *The Federalist*. Por lo menos, coinciden con ellas de un modo asombroso.

En *Cuba y América* (número de 6 de Marzo), D. Fernando G. y G. de Peralta presenta varias curiosísimas observaciones sobre *Variabilidad de algunas plantas cubanas*. El autor es darwinista, y comienza defendiendo en general la teoría de la selección y del origen de las especies. En apoyo de ella, cita varios casos de polimorfismo espontáneo notado en plantas cubanas. He aquí estos casos:

«Había plantado cerca de 200 cebollas de una especie de cólchico rojo á que vulgarmente se da el nombre de *Brujas* en nuestro país. Tres variedades conozco: la blanca, la amarilla y la roja, y es probable que todas presenten el mismo polimorfismo, si bien yo no lo he estudiado más que en la última.

»Llegada la época de la florescencia, observé que las primeras flores presentaban pétalos adicionales y estambres abortados y otros rudimentarios. En la primera que tuve á la mano se contaban nueve pétalos, diez estambres, uno de ellos abortado, mostrando desde el filete á la antera un rudimento de pétalo coloreado como los normales; el pistilo, que en la forma normal es trifido, en ésta se presentaba quinquéfido, y la cápsula quinquelocular. No todos los estambres eran iguales, pues al paso que algunos estaban normales, otros se habían desarrollado de una manera excesiva, y algunos otros atrofiado, ó imperfectamente desarrollado, como si hubieran sido sorprendidos por la florescencia en los principios de su génesis. La planta, el bulbo y las hojas no sufrieron modificaciones sensibles ó fácilmente apreciables á la primera ojeada.

»El segundo ejemplar mostraba diez pétalos, diez estambres, pistilo desarrollado, quinquéfido, y cápsula quinquelocular. Los estambres aparecían normales y todos perfectamente conformados.

»El tercero presentaba nueve pétalos y ocho estambres, de ellos, uno con la antera transformada en pétalo y otro rudi-

mentario ó atrofiado. El pistilo cuadrifido, y la cápsula cuadrilocular. Un pétalo adicional aparecía entre los normales, conformado imperfectamente y con rudimento de un filete estaminal en el centro.

»La cuarta flor, menos desarrollada, constaba de ocho pétalos regulares, dispuestos en estibación alterna cruzada, ocho estambres normales, pistilo cuadrifido y cápsula cuadrilocular.

»El quinto ejemplar, que constaba como el primero de diez pétalos regulares, tenía, sin embargo, once estambres, pistilo hexafido, cápsula hexalocular y los estigmas divergentes.

»El sexto presentaba ocho pétalos, de ellos, uno abortado por tránsito á filete estaminal, ó viceversa, siete estambres, pistilo cuadrifido, estigmas divergentes filiformes, cápsula cuadrilocular y tres estambres atrofiados.

»La séptima flor, hermosamente desarrollada, tenía siete pétalos completos, siete estambres, pistilo trifido y cápsula trilocular.

»La octava presentaba siete pétalos, uno de ellos con señales de un filete estaminal, ocho estambres, uno con la antera transformada en pétalo, pistilo tripartido y cápsula trilocular.

»El *Colchicum* normal presenta sus flores de seis pétalos, libres, alternos, estibados de tres en tres, seis estambres iguales, insertos en la base de cada pétalo, pistilo filiforme trifido, estigmas divergentes y cápsula trilocular polisperma. Ignoro si esta planta estará ya clasificada; pero en todo caso, debe adoptarse para ella la denominación *C. Polimorphus*, en razón de las constantes variaciones que quedan apuntadas.

»Las semillas que obtuve fueron separadas por casos de variación, y sembradas en terreno y condiciones iguales que las plantas madres. La germinación no se hizo esperar, y al otoño siguiente pude observar que las mutaciones, abortos y modificaciones se reproducían, si bien mostrando una tendencia á conservarse como nuevas variedades de siete, ocho, nueve y diez pétalos, como base. Todas, sin embargo, al finalizar el período de florecencia, presentaban como caso atávico la

circunstancia de producir algunas flores de seis pétalos regulares».

El autor sigue citando ejemplos de diferentes familias vegetales, de los que citaremos tan sólo los siguientes:

«El género *Ipomea*; de la gran familia de las *Convolvuláceas*, presenta también esa tendencia á la variación. Sus hojas, que, por lo común, son acorazonadas, se transforman con admirable frecuencia en sagitadas, hendidas, redondas y bilobulares, y á veces producen otras formas derivadas, verdaderos tránsitos que se van alejando gradualmente de la hoja tipo. Tal puede verse en la *I. bona-nox*, la que además ofrece el fenómeno de producir flores con el centro teñido de un hermoso color de violeta, en forma de estrella pentagonal cuyos vértices se prolongan entre las nervaduras suturales de la corola, que, como todos hemos observado, aunque monopétala, forma una graciosa estrella cubana.

»La hermosa é interesante familia de las *Passifloreas*, tan conocida en nuestro país, donde cuenta con numerosas especies conocidas por *caguajajas*, *granadillos* y *saybeyes*, ofrece una abundante variedad de formas en sus hojas. La *P. tinctoria*, vulgarísima en nuestros saos, ofrece hasta diez formas distintas.

.....

»El anón, nuestra fruta típica (*Annona squamata*), de hojas comúnmente lanceoladas, las presenta anómalas en gran abundancia; sus flores, de ordinario tripétalas, suelen producirse disépalas, y los frutos, tan varios en su forma, que sería prolijo enumerarlos. A veces las flores se presentan retorcidas, rectas, ganchosas, inclinadas, etc., circunstancia que no parece influir en la forma de los frutos.

»La temible *Jatropha diversifolia*, á la cual yo nombraría mejor *cathartica* por sus efectos purgantes tan conocidos de nuestros campesinos, nombrada en Occidente *frailecillo* y en Oriente *tua-tua*, suele transformar sus hojas quinquedigitadas en bi, tri y cuadrigitadas, variando mucho en su coloración.

.....

»Finalmente, el grupo de las *Vincas* (Apocineas), cuya especie conocida por *Vicaria* ofrece curiosidades dignas de estudio. La corola, comúnmente quinquepartida, á veces es cuadrifida, y hacia el término de la florescencia produce verdaderos racimos de flores del color y consistencia de las hojas, y en las que puede observarse que todos los órganos florales y sexuales se han convertido en verdaderas hojas. Puede notarse que las placentas tienen el aspecto de nervaduras cubiertas de cuerpecillos blancos que representan los óvulos; los estambres y anteras están convertidos en hojas cuyas nervaduras representan los filamentos. Todos estos órganos transformados se presentan retorcidos, y las silícuas hendidas en dos hojas iguales ó desiguales. Las que representan la corola petaloídea del perianto tienen á veces una coloración blanquecina, pero algunos casos las dan completamente verdes.

»Aparte su grandísima curiosidad, esto tiene un gran valor organológico, pues claramente prueba que los órganos sexuales y florales no son otra cosa que modificaciones de las hojas, como lo son éstas del tallo, y éste á su vez de las raíces».

En el mismo número continúa el Sr. Escoto su «Ensayo de una Biblioteca herediana», pasando revista á los escritos de la primera sección (*Obras en colección*), ó sea ediciones y compilaciones inéditas de obras de Heredia, desde los *Ensayos* de juventud, y á los de la segunda (*Antologías que formó Heredia*).

En el número de 20 Marzo, el Sr. Ortiz Fernández enumera y caracteriza á los modernos criminólogos americanos, en cuyos trabajos se reflejan las novedades de la ciencia penal y las discusiones, ya lejanas, entre positivistas y clásicos. Entre los autores que cita, escogeré algunos cuya representación creo más interesante.

«En el año 1892 Federico Mora importa el sistema de Bertillon (cuyos aparatos aún permanecen empolvados en el presidio, esperando una mano capaz de hacerlos funcionar) y publica un artículo referente al famoso método de identificación. (*Revista General de Derecho.*)

»En 1901 tuvimos la honra de ser representados en el quinto Congreso de Antropología Criminal celebrado en Amsterdam por un italiano que ha puesto al servicio de Cuba su brazo en la guerra de independencia y su talento en la paz. Me refiero á Francisco Federico Falco, que vino á nuestros campos como delegado de los que en Italia simpatizaban con nuestra causa. Dicho criminalista ha sido el primero que desde la secretaría de la extinguida Dirección de Penales, y después desde el Congreso de Amsterdam, ha señalado el camino de nuestras reformas en materia penal.

»El Gobierno interventor, con plausible pensamiento, lo comisionó para el estudio en Europa de las instituciones modernas acerca de la penitenciaría, prostitución y policía científica, y cuando á su vuelta á Cuba con valioso cúmulo de materiales se propuso emprender la redacción de los informes contentivos del resultado de sus estudios y las bases de reformas, fué olvidada su comisión, y Falco vió inútiles sus esfuerzos, perdiendo Cuba una ocasión preciosa para colocarse en la posibilidad de evolucionar rápidamente hacia el nivel de civilización criminológica de que disfrutaban los más avanzados países. Actualmente, Falco nos representa en su patria nativa. Antes de ausentarse, como prenda de su amor á la ciencia y á Cuba, fundó entre nosotros una Revista de Criminología, que será el órgano de la Unión Internacional de Derecho Penal en la América latina. *La Cultura Latina*, que así se llama la Revista, cuenta con la colaboración de Lombroso, Tarde, Ferri, Lacassagne, Prins, Van Hamel, Dorado, Litz, Pinero, M. Baca, Rolinovitch; en fin, de la plana mayor de los penalistas modernos.

»*La Cultura Latina* señalará época en la historia de los estudios penales en Cuba. Debemos esperar que el ex auxiliar de la cátedra de Lombroso pueda regalarnos con los escritos científicos de su bien templada pluma, á la vez que allá en Italia representa dignamente á su patria adoptiva».

La primera Conferencia Nacional de Beneficencia y Co-

rrección de la República de Cuba (1903) fué interesante por el gran número de Memorias que se presentaron.

Los estudios estadísticos y críticos sobre la criminalidad cubana son escasos y deficientes. En cambio, son importantes las reformas hechas desde 1898 en la legislación penal y el sistema penitenciario. Cuba cuenta hoy con dos escuelas correccionales é industriales para niños delincuentes (Guanajay y Santiago de las Vegas), y otras dos para niñas, de igual clase (Aldecoa y Habana).

El autor termina citando al Dr. Amoedo, residente en París (autor de un método de identificación basado en el esquema del sistema dental), y afirmando que «nuestra labor criminológica es relativamente extensa, pero su intensidad es escasa».

La Quincena, en su cuaderno de 15 de Febrero, trae una interesante anécdota del general San Martín. He aquí el hecho:

«Encontrábase el general San Martín una tarde en su humilde casa de Blunois, con su hija y nietas, en compañía de algunos amigos que, sentados cerca de la estufa, discutían alegremente sobre la patria ausente, que era el tema favorito de su conversación.

La patria en aquella época de horror se hallaba dominada por el tirano Juan Manuel Rosas.

No muy lejos de ellos, dos pequeñas jugaban á la muñecas que adornaban con un ovillo de lana; de pronto la interesante conversación se interrumpió por la menor de las niñas, que, con acento dolorido y con los ojos llenos de lágrimas, fué á pedir á su abuelo protección.

—Mira, papá—exclamó,—Merceditas me ha quitado la lana.

—Sí, papá—contestó la aludida,—porque hace mucho frío y mi muñeca está desnuda.

—Pero el ovillo era mío, y ella me lo quitó porque es mayor.

Levantándose el general, se dirige á un antiguo armario y

saca de él una cinta amarilla y roja, de la que pendía una medalla, y le dice:

—Toma, hijita, abriga tu muñeca y decórala.

Con esto terminó la querrela y continuó nuevamente la interrumpida conversación.

De pronto la hija del general San Martín se fija en la medalla que la muñeca ostentaba ufana, la toma y lee: «Bailén, 8 de Junio de 1808»; y sorprendida exclama:

—¡Padre! ¿Usted no se ha fijado en lo que ha dado á la chica?

—¿Qué?—dijo San Martín indiferentemente.

—La medalla con que el Gobierno español premió á usted en la batalla de Bailén.

—La aprecio mucho, hija—contestó;—en Bailén tuve la gloria de ser recomendado en el parte y después condecorado.

—Entonces, ¿cómo deja un recuerdo como ese en manos de una chiquilla que no sabe lo que vale?—agregó uno de sus amigos.

—Me hará usted el favor de decirme, mi amigo—dijo tranquilamente San Martín,—¿para qué sirve la gloria, si un cintajo de éstos no consigue siquiera enjugar las lágrimas de un niño?»

En el mismo cuaderno, el Sr. Uribe cuenta su ascensión al volcán de agua de Guatemala. La ascensión duró tres horas, partiendo del pueblo de Santa María, y se hizo por un camino antiguo y bien trazado, aunque mal conservado.

Quien contempla desde lejos el cono del volcán, lo supone desprovisto de toda vegetación, y, sin embargo, hasta cerca de la mitad de la altura existen sementeras de los indígenas; el tercer cuarto está ocupado por una faja de bosque, compuesto de robles y otros árboles corpulentos; y el último cuarto se halla cubierto de pinares y espesos pajonales que llegan hasta la misma cúspide. De suerte que, como siempre, zonas de vegetaciones diferentes se sucedan según la altitud y la temperatura. Ocurre lo mismo respecto de los animales: en la faja

montuosa viven los espléndidos quetzales, preciosas ardillas de cola gris, monos y marranos de monte (*coche* en Guatemala, *tatabros y cafuches* en Colombia); entre el follaje de los más altos pinos se ven gorriones, perpetuos seguidores del hombre, y entre los pajonales se advierten huellas de venados.

Entre los árboles de la faja montuosa se produce el singular fenómeno de las «flores de palo», enfermedad de las ramas, debida á un parásito que las atrofia, formando de la textura misma del árbol figuras caprichosas, como lirios, pensamientos, hojas de parra, amapolas y otras flores, algunas de gran tamaño y de labor tan primorosa como la más delicada obra de talla.

El volcán, hace siglos que está inactivo; y su cumbre, aunque se halla á 12.500 pies, está libre de nieve, lo mismo que la del pico Acatenango, el más elevado de Centro-América (16.500 pies).

«Cuando el nombre de Volcán de Agua se contrapone con el de Fuego, se nos enseña en las escuelas (dice el Sr. Uribe) que es porque el uno vomita agua y el otro fuego, no siendo cierto ni lo uno ni lo otro; pues, si bien el segundo está en actividad, expulsa lavas arenosas y se corona de un penacho de vapores blanquecinos, no despide fulgor alguno ni aun en las noches oscuras; que en cuanto al primero, está apagado y tranquilo hace siglos, y nadie beberá allí sino el agua que llueve.

»El camino llega directamente al cráter y penetra en él por un ancho boquete abierto hacia el Norte; mas para bajar á la explanada del fondo, hay que descender unos quince metros. Allí existe un pequeño rancho *vara en tierra*, armado sobre postes de pino y techado, aunque mal, con la paja que se da en la falda; si las excursiones menudearan, aquello podría ser una casita más abrigada y cómoda, objeto quizá de alguna especulación, si no de un observatorio meteorológico admirablemente situado.

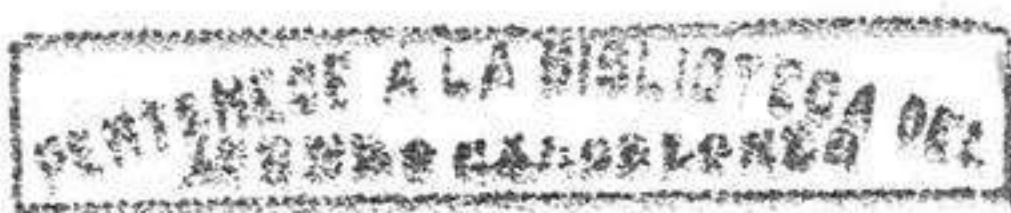
»El cráter se compone de una explanada, producida por el

acarreo de materiales de los taludes interiores. Llénese un embudo hasta la mitad, tapando el tubo de salida, y se tendrá una imagen exacta de la caldera del volcán, salvo en cuanto la pared está rota por un lado. Las murallas del rededor tendrán 120 metros en su mayor altura sobre la explanada; el diámetro de ésta no pasa de 100 metros, mientras el de la circunferencia superior alcanza á unos 256, y su perímetro á 600.»

Desde la cima se goza un admirable panorama en ambas vertientes, la del Pacífico y la del mar Caribe.

Antes de emprender el descenso los expedicionarios, copiaron algunas de las inscripciones grabadas en los árboles por los viajeros. Entre las más antiguas, escritas en letra pastrana, hay una que dice: *J. Gutiérrez, 1683*; y otra, *Juan de Giburo, Juan de Andueza y Francisco Eceta, Enero 9—1696*. «Entrambas tienen más de dos siglos, y sus autores pueden jactarse de haber transmitido sus nombres á la posteridad; sólo que olvidaron enviarle á decir por otro conducto quiénes eran.»

HISPANUS



CRÓNICA LITERARIA

La Revolución de Julio, por D. Benito Pérez Galdós.—Volumen IV de la cuarta serie de *Episodios Nacionales*.

Aunque lo histórico y lo novelesco se enlazan discreta y hábilmente en el nuevo *Episodio Nacional* de Galdós, *La Revolución de Julio*, conviene que los separe el análisis para formar juicio de esta novela. Claro es que la fusión de ambos elementos en el nuevo *Episodio*, como en cualquier otro libro de este género, no es tal ni tan estable como la de los componentes de una combinación química. No siempre lo novelesco y lo histórico se confunden y mezclan en un todo; partes y páginas hay completamente históricas y otras exclusivamente novelescas; ejemplo de las primeras son casi todas las relativas al cura Merino; de las segundas, los amores de Ley y Mita, que forman el verdadero nervio novelesco de la obra.

El nuevo episodio de Galdós abarca un período de unos dos años, desde el atentado de Merino hasta la revolución del 54. Toma, pues, la revolución con sus preliminares. Seis Ministerios se suceden en ese período: los de Bravo Murillo, Roncali, Lersundi, San Luis, la breve interinidad de Frías y Córdoba, y el triunfante de Espartero-O'Donnell. Es aquél un momento de gran excitación política. En 1854 existen ya los gérmenes de 1868. El polaquismo y los polacos depiertan grandes iras. En la tentativa infructuosa de Bravo Murillo para refrenar el militarismo, triunfante siempre con unos ó con otros caudillos en las discordias políticas del siglo, hay

un antecedente de la no más feliz de González Brabo en los últimos años del reinado de Isabel II. En las Constituyentes de 1854 hay ya quien vota contra la Monarquía. En la revolución de 1854 figuran, como en la de 1868, la ayudan á triunfar, y acaso le dan el triunfo, elementos de la derecha, partidarios del justo medio. Y al lado de estos fenómenos históricos aparentes, que se concretan en hechos públicos y en personajes de nota, avanza la transformación de las costumbres, transformación moral y económica que se consuma en el período abierto por la revolución de Septiembre y cambia la faz de la sociedad española.

¿Cómo *trata* Galdós este período histórico, agitado é interesante, en que hay en germen tantas cosas futuras? Lo que se advierte en primer lugar es el espíritu de gran moderación, la serena indulgencia filosófica con que Galdós juzga (pues juicios implícitos y explícitos hay en la novela) á los hombres y cosas de aquel período al sacarlos á escena. Más libertad tiene sin duda en este punto la novela histórica que la historia. La verosimilitud es para ella verdad suficiente; sus deberes de exactitud son limitados; no está obligada, como la historia, á buscar la resultante final de las diversas opiniones, de las encontradas pasiones, de los opuestos juicios contemporáneos. Puede pintar esas pasiones, ese choque de opiniones y juicios en escorzo que haga resaltar más unos que otros, pues su perspectiva es la artística y persigue una visión de belleza, no una conclusión de verdad. El apasionamiento, fecundo á veces en elementos estéticos, es más disculpable en ella que en las páginas de la historia, la cual, aunque nunca puede ser testigo absolutamente frío é indiferente, como escrita por hombres, pide al menos cierta neutralidad voluntaria, que no obliga al artista.

Mas, sin embargo, Galdós no ha querido valerse de estos fueros de la novela histórica. No ya comparada con libros en que la pasión política ha colaborado, como las *Historias*, de García Ruiz, y los *Recuerdos de cinco lustros*, de Villalba Her-

vás, sino hasta con historiadores tan templados como los continuadores de la *Historia general*, de Lafuente, resulta Galdós en su *Revolución de Julio*, no sólo imparcial, sino benévolo para con los gobernantes de entonces. Quizás eso quita en ocasiones á sus personajes algo del colorido temporal, de la actualidad histórica supuesta en ellos. Se adelantan tal vez á la indulgencia algo indiferente de la posteridad. Parecen algunos de ellos demasiado serenos en aquel caldeado ambiente de pasión y de lucha. Aunque el arte exquisito del novelista lo disfrace, en aquellos hombres del 54, se descubre de vez en cuando la indulgente y desinteresada filosofía del D. Benito Pérez Galdós de los días actuales.

Pero esto no ocurre siempre, y aun las más veces ocurre... por omisión, por no reflejar del todo la novela la alta temperatura de la lucha política en aquel momento, la densa atmósfera de maledicencia, la sangrienta ferocidad de la prensa clandestina. Escenas hay, sin embargo, en que esa temperatura del cuerpo social está bien registrada. La indignación por el atentado de Merino, la excitación de los combatientes en las barricadas del 54, resucitan en algunas hojas de la novela *lo que fué, lo que debió de ser*. Consignemos de pasada, á propósito del efecto producido por el atentado del cura Merino, y que Galdós refleja en páginas llenas de color y no exentas de suave ironía, una reflexión que hoy es de rigurosa actualidad. No sabemos indignarnos con pocas palabras, sencillamente, sin retórica. Se nos dispara el estilo, y á fuerza de ampulosidad, la sinceridad resulta ahogada en frases.

En *La Revolución de Julio* hay una sagaz interpretación de la Historia, además de un cuadro histórico animado. Ve Galdós con perspicacia, en la flojedad del encuentro de Vicálvaro, el espíritu de cuerpo que empezaba ya á predominar, en medio de las luchas políticas, en el elemento militar, y que ayuda á explicar la facilidad con que se entienden y consolidan los ulteriores cambios de régimen. El gladiador armado, como dice el novelista, no quiere ya pelear consigo mismo

con el ardor implacable con que lo hizo en las primeras luchas constitucionales y políticas. Observa también Galdós el desasosiego, el afán de cambiar de postura, de gobiernos, de sistemas, que había creado el hábito de mudanza, de inestabilidad y desorden, formado por medio siglo de agitaciones. Y como corolario, quizás, de esos hábitos de desorden, de esa bohemia nacional, registra el observador el apasionado afán que se despierta en la clase media por el boato y la ostentación, sustituyendo á la parca y hasta estrecha vida doméstica del período anterior, y borrando poco á poco los linderos de las clases hasta no dejar entre ellas otra distinción efectiva que la diferencia de riqueza, borrada á veces por las apariencias engañosas del lujo. Cambio interesante, en verdad, por haberse adelantado á un desarrollo proporcionado de riqueza y por haber influído en el temple moral de las clases medias, nervio de la nación, infundiéndolas un espíritu utilitario y positivista—en la más prosaica acepción de la palabra—propenso á todas las capitulaciones.

«No hay duda de que los españoles quieren entrar por el camino de la ilustración, madre del bienestar» —dice uno de los personajes de la novela hablando de esta *pasión de riquezas, fiebre de lujo y comodidades*. —Y le contesta otro:—«Pero no empiezan por el principio, que es instruirse y civilizarse, para después gozar.—Dicen: *gocemos, y luego nos civilizaremos*. Ven todo ese material bonito y elegante que los extranjeros han inventado para su goce, para su descanso y recreo, y tomando el fin por el principio, piden que vengan acá esas maravillas, las compran, las usan, quieren gozar de ellas, creyendo que con adquirirlas y poseerlas son tan civilizados como los que las inventaron y luego las hicieron. Signo de cultura son las ricas alfombras, las tapicerías, los sillones de muelles en que se hunde el cuerpo perezoso. Pues tráiganmelo, dicen: decoraré con ello mi casa, me daré tono de hombre culto, y ya se verá luego de dónde saco los dineros para pagarlo.

En estas burlas del personaje galdosiano hay una profun-

da verdad que el susodicho personaje finge ignorar, pero que el autor de los *Episodios* sabe, sin duda. Así entra la civilización, en efecto; las llaves con que abre las cerradas puertas, son la fuerza y el placer, la brutal coacción del cañón, el cebo del deleite. Intimidando ó agradando, es como sojuzga á los que se hallan en estado inferior de cultura, desde el salvaje al pueblo de civilización atrasada. Con un libro en la mano, haría poco camino en el mundo. El libro y la máquina, el saber, el desarrollo industrial, la riqueza, son cosas que vienen después.

En tono irónico también, pero con no poca filosofía, hablan los personajes de la novela del desasosiego nacional, engendrador de motines y revoluciones.—«Bien nos dice la experiencia—exclama uno de esos personajes—que cuando los Gobiernos duran mucho, todo el tráfico se paraliza, la clase menestral no tiene qué comer, aumentan los robos, las patronas y pupileras están á la cuarta pregunta, la mendicidad crece, disminuye la caridad pública, el abasto de la plaza es malo y carísimo, la carretería se estanca, los taberneros echan más agua al vino, el pueblo se entristece, bajan las rentas de Tabacos y Loterías, nacen más chiquillos, las calles se desaniman, los sastres perecen y toda la nación está como novia desconsolada, á quien nadie le dice *por ahí te pudras*».

A esta filosofía de cesante, ansioso de que no se interrumpa el turno, que entonces nada tenía de pacífico, filosofía de la clientela de la política, necesitada de que se quiten los unos para ponerse los otros, responde otro personaje con más graves y hondas razones, aunque aderezadas también con burlas: «Progresar quiere decir moverse, renovarse, mudar de estado, de postura, de ideales, de ensueños, de vestidos, de modas. Hasta los enfermos crónicos y aprensivos abominan del reposo, cambian de enfermedades y cada día inventan una nueva. No basta variar de médico, hay que variar de dolores... España no necesita de la acción consolidadora del tiempo, porque no tiene nada que consolidar; necesita de la acción destructora,

porque sus grandes necesidades son destructivas. Las revoluciones, que en otras partes desequilibran la existencia, aquí la entonan. ¿Por qué? Porque nuestra existencia es en cierto modo transitoria; algo que no puede difundirse bien. Yo la veo como si el sér nacional estuviera muriendo y naciendo al mismo tiempo. Ni acaba de morirse ni acaba de nacer. Por eso apeetece el movimiento, la variación de ambiente, de personal, el cambio de hombres públicos; á ver si éstos son menos sepultureros y más comadrones...»

*
* *

A pesar de la moderación con que trata Galdós á los principales personajes políticos de la época, el espíritu del libro es verdaderamente revolucionario. No se entusiasma, no, el novelista, con aquella Revolución de Julio. «Todo es pequeño en conjunto—dice, juzgándola, el marqués de Beramendi, por boca del cual habla indudablemente Galdós.—Relativa grandeza ó mediana talla veo en la obra del pueblo sacrificándose por renovar el ambiente político de los señoretas y cacicones que vivimos en alta esfera. Menguados son los políticos y no muy grandes los militares que han movido este zipizape. Pobre y casera es esta Revolución, que no mudará más que los externos chirimbolos de la existencia...»

No crea el lector que estas palabras contradicen lo que antes he indicado respecto á la moderación de Galdós. Al hablar de ella me refiero á los juicios sobre los gobernantes de la época, sobre los *polacos*, sobre la corte, blanco de tantos ataques, no sólo de parte de los que fueron entonces sus adversarios, sino de los historiadores que después han escrito de aquellos hechos.

Pero si en el nuevo *Episodio nacional* aparece aquella Revolución pequeña, pobre, casera; si la jornada de Vicálvaro resulta «comedia marcial representada entre compadres, con menos saña que ruido», en cambio ha trazado el novelista una

que es casi apología de las revoluciones y movimientos populares, ó al menos disculpa de los excesos y trastornos de que ordinariamente se acompañan. Júzguese, por los siguientes párrafos, si es exagerado lo que digo acerca del espíritu revolucionario de la novela.

Habla el citado personaje novelesco, marqués de Beramendi, de los excesos que realizaron en Madrid las turbas en el palacio de la ex Reina Gobernadora y en las casas de algunos de los personajes caídos. Y dice:

«Mañana — pensaba yo — se juzgarán estos hechos como atentados á la propiedad, como profanación de la ley ó arrebatos de salvaje cólera. ¡Y las culpas de esta brutal plebe nadie las atenuará con el recuerdo de las horribles violaciones de toda ley moral y cristiana que se contienen en el gobierno regular de las sociedades; nadie verá la inmensa barbarie que encierra el régimen burocrático, expoliador del ciudadano y martirizador de pobres y ricos; nadie se acordará del sinnúmero de verdugos que constituyen la familia oficial, y cuya única misión es oprimir, vejar, expoliar y apurar la paciencia, la sangre y el bolsillo de tantos miles de españoles que sufren y callan! Nadie se fijará en el crimen lento, hipócrita, metódico, de la acción gobernante, mientras que salta á la vista el crimen desnudo, instantáneo, de unas gavillas de insensatos que asaltan, queman, matan sin respetar haciendas ni vidas. Nadie ve las víctimas oscuras que inmoló la ambición de los poderosos, ni los atropellos que se suceden en el seno recatado de una paz artificiosa, sostenida por la fuerza bruta dominante, y todos se horrorizan de que la fuerza oprimida y dominada se sacuda un día, y aprovechando un descuido del domador, tome venganza en horas breves de los ultrajes y castigos de siglos largos... Y bien mirado todo esto, delante del sacro altar de Clío, ante el cual no cabe falsear la verdad; bien miradas estas vindicaciones instantáneas frente á las demasías que las motivaron, todo se reduce á una bella variedad de formas de justicia dentro del canon de la naturaleza. Te-

nemos la justicia espiritual, que nos habla, nos oprime y nos mata con el lenguaje del derecho. Tenemos la justicia animal, que nos aterra con manotazos y rugidos. De la intercadencia histórica de una y otra justicia, resulta una armonía mágica que es de grande enseñanza para los pueblos.»

¿Cómo negar que en este discurso, que más que de testigo presencial de los hechos parece de un espectador lejano que mira los excesos de las turbas resguardado por la barrera del tiempo, hay un fondo de verdad? Pero, con todo, siempre habrá entre ambas clases de excesos, entre los que se disfrazan con fórmulas de derecho y se realizan so capa de autoridad, y los que se cometen francamente, sin cubrir apariencia alguna, por muchedumbres irritadas y sin freno, la diferencia que hay entre las enfermedades crónicas y las agudas. Las últimas no dan espera, hay que atajarlas pronto. Las otras, siquiera dan tiempo para ir las modificando paulatinamente por tratamientos apropiados.

Casi todo lo que va dicho se refiere al espíritu de la novela. El cuerpo, lo sensible, la descripción ó representación de sucesos, alcanza en el nuevo *Episodio* vivo é intenso colorido. Modelo de esta fuerte y aguda visión de cosas, es la escena de la degradación de Merino. En realidad, de Merino, de su crimen, de su proceso y ejecución, nada nuevo nos dice el ilustre autor de los *Episodios*. Todo ello anda impreso en libros y papeles diferentes. Mas estas páginas de la novela impresionan, sin embargo, profundamente. El poder combinatorio del arte ha formado con estos materiales conocidos un conjunto de verdadera fuerza dramática.

También las jornadas revolucionarias de Julio del 54, la lucha en las barricadas, lo que llamaban nuestros padres *jarana*, expresando así el carácter doméstico de aquellas revoluciones callejeras, está pintado en el *Episodio* con la maestría á que nos tiene acostumbrados Galdós en su larga serie de novelas históricas, siempre que presenta multitudes, ejércitos, movimientos populares. Al leer las páginas de *La Revolución*

de Julio ha surgido en mi memoria un recuerdo de la infancia. He vuelto á ver con la imaginación un objeto humilde, case-ro, que no obstante hubiera podido tener pretensiones de símbolo. Era cuadro de esos que se veían hace cincuenta años en las casas de la clase media, con una complicada labor de flores bordadas con sedas y abalorios. En ese cuadro que contemplé yo muchas veces de niño en casa de unas venerables señoras, parientas mías, se veía el agujero brutal de un bala-zo, huella de una de esas *jaranas* madrileñas. Aunque enton-ces era desconocido el mauser, como se disparaba á corta dis-tancia, á veces venían á visitar las balas á los vecinos pací-ficos que, reclusos en sus casas, en las cuales habían hecho previa provisión de víveres para no tener que salir á la calle en días de revolución, esperaban el fin de la *jarana*.

*
* *

El comentario á la parte histórica de *La Revolución de Julio* se ha llevado la mayor parte del espacio que pensaba dedicar á este *Episodio*. Algo, aunque sea poco, diré de la parte novelesca. Lo que de ella se destaca son los amores entre Mita y Ley. Mita es una señora casada que se escapa de su casa con el susodicho Ley, un guapo mozo de la familia de los Ansúrez, que ha salido ya en diversos episodios de esta serie. Mita y Ley, como los pastores y pastoras desconsolados que nos presenta Cervantes, se van á un lugar agreste y soli-tario, lejos del trato de los hombres; sólo que éstos, como van en amor y compañía, no están nada desconsolados, sino muy al contrario. Esta vuelta al seno de la naturaleza es lo más original de la aventura, y realza la apología del amor libre, desligado de las enojosas trabas sociales, que indirectamente resulta de las aventuras de Mita y Ley. Que una señora casada se escape con su amante es cosa lamentable desde el pun-to de vista de las buenas costumbres; pero al cabo, por la co-rrupción de esas mismas costumbres, no es caso insólito y nun-

ca visto. Lo raro es que los fugitivos se vayan por esos riscos á hacer vida de pastores ó de salvajes, como dice Mita. Sin embargo, este pormenor poco verosímil da cierto tinte poético al lance, y hay que admirar la habilidad suma con que ha mezclado el novelista lo real con lo fantástico, vistiendo á los caprichos de la fantasía con formas y apariencias de realidad y dando á la realidad alas para llegar al reino del ensueño, al país de los cuentos de hadas... un poquito verdes.

También esto es revolucionario, profundamente revolucionario, más revolucionario quizás que la comparación entre los excesos del gobierno regular de las sociedades y los de la plebe amotinada, aunque afecte á un orden de cosas íntimo y doméstico. Pero hay que confesar que poetas y novelistas han tenido siempre una gran debilidad hacia el amor ilegítimo, y que los más de ellos son en este punto tan revolucionarios como Galdós, aunque no lo parezcan.

Terminaré consignando un pormenor que antes de ahora ha podido observarse en los *Episodios* de las últimas series. Bajo las figuras de los nuevos personajes renacen á veces personajes y escenas de los primeros *Episodios*. Hay como una reminiscencia, como un retorno involuntario del novelista á ciertas situaciones que concibió con predilección su fantasía. Así en *La Revolución de Julio* la muerte que da á Bartolomé Gracian, gran conquistador de mujeres, el marqués de Beramendi, es la reproducción, con otros personajes, del final de *Cádiz*, la muerte de Lord Grey á manos de Araceli.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: COSTUMBRES.—Juegos de sociedad en el siglo XVI.—BELLAS ARTES: El desnudo académico y el desnudo vivo.—Encajes y encajeras.—GEOGRAFÍA: ¿Gira la tierra?—FEMINISMO: Profesiones femeninas. PSICOFÍSICA: Límites de la Psicología experimental.—IMPRESIONES Y NOTAS: ¿Son europeos los rusos?—El eterno femenino.—Los maestros en Italia.—Sensaciones de la navegación aérea.—¿Se cura ó se provoca la rabia con el tratamiento Pasteur?—El *dumping*.

COSTUMBRES

JUEGOS DE SOCIEDAD EN EL SIGLO XVI.—La refinada sociedad del Renacimiento, en Italia sobre todo, encontraba verdadero deleite en todos los juegos en que tomaba parte el ingenio; de allí pasaron los juegos de las tertulias italianas á Francia, y allí produjeron todos los refinamientos del hotel de Rambouillet y de las Preciosas.

La vida literaria y aristocrática de las principales ciudades italianas de aquel tiempo, se refleja fielmente—como dice Marenduzzo en la *Rivista d'Italia*—en la historia de sus Academias. Menos las que dieron eficaz incremento á las letras ó á las ciencias, las Academias no son unas simples reuniones alegradas por frases ingeniosas y gratas conversaciones, tiroteo de palabras en que cada cual procuraba lucir su ingenio y sus habilidades, y donde las señoras figuraban como reinas, estimulando con su presencia y con su intervención á los asistentes. Según el novelista veneciano Celio Malespari, lo que en las veladas sienesas maravillaba á todo elevado espíritu eran la prontitud de la comprensión, la sutileza del ingenio, la rapidez de la réplica.

Uno de los juegos más corrientes era el de versificar: uno de la tertulia recitaba un verso, y otro tenía que responder con otro, ya de su propia cosecha, según los casos, ya del mismo autor que el citado, y hasta de la misma composición, lo cual supone un conocimiento profundo de las obras literarias más salientes. Así, un jorobado, cuyas espaldas eran extraordinariamente grandes, quería que una señora recitara un verso; la señora se excusaba, y el jorobado, para pincharla un poco, la dijo:—Podría usted citar aquel de

¡Oh pobrecita mía! ¡Qué torpe eres!

Pero la señora, sin perder tiempo, recogió el flechazo y se lo devolvió, diciendo:—Ese no; más bien diré aquel otro de

Que hace con sus espaldas sombra á Marruecos.

Algunos de aquellos juegos, llamados de broma y de agrado, son semejantes á los modernos, ó por lo menos están informados en el mismo principio de dar ocasión á los amantes para comunicarse, como cuando un joven susurra al oído de una dama una palabra, y por el gesto ó la indicación con que responde, se manda á otro que adivine lo dicho por el caballero; muy semejante es el juego del *secreto*, en el que la señora da la respuesta en voz alta, y el director de la velada llama á uno de los presentes para que adivine la pregunta.

Sin hablar de las adivinanzas, que tuvieron gran fortuna en las tertulias del siglo xvi, había también los juegos de ingenio, para los que se requería pleno conocimiento de los autores contemporáneos, y especialmente de los romances caballescicos italianos y españoles, siendo Petrarca el autor predilecto. Así, en el juego de los *retratos* ó de la *pintura*, había que formar una belleza perfecta tomando de cada señora presente la más hermosa parte del cuerpo ó del espíritu, pero expresando cada cualidad con versos del Petrarca ó de Ariosto. Otras veces se dejaba libertad al estro poético, como en el juego de los *Epitafios*, en los que cada cual debía hacer al compa-

ñero su epitafio en un dístico; de este juego era una variante el del *Templo de la inmortalidad*, en el que los jóvenes debían consagrar á la eternidad una de las señoras presentes, declarando en una inscripción, propia para ponerse en el pedestal de una estatua, la virtud que abría las puertas del templo á la señora. También se relaciona con este tipo de juego el que consiste en ayudar á un novio, que cercano el día de la boda, no ha encontrado todavía la frase que debe escribir en la cornisa de su lecho, suministrándole cada cual un verso ó sentencia al efecto; así, uno decía: «Y por más no poder, cuanto puedo hago»; y otro le indicaba: «El espíritu está pronto, pero la carne está apagada»; y así sucesivamente. No sólo se improvisaban versos, sino que se interpretaban pensamientos de poetas y se declaraba el significado de los sueños, de los animales, de los colores y de las piedras.

En el juego de las *pedras*, se suponía que cada hombre había conservado la naturaleza de las piedras lanzadas por Deucalion después del diluvio, y cada señora la de las lanzadas por Pirra, debiendo decir cada cual de qué clase de piedra estaba formado el corazón de las damas presentes.

En el juego de *la guirnalda*, los hombres se fingían pastores y las señoras ninfas, y cada cual indicaba las flores de que se había de componer la guirnalda con que había de ceñirse la cabeza de cada cual, declarando el significado de todos sus colores y cualidades.

El juego de las *Empresas* era de los que más se prestaban al lucimiento del ingenio: consistía en inventar una figura relacionada con un lema que el caballero debía llevar en la sobrevesta, escudo y bandera; semejante á éste era el juego del *reverso*, por el que se fingía acuñar una medalla de oro ó de plata con la efigie de cada señora presente, y en el reverso grabar una frase digna de la dama del anverso. La mitología hacía el gasto principal en estos juegos, ocupando el primer puesto Cupido y Venus, y razonándose el por qué de pintar ciego al amor, por qué niño, por qué desnudo, por qué con

arco, y explicándose cómo es que, ciego siempre, acierta con sus flechas al corazón, y cómo es niño teniendo tantos años, y cómo es gran señor yendo siempre desnudo.

El juego de las *Amazonas* consistía en considerar á las damas presentes como una falange de amazonas venidas para combatir á los hombres; el director del juego hacía salir en medio de la sala á una de las damas y á un caballero, y les preguntaba con qué armas pensaban luchar y defenderse; si una dama, por ejemplo, decía que pensaba vencer á su caballero con la espada de la fidelidad, él respondía: «y yo pienso defenderme con el escudo de la poca credulidad».

También estaba entonces muy en boga el juego de las *suertes ó venturas*, semejante á los que ahora conocemos con los nombres de *años y estrechos*, sólo que allí se hacía con más ceremonia y con mayor entusiasmo. El juego del *correo* consistía en contar noticias imaginarias, como si cada cual llegara de una expedición como un correo y refiriese lo que había visto ó imaginado ver. El de la *caza del amor* suponía la persecución del amor que se refugiaba en los ojos, en los labios, en el pecho de una dama, y allí se le acorralaba con palabras y frases para rendirlo.

La misma ingeniosidad que en los juegos resplandecía en las penitencias que se imponían á los jugadores, y que consistían en declamar un soneto, en resolver una duda amorosa, tratada en los libros de caballería ó en el *Filocalo*, en escribir cartas que excitaran la risa ó el aplauso, en recitar escenas de comedias improvisadas, ó en burlas más ó menos graciosas ó pesadas que se discurrían según las circunstancias. En todos estos juegos se gozaba de cierta libertad de lenguaje, prefiriéndose las palabras ambiguas ó de doble sentido, como lo requerían las costumbres de aquel siglo, inspirado en aquella elegante formalidad y refinada hipocresía que triunfaban en la vida y en el arte.

BELLAS ARTES

EL DESNUDO ACADÉMICO Y EL DESNUDO VIVO.—Cansados de la «belleza *caracterista*» moderna—dice Camilo Mauclair en la *Revue Bleue*,—ciertos estéticos vuelven los ojos á la belleza *canónica*. Peladan repite lo que jamás ha cesado de predicar, que «la representación del cuerpo humano es el más noble fin del arte humano». Los que antes no le hacían caso hoy le siguen, y el desnudo vuelve á recobrar el favor de que gozó. Se vuelve á hablar de arte noble, marcándose la reacción de un período en que esta noción ha sido vigorosamente combatida. La Escuela se regocija de este cambio porque el desnudo es la base de su enseñanza, y no quiere saber siquiera si Courbet, Manet, Degas, Renoir, Besnard, Carrière, Roll y otros muchos han acertado á pintar desnudos interesantes olvidándose de pedir sus recetas á la Escuela.

Una simple observación ante todo: la Escuela no admite más desnudo que el *que es bello*; de admitir lo feo, es sólo como contraste. En la vida sabemos bien lo que es feo; pero en arte, es cosa más delicada: Rembrandt está lleno de figuras feas, y sin embargo, es Rembrandt. Para la Escuela, lo bello es, sencillamente, lo que se ajusta á los cánones de proporciones. Se podrá objetar que hasta un cuerpo feo tiene proporciones; pero dejando esto aparte, ¿de qué cánones se trata? ¿Hay algún tipo ideal, internacional, de hombre bello? Para la Escuela, sí; ese tipo existe, y lo crearon los griegos. Imitemos á los griegos, porque todo lo demás es barbarie. ¿Y dónde están las famosas proporciones de los griegos? En su escultura, pues de su pintura apenas sabemos nada.

No hay, pues, más que aplicar á la pintura las proporciones de las esculturas griegas, y con esto se tiene la receta de lo bello; si un modelo no se ajusta á esas proporciones, se corrigen sus defectos. Pero entonces, ¿para qué el modelo? Ciertos

pintores se jactan de no necesitarlo, y hacen bien, pues sabiéndose de memoria las proporciones de una figura en todas sus actitudes, no necesitan saber más. Se dice que Bouguereau dice á sus alumnos: «No sabréis dibujar sino cuando podáis, como yo, empezar una figura por el pulgar del pie, y construirla así, llegando hasta los cabellos». Pero, ¿no es la escultura un arte regido por las tres dimensiones del espacio, mientras que la pintura no dispone más que de dos y se ve obligada á dar la ilusión de la tercera por una combinación de las otras dos? ¿Es que los tonos de la carne son separables de su volumen, y que pintar por la piel de un modelo sobre proporciones que no le corresponden, no es llegar cuando más al arte de las figuras de cera? La Escuela no se cuida de eso; enseña el antiguo, y además enseña anatomía, haciendo ver el interior de la muñeca muerta; si después de haber estudiado las estatuas y los cadáveres, el joven pintor se encuentra en presencia del sér vivo, es evidente que está perfectamente preparado para expresarlo.

Ironías aparte, el verdadero pintor, al hallarse frente á una mujer desnuda, enviará al diablo los cadáveres, las estatuas y los cánones, y se pondrá á amarla, á respetar la vida encarnada en aquel sér, avergonzándose de la falsificación de que era objeto, y comprendiendo que la sinceridad, ante lo que se ve, es la verdadera y única base de la moral artística.

El estudio de la anatomía no puede contribuir al estudio del dibujo *en movimiento*, que es una modificación continua de la verdad anatómica, perfectamente comprendida por los griegos, aunque desconocida por sus imitadores los romanos, que son los que han transmitido sus recetas á la Escuela. La anatomía no tiene razón de ser en la técnica pictórica, sino en el caso de que no se la separe jamás de la idea de movimiento; hasta en la inmovilidad del sér vivo hay un acto, que es la vida, y este acto no lo sugiere la anatomía.

El concepto del desnudo no es más inmutable que cualquier otro concepto humano. El desnudo evoluciona. El cuerpo hu-

mano en sí es una cifra de modificaciones infinitas y de combinaciones ilimitadas; los elementos estéticos del desnudo no pueden ser feudo de ningún canon; en ellos interviene el *carácter*, producto de la raza, de la edad, del temperamento, y el cuerpo cambia tanto como los paisajes. No hay *una* belleza, sino bellezas que se reconcilian en un plano superior donde hay sitio para todas. El desnudo de los griegos no es el del Correggio, ni el de Rubens, ni el de Rembrandt, ni el del Tiziano, ni el de Courbet, y todos son bellos, porque todos cristalizan un momento de la historia del tipo humano. El inmenso error de la Escuela, que acabará por matarla, es su negación de esta evolución, su obstinada referencia á los griegos.

Las razas, la historia, la psicología, las costumbres, las profesiones, transforman el cuerpo á través de las edades. Queda la cifra con cuatro miembros, una cabeza y un tronco; se encontrarán siempre combinaciones de movimientos y variantes geométricas. Pero el desnudo canónico no tiene valor absoluto; los griegos mismos se desvían de la realidad fisiológica para expresar el concepto de la belleza andrógina que asediaba su espíritu. Cuando después de la mística y casta escultura vestida de los bizantinos y de los godos, reaparece el desnudo; cuando Botticelli pinta sus jóvenes esbeltas, Correggio sus rubias torneadas, Rubens sus rubias lechosas y exuberantes, Rembrandt sus mujeres ambarinas y pesadas; cuando Miguel Angel hincha los músculos de sus colosos y Goujon esculpe sus ninfas vaporosas; cuando Tragonard y Boucher pintan á la parisién á la vez nerviosa y rolliza; cuando Houdon y Clodion la representan pura ó pueril; después que Puget ha crispado hasta lo sublime la fuerza bajo el dolor; cuando Courbet y Manet la presentan, no ya desnuda, sino desnudada; cuando Degas la marca los pliegues del corsé y de los vestidos pintándola torpe, animal y neurótica; cuando Renoir hace de ella una flor tropical y Besnar un nácar de forma humana, todos tienen razón, todos han dicho la verdad, y todos han cometido faltas de proporciones; pero es la vida la que se ha equivo-

cado al dictarlas; y las recetas de la Escuela no son, ni mucho menos, las Tablas de la Ley. El desnudo académico, cuya enseñanza es el último baluarte de la Escuela, está desmentido por el desnudo vivo.

*
* *

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEUM DE MADRID

ENCAJES Y ENCAJERAS.—Los encajes, cuyos antiguos procedimientos de fabricación, olvidados ó sustituidos por la maquinaria industrial, intentan restablecer algunos espíritus avisados, fueron en los pasados siglos motivo de prodigalidades tales, que hubo que dictar leyes suntuarias para limitar ó prohibir su uso. Cuellos y capas, calzones, jubones, sillerías y literas, cortinas, almohadas, manteles, y hasta féretros, se cubrían con maravillosas puntillas, disputadas por los elegantes en las pasamanerías y tiendas de sedas y de botones de los siglos xv al xviii. Nada pudieron decretos ni leyes contra la afición, y así se inventariaron en casa del marqués de Cinq-Mars, decapitado en 1642, trescientos juegos de encajes: cuellos, mangas, ligas y chorreras. La Revolución sola pudo herir mortalmente aquel gusto, prohibiendo la fabricación de encajes de 1790 á 1801.

El nombre con que primero fueron conocidos los encajes fué el de *pasamanos* ó *pasamientos*, según dice en *La Grande Revue* Pedro Calmettes. Su primer origen se encuentra en los *puntos cortados* ó *bordado abierto*, especie de calados cortados en tela ligera que Catalina de Médicis lucía sobre sus golas engomadas, y en las *mallas*, bordados de aguja sobre redcillas que María Stuardo y Margarita de Valois se complacían en trabajar por sí mismas, y de las que hay una muestra en la gorrilla del emperador Carlos V, en el Museo de Cluny. De estos calados, recortes y enlaces, se pasó á los motivos geométricos de las primeras pasamanerías, que poco después se fueron complicando y perfeccionando con sus bordes recortados en puntas y rondelas, dando origen á las pasamanerías

dentelladas que hacia 1545 tomaron el nombre de *dentelles* (puntillas ó encajes).

Casi todas las puntillas de entonces eran dibujadas y ejecutadas en Venecia, donde una bordadora había inventado el punto de aguja tratando de copiar un ramo de coralina que su novio la había traído de lejanos países, según la leyenda. Los modelos de Vinciolo, el proveedor de Catalina de Médicis, eran famosos en toda Europa, cuyas elegantes se disputaban los *puntos cortados*, los *puntos anudados*, los *puntos en rosa*, los *puntos gruesos*, los puntos de Burano, de Milán y de Génova, y el punto *tagliato á fogliani*, relieve formado por flores y calados, cargado de detalles deliciosos, menos ligero, pero de mayor solidez visual que el punto veneciano. El negocio que se hacía con la venta de encajes, y la boga alcanzada por estas labores, no tardaron en suscitar á Venecia temibles competidores, y en Francia y en Bélgica, en Sajonia, en España, en Inglaterra y en Hungría, surgieron talleres de encajeras que producían toda clase de primores.

Las encajeras francesas trenzaban con hilos de lino la *Lisette*, puntilla barata de huso fabricada en Gisors, Saint-Denis, Montmorency y Villiers-le-Bel; la *Mignonette* ó *Rubia de hilo*, preparada en París, Arras, Auvernia y Bayeux; el *punto doble* ó *punto de París*; el *punto de los campos*, fabricado en las aldeas; el *punto de Valenciennes*, fabricado en la ciudad de su nombre; la *Campana*, puntilla estrecha de festón que servía para realzar las demás puntillas; la *Malinas*, ó puntilla de Flandes; el *Chantilly*, fabricado en Saint-Maximien, Viarmes y otros puntos; la *puntilla de oro*, tejida en París y en Lyon, y de la que Enrique III llevaba en su traje, en 1577, en los Estados de Blois, 4.000 varas; la *gueuse* (mendiga), reservada á las clases bajas; y, por último, el *guipure*, hecho con cartisana y seda torcida. Ninguna de estas puntillas igualaba, sin embargo, en finura ni en calidad á los encajes de Venecia, que siguieron mereciendo el favor público, á pesar de la competencia que les hacían los *puntos de Génova* y los *puntos de Inglaterra*.

El *punto de Bruselas* se ejecutaba como el de Venecia, con aguja, y su perfección, y la extremada finura y solidez del hilo, hacían que fuera muy buscado; este hilo se preparaba en bodegas especiales, sin aire ni luz, para que la humedad asegurara su solidez, y las dificultades que había que vencer para obtenerlo igual elevaban notablemente su precio, que llegaba á veces á 25.000 francos el kilo; verdad es que de una libra se sacaban 17.000 ó 18.000 francos de encaje, lo que permitía una buena ganancia, dado lo poco que pagaban los fabricantes á las siete clases de operarias ocupadas en la fabricación: *brocheteuses, dentellières, pointeuses, plateuses, fonneuses, jointeuses y striqueuses*. De estas obreras, unas hacían la red, otras las flores ó los calados, otras reunían los trozos, etc. Ciertos adornos, como las manguitas ó los encañonados para los rhingraves, costaban más de 7.000 libras el par, siendo preciso dictar nuevos edictos suntuarios para corregir tan dispendiosos caprichos de la moda, sin lograrse resultado alguno, hasta que el ministro Colbert, cambiando de táctica, optó por la creación de talleres nacionales, para que así los millones invertidos en encajes no salieran del país.

Para esto, Colbert resolvió traer de Italia y de Flandes hábiles obreras que sirvieran de maestras á las francesas; pero los países productores prohibían, bajo pena de muerte y confiscación de bienes, la salida de las encajeras, y Colbert tuvo que valerse de los embajadores y de agentes secretos para lograr sus propósitos. Las nuevas puntillas, así fabricadas, llegaron á ser los *puntos de Francia*, siendo los más famosos los de Alençon, hechos con aguja como los de Venecia, pero con ayuda de muchas manos, como los flamencos, y por trozos de 25 centímetros reunidos por el *punto de enganche*, que formaba costuras invisibles, y que fué inventado por la obrera Cabanet. Los puntos de Alençon se conocían con los nombres de *collar, quirnalda, achicoria, cuadrilla y jardinera*, y necesitaban todos una docena de operaciones, que eran el dibujo, el picado, el trazado, el entelado, el relleno, las bridas, la red,

las modas, la borda, el despuntado, el regalo y el acoplado. Gracias á su finura y á la protección oficial, pronto los encajes de Alençon se pusieron de moda, á pesar de su elevado precio, que llegaba á 30.000 francos, ocupando su fabricación á ocho y nueve mil obreras, que producían por valor de cuatro millones de francos anuales; suma que no debe parecer extraordinaria, cuando en nuestros tiempos hemos visto figurar en la canastilla de la emperatriz Eugenia unos volantes de Alençon por valor de 22.000 francos, y un traje de los mismos de 200.000 francos.

Valenciennes, hoy en decadencia, contaba hace poco más de un siglo con 4.000 encajeras, á las que se pagaba *un franco* diario por *quince horas* de trabajo, ejecutado en cuevas húmedas, con tal cuidado y lentitud, que se necesitaba un año entero para terminar un par de mangas que valían 4.000 francos. Imitación del Valenciennes era el encaje de Ipres, que exigía de 200 á 800 husos, según la anchura del dibujo; algunas muestras de estos encajes, á 2.000 francos el metro, habían sido trabajados por obreras que, trabajando doce horas diarias, no producían, por término medio, más que *ocho milímetros* de puntilla por semana.

Los encajes de Chantilly, compuestos de hilos blancos y sedas negras, presentaban dibujos ligeros de hilo grueso, resaltando sobre un fondo claro muy fino. Hoy el Chantilly se fabrica en Bayeux y en Caen, como el Valenciennes se fabrica en Gante, Ipres, Brujas y Curtray, y el punto de Venecia se fabrica en Bruselas. Nada queda ya de los talleres creados por Colbert; la maquinaria industrial ha hecho casi imposible la competencia. ¿Cómo no, si sólo el tul, que en 1809 costaba á 125 francos el metro cuadrado, cuesta hoy 25 ó 30 céntimos, y los grandes almacenes lanzan al mercado puntillas de Venecia á 85 céntimos el metro; Bruselas, á 1,15; Valenciennes, á 20 céntimos; Alençon, á 1,25, y Chantilly, á real el metro?

Claro es que los precios reducidos han puesto los encajes al alcance de las fortunas más modestas; y que, si bien es

cierto que las elegantes prefieran los encajes hechos á mano, con huso ó aguja, las imitaciones, demasiado perfectas, disminuyen el valor de las mismas puntillas legítimas; un cuello de verdadero punto de Venecia, forma Luis XIII, que es la moda actual, vale 700 francos; el mismo modelo en imitación fina vale 150 francos, y en imitación ordinaria 30 francos. ¿Será de temer que la aristocracia llegue á llevar encajes falsos cuando tanto repugna llevar piedras falsas? Las pedrerías y los encajes legítimos serán siempre buscados por las personas de buen gusto; y buena prueba de que la industria encajera no está abandonada, es el proyecto oficial de crear en Puy, Caen y Alençon escuelas especiales de encaje, y la exposición de puntillas que se está organizando en el Museo Galliera, de París.

GEOGRAFÍA

¿GIRA LA TIERRA? — Con este mismo título publica Flammarion en *La Revue* un artículo, interesante y ameno como todo lo que de Flammarion procede, pero sorprendente por la materia; pues verdaderamente es chocante que al empezar el siglo xx pueda hacerse todavía una pregunta semejante, sin duda por haber hombres que, como decía Arago, en la historia de las ciencias

«Al carro del Progreso se enganchan por detrás».

¿No es asombroso—se pregunta Flammarion—que en estos momentos toda una colección de periódicos en Francia se atrevan á sostener que el movimiento de la tierra no está bien demostrado, y que es permitido negarlo ó, por lo menos, dudar de él? Copérnico murió en 1543, después de haber probado la verdad de este movimiento; Galileo murió en 1642, después de haber confirmado el hecho con pruebas irrefragables; Kepler, Newton, Laplace, Herschell, Le Verrier y todos los astróno-

mos modernos han llevado tal luz al panorama del Universo, que todos los descubrimientos sucesivos se han apoyado en la base matemática más sólida que pueda imaginarse. El movimiento de rotación está demostrado por el aplastamiento de los polos, por la fuerza centrífuga del Ecuador y por el experimento del péndulo; los *doce* movimientos de nuestro globo son hoy tan conocidos, que los vemos y los palpamos, por decirlo así. Pero insistamos en el de rotación.

Nadie negará que todos los días vemos al sol, la luna, los planetas y las estrellas salir por Oriente, remontarse en el cielo, llegar al cenit, bajar y ocultarse por Occidente, para reaparecer al día siguiente y repetir el mismo fenómeno. Ahora bien, ¿cómo puede ser esto? No caben más que dos hipótesis: ó es el cielo el que da vueltas alrededor de la tierra, ó es la tierra la que gira sobre sí misma.

En el primer caso, hay que dar á los cuerpos celestes, para realizar sus movimientos, una velocidad proporcional á sus distancias: así, el sol tendría que girar en torno de la tierra con una velocidad de 10.695 kilómetros por segundo; Júpiter, con la de 53.000; Neptuno, con la de 320.000, y la estrella más próxima de la tierra, que es α del Centauro, con la de 2.491 millones de kilómetros por segundo; en cuanto á las demás estrellas alejadas hasta lo infinito, no hay que decir qué velocidades tan inexpresables tendrían que recorrer. ¡Y toda esta rotación fantástica se verificaría en torno de un punto tan insignificante como la tierra! Es como suponer, con un humorista, que para asar un faisán había que hacer girar en torno suyo la chimenea, la cocina, la casa y todo lo demás.

¿De dónde han podido salir esas dudas increíbles? De un trabajo de Poincaré mal comprendido por los periodistas, y que echado á volar tergiversado por uno de ellos, ha bastado para que otros muchos lo hayan reproducido con exageraciones cada vez mayores, hasta producir la confusión ridícula á que se ha llegado por tamaña ignorancia y tan lamentable ligereza.

He aquí las palabras textuales de Poincaré, página 138 de *La ciencia y la hipótesis*:

«Si el cielo estuviera sin cesar cubierto de nubes, si no tuviésemos medios de observar los astros, podríamos, sin embargo, deducir que la tierra gira; nos lo advertiría su aplastamiento ó el experimento de Foucault. Y, sin embargo, ¿tendría sentido en ese caso decir que la tierra gira? Si no hay espacio absoluto, ¿se puede girar sin girar con relación á algo? Y por otra parte, ¿cómo podríamos admitir la conclusión de Newton y creer en el espacio absoluto?»

Volvamos á nuestra ficción: Espesas nubes ocultan los astros á los hombres, que no pueden observarlos y que hasta ignoran su existencia. ¿Cómo sabrán que la tierra gira? Más aún que nuestros abuelos mirarán el suelo que los sostiene como cosa fija é inquebrantable, y esperarán mucho más tiempo que ellos la llegada de un Copérnico; ese Copérnico acabaría por venir; ¿cómo? A fuerza de trabajo los hombres inventarían algo más extraordinario que las esferas de vidrio de Ptolomeo, y así se irían acumulando complicaciones hasta que el Copérnico esperado las barriera todas de un golpe, diciendo: «Es mucho más sencillo admitir que la tierra gira».

«Y así como nuestro Copérnico nos ha dicho: «es más cómodo suponer que la tierra gira, porque así se expresan las leyes de la astronomía en lenguaje mucho más sencillo», aquél diría: «Es más cómodo suponer que la tierra gira, porque así se expresan las leyes de la mecánica en lenguaje mucho más sencillo». Eso no impide que el espacio absoluto, es decir, la guarida á que habría que referir la tierra para saber si realmente gira, no tiene existencia alguna objetiva. Desde entonces la afirmación de que *la tierra gira* no tiene sentido, puesto que ningún experimento podrá comprobarla. Esas dos proposiciones, «la tierra gira» y «es más cómodo suponer que la tierra gira», tienen un solo y mismo sentido; no hay más en la una que en la otra».

En este mismo tono sigue Poincaré discutiendo magistral-

mente todas las hipótesis de la física moderna, la geometría de n dimensiones, el viaje en el hiperespacio, etc. Sacar de estas disertaciones, de estos juegos de espíritu, que los astrónomos modernos dudan de los movimientos de la tierra, es salirse del cuadro en que se encierran sus disquisiciones geométricas. Dudar del movimiento de rotación de la tierra, es retroceder, no dos ó tres siglos, sino más de dos mil años, pues los pitagóricos enseñaban ya este movimiento.

FEMINISMO

PROFESIONES FEMENINAS.—Pablo Bastien acaba de publicar *Las carreras de la joven*, de cuya lectura viene á deducirse, como dice Emilio Faguet en la *Revue Bleue*, que la antigua frase de que «el matrimonio es la verdadera carrera de la mujer» sigue siendo la frase más cierta.

Pero no es menos cierto que las jóvenes pueden responder: «Está bien, la que puede; pero no todas pueden: los maridos están muy caros y no los tiene quien quiere; que se casen con nosotras, y haremos perfectamente nuestra carrera de esposas; pero lo que nos impide ser casadas es que no se encuentra quien quiera casarse con nosotras».

Ahora bien: para las que por gusto ó por necesidad no se casan y tienen que ganarse la vida por sí mismas, ¿qué profesiones existen? Muy pocas en la realidad, aunque legalmente no faltan caminos á la mujer, ya que, fuera del sacerdocio, del ejército y de la magistratura, tienen abiertas todas las demás puertas, pudiendo ser médicas, abogadas, farmacéuticas, profesoras, carteras, telegrafistas, telefonistas, cajeras, tenedoras de libros y hasta jefes de estaciones ferroviarias. No hay, pues, que acusar á la legislación, que apenas pone trabas al feminismo, sino más bien á las costumbres.

En el foro, por de pronto, hay que confesar que son contadísimos los clientes dispuestos á confiar la defensa de sus inte-

reses civiles ó criminales á una mujer, hasta el punto de que en Francia sólo ejercen la profesión de abogado dos mujeres: una en París y otra en Tolosa. He ahí, pues, una carrera puramente nominal y que de hecho puede borrarse de la lista de las carreras que la mujer puede seguir para ganarse la vida.

En Medicina la cosa está algo mejor, pero tampoco vale la pena de tomarla en cuenta: de 13.000 médicos que, en números redondos, existen en Francia, no hay más que 83 hembras; 83 entre 13.000 bien puede estimarse cantidad insignificante, tanto más cuanto que de esas 83 médicas la mayor parte no ejercen su profesión.

¿Y en Farmacia? He ahí una carrera que parece á propósito para la mujer: es profesión casera y sedentaria; tiene poca relación con los hábitos de la mujer y parece armonizarse perfectamente con sus gustos y sus necesidades. Pues nada de eso: contra todo lo que pueda presumirse, la mujer no se inclina á ser boticaria, y en Francia no existen más que tres farmacéuticas: una en París y dos en Montpellier. La cosa no se explica, pero el hecho es así.

Quedan los correos y telégrafos, los teléfonos y las taquillas de las estaciones. Todo esto es algo y permite vivir á muchas mujeres; pero hay que reconocer que los sueldos de todos estos cargos están sabiamente calculados para que no se mueran de hambre sus titulares. Eso es triste y hasta doloroso: «todo ese pequeño mundo de empleadas, dice la señora Barine, está mal pagado y *se gasta* en seguida; ganarían mucho más cuidando de su casa y criando á sus hijos, y serían mucho más felices; el marido es lo que falta».

Queda el profesorado, la gran carrera, la carrera brillante de la mujer. La enseñanza no está del todo mal retribuída: se puede llegar á los 4.500 francos como profesora agregada en los institutos de señoritas, y como directora (algo así como el bastón de mariscal) se puede llegar á los 6.000 con ciertas ventajas y emolumentos accesorios equivalentes á los 7.000 y 8.000 francos. Esta es una verdadera carrera del Estado.

Pero para un número de puestos, considerable sin duda, de 4.000 francos, hay un número mucho mayor de 1.800, lo que reduce á las profesoras á la condición de telegrafistas y carteras: á vivir lo estrictamente necesario para no morir. Por otra parte, la carrera está atollada por el número de aspirantes. No hablemos de las institutrices: en un país donde todas las jóvenes son institutrices, es evidente que sería mucho mejor que fuesen modistas; la chifladura de la burguesía por el título de institutriz, es igual á la del pueblo por el oficio de costurera; Francia es un país en que todas las señoritas de la burguesía son institutrices y todas las hijas del pueblo son costureras; de donde resulta que los dos tercios de las costureras y los nueve décimos de las institutrices se mueren de hambre.

Pero aun descartadas las institutrices, las profesoras mismas, las alumnas tituladas de Sevres ó de Fontenay, empiezan á tener que esperar: ya no se hacen *agregadas*, porque todos los puestos que podían corresponderles están ocupados; y en el Profesorado, como en todo, la mujer apenas encuentra salida.

Lo cierto es que, á pesar de lo liberal de la legislación, la situación de las jóvenes que tienen que ganarse la vida (¿pero es que *los* jóvenes que se la tienen que ganar también es mejor?) es todavía verdaderamente penosa. Para mejorarla hay que apelar un poco á la administración, un mucho á las costumbres y bastante á las mujeres mismas.

La administración pública debería abrir sus puertas sin restricciones á la mujer, según Faguet; las mujeres son excelentes oficinistas, un poco lentas, pero puntuales, dóciles, exactas y minuciosas. Reemplazarían ventajosamente á esos empleados de ministerios, diputaciones y ayuntamientos que, siendo robustos y vigorosos, hacen oficios de mujer, cuando podrían dedicarse á trabajos más adecuados á sus fuerzas y aficiones. ¡Las oficinas para las mujeres! Una de las soluciones del feminismo es esa, y con ello se lograría una importante

mejora en los servicios públicos: el oficinista varón no tiene nunca más que una idea, la de escapar de la oficina, teniendo siempre comezón en las piernas, mientras que la mujer es por naturaleza más paciente y sedentaria.

Las costumbres también hay que corregirlas con el mismo objeto; se comprende que no se llame á una mujer para confiarla un pleito; pero ¿por qué no llamar á una médica mejor que á un médico para una enferma? Las mujeres mismas, por otra parte, deben ingeniarse para abrirse paso buscando los caminos más fáciles: tienen la carrera de farmacia, tienen la horticultura, tienen la profesión de arquitecto decorador, que encajarían perfectamente dentro de sus aptitudes y aficiones: ¿por qué no buscar salidas por esos lados, y no empeñarse en seguir todas rutinariamente por los mismos caminos, á riesgo de no llegar nunca por la multitud que por ellos anda, teniendo que detenerse á cada momento?

PSICO-FISICA

LÍMITE DE LA PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL.—Dice el profesor de la Universidad de Nápoles César Colucci, en la *Rivista d'Italia*, que la Psicología en los últimos años se ha lanzado en una labor de reconstrucción mayor que la de ninguna otra ciencia, semejando un amplio mercado en el que chocan y se confunden naturalistas y filósofos, legisladores, artistas y poetas, disputando por sus géneros y dando á las mismas cosas los más diversos nombres. El criterio de un solo programa no puede valer para un conjunto de doctrinas con distintas finalidades y con diversos horizontes.

El momento actual es para la Psicología positiva de impaciencia creadora y demoledora. No hay ciencia ni arte modernos que no tengan contactos con la Psicología; pero no por eso la Psicología, arte y ciencia, puede ni debe morir de plétora ni de autofagia, debiendo prevenirse contra las prevari-

caciones propias y las intrusiones ajenas, sin que para ello sean obstáculo las tendencias individuales ni aun las de raza, que explican la fortuna de la psico-física de Wundt, en Alemania, y el método introspectivo de Bain y de Spencer, en Inglaterra.

Difícil es señalar dónde se hallan los límites entre el objetivismo y el subjetivismo para fijar el método de la Psicología experimental. El método objetivo supone en muchos casos la noción subjetiva de los hechos psíquicos; la introspección, sin embargo, debe permanecer en las extremas fronteras; en una enseñanza de Psicología experimental no debe desterrarse el método introspectivo, sino que debe ser éste el complemento, tolerado como una transacción, para una nueva meta de experimentación.

El Congreso de Psicología de París en 1900 se dividió en cuatro secciones: de Psico-fisiología, de Psicología del individuo normal, de Psicología patológica y de Psicología comparada. Esta división puede mantenerse para una exposición sintética; pero, para mayor brevedad, señalaremos los límites de la base fisiológica, de la fisiopatológica y de la anatómica.

Como bases fisiológicas hay que considerar la *psicometría*, la *óptica fisiológica* y la *psico-fisiología*. El progenitor de la psicometría es Helmholtz, con sus famosos experimentos sobre las ranas, que demostraron que la ley del tiempo dominaba los fenómenos del sistema nervioso, puesto que á mayor longitud en el nervio correspondía mayor tardanza en la reacción; esta ley se ha aplicado á las diversas cualidades de los nervios por la edad, el sexo, la raza, el ejercicio y el reposo, la vigilia y el sueño; los alimentos, el ayuno y los venenos. A esta escuela de Psicología se refiere la de Wundt, especialmente cuando entró en juego el cronoscopio de Hipp, con el que se puede medir el tiempo que media entre una sensación y una reacción, por milésimas de segundo, viéndose cómo la onda nerviosa corría con una velocidad de treinta á cuarenta metros por segundo. Claro es que en estas investigaciones hay errores y gran disparidad

de cifras; pero es innegable que la psicometría tiene una sólida base y que puede prestar y presta grandes servicios á los estudios psicológicos.

En cuanto á la *óptica psicológica*, la visión ha llegado á ser uno de los campos más experimentales, en el que también ha dejado Helmholtz inmortales huellas. La métrica y la psicología se dan la mano á cada paso. La bilateralidad de la función ocular que converge ó tiende á convergir sobre un mismo eje visivo, han permitido descomponer toda una característica serie de fenómenos ilusionales.

Algunos filósofos contemporáneos, disgustados de las invasiones revolucionarias de la Psicología experimental, han intentado separar la Fisiología de la Psicología para dejar á los psicólogos la parte experimental y respirar más libremente en el campo de las hipótesis. La llamada escuela *somática* ha florecido en Alemania en la primera mitad del pasado siglo, extendiéndose de allí á otros países, no habiendo apenas función del organismo animal que no haya sido estudiada psíquicamente: el corazón y los varios ganglios, la respiración, el movimiento muscular, los reflejos, desde el de las pupilas hasta los de las vísceras y la vejiga, la actividad de las glándulas y los procesos todos de nutrición y de reproducción. Como la caja del violín armoniza con la maestría de la mano que hace trepidar las cuerdas, así en la amplia cámara de resonancia de la conciencia se recogen todas las vibraciones de las innumerables cuerdas nerviosas periféricas.

Los músculos y los vasos sanguíneos se han mostrado los intermediarios más condescendientes para estas consultas de la conciencia humana. A estas formas dinamográficas, en que se ha llegado á fijar la relación entre la conformación de los aparatos musculares y sus funciones respectivas, está ciertamente dedicada mucha parte de la Psicología experimental: en el trazado de la fatiga muscular, que el ergógrafo de Mosso muestra coordinada en un ritmo, como en las pequeñas oscilaciones que en la gráfica de un esfuerzo muscular se suceden y

aumentan gradualmente, podemos ver los confines y fijar la modalidad de gran número de capacidades psíquicas.

Es sabido que los estudios sobre termometría cerebral y sobre las rápidas modificaciones de la circulación cerebral en relación con las variaciones del sentimiento y de la inteligencia son impulsados por Mosso y Patrizzi; los experimentos no han desmentido que la palpitación del corazón es la palpitación de la conciencia; en este programa entran muchos aparatos, como el sfigmógrafo, el pletismógrafo y el guante volumétrico de Patrizzi; el grafógrafo de Obici, varias formas de ergógrafos y dinamógrafos; el aparato de Sommer para registrar ciertos movimientos mínimos; los diversos métodos para evaluar la mayor parte de las atenciones y de las varias formas de la memoria; los medios para estudiar la inhibición; el fonógrafo, el cinematógrafo, el teléfono de Siemens y Helin, etc. Todo esto sin hablar de las tentativas para recoger más directamente el dinamismo del pensamiento ni de los estudios medianímicos, en los que á veces se hallan estimables resultados.

Por lo que hace á las localizaciones cerebrales, concediendo que se ha exagerado el detalle de la localización cortical, no es poco haber llegado á la segmentación del espíritu en sus capacidades funcionales. La separación de las áreas sensoriales, motrices y evolutivas, parece determinar la topografía del objetivismo y del subjetivismo. Ha sido este trabajo una labor admirable de grandes aplicaciones, y á pesar de la opinión de Loeb, de Goltz y de Sciff, la doctrina de la localización persiste, porque los hechos en que se funda son innegables.

Hasta la Psicopatología experimental tiene una parte que exige el empleo de los métodos experimentales, y otra que puede prescindir de ellos más ó menos. La herencia morbosa y la degeneración orgánica empiezan hoy á tener su literatura en el campo experimental, y los efectos de los venenos ó de las infecciones del sistema nervioso empiezan á ser estudiados en relación con la psicopatología. Podemos tener presente el hipnotismo, que, bajo la dirección anatómico-fisiológica, ha diso-

ciado sensibilidades y motilidades diversas, dando valor experimental á muchas leyes de asociación. Esta fuente de Psicología experimental es rica y promete amplia cosecha; baste pensar solamente en el campo de la neuropatología, en los temblores y en las astasias. Esto, sin hablar de la Psicología del lenguaje, que constituye, con sus procedimientos, la verdadera psicología de la inteligencia humana.

En cuanto á la Anatomía, hay que hacer constar que la Psicología experimental hasta hoy se ha dedicado poco á ella, por haber sido la fisiología la que ha sostenido casi por sí sola la lucha triunfal contra la antigua filosofía. No es dudoso, sin embargo, que mientras la anatomía, como en todas las demás ciencias antropológicas, no constituya el primer volumen de la Psicología, ésta no tendrá asiento definitivo; y al hablar de la Anatomía, debe entenderse tanto de la más amplia como de la más menuda observación histológica conquistada por verdaderas audacias de óptica ó de histoquimia.

De todos estos estudios se ha venido delineando un plan de morfología que va paralelo á la evolución de la vida; nadie puede ya dudar que el patrimonio de una nueva aptitud sea el patrimonio de una morfología nueva, ó por lo menos perfeccionada; anatómicamente, el órgano nervioso terminal, comprensivo de una especie animal, llega á ser órgano de paso ó de transmisión á una nueva especie; y la función más desarrollada en una se convierte en función subordinada en otra.

Para terminar, debe recordarse, entre los servicios que la Psicología experimental ha prestado, el partido que de ella ha sacado la Pedagogía. En América, el programa pedagógico se ha convertido en una necesidad de la conciencia pública, contribuyendo á su elaboración las familias, los maestros y los psicólogos; entre nosotros, la pedagogía científica se practica en las escuelas de instrucción primaria, pero se olvida por completo desde el programa de la primera clase elemental. La psicometría, la psicofísica y la psicofisiología han señalado, en relación con la fatiga mental, los linderos de las diversas sen-

saciones, la influencia del ejercicio y del reposo sobre los tiempos de reacción, sobre la atención y sobre la fuerza de asociación ó de imaginación; y sobre la gimnástica de las intuiciones motrices ha venido la pedagogía científica de la voluntad y del carácter, la gimnástica del pensamiento y de la acción en armonía con la salud y con las finalidades sociales. El psicólogo, juntamente con el maestro y con el neurólogo, escribirán quizá los más bellos capítulos de profilaxis social.

IMPRESIONES Y NOTAS

¿SON EUROPEOS LOS RUSOS?—Con motivo de la guerra ruso-japonesa se ha suscitado una vez más la cuestión de las relaciones de Rusia con Europa. «Debemos estar por los rusos—dicen unos,—pues son nuestros hermanos»; «los rusos—dicen otros—no son más hermanos nuestros que los japoneses, pues son asiáticos y no europeos».

Marius-Ary Leblond aporta á esta discusión en *L'Européen* la opinión del ilustre Dostoiewski, según el cual no es Europa la que ha civilizado á Rusia, sino Rusia la que ha querido ser civilizada por Europa. «Europa jamás ha querido á Rusia, y siempre ha desconfiado de ella; nunca ha querido contarnos entre los suyos, y para ella somos recién venidos alarmantes, y nada más». Según Dostoiewski, este desamor de Europa es porque, siendo Europa conservadora, se representa á los rusos como revolucionarios empedernidos.

A pesar de esta constante oposición, Rusia no ha pensado más que en europeizarse. La idea dominante de Pedro el Grande fué la de tener una ventana abierta, hacia Europa; todos los rusos quieren pasar por esa ventana, y su tipo es Herzen: «nosotros los rusos tenemos dos patrias, Rusia y Europa». Los rusos conocen mejor que todos los demás pueblos la literatura de cada nación, y se apasionan por lo que ocurre en Europa tanto como el mejor patriota de cada país; como el

místico Versilow de *Un adolescente*, son franceses en Francia, alemanes en Alemania, griegos entre las ruinas del Partenón, y se hacen matar en las barricadas de París como el Dimitri de Turguenieff.

Para Dostoiewski, esto es quijotismo puro. Consagrándose así á Europa, los rusos no sólo son juguetes de ella, sino que se ven perjudicados por la misma cultura europea, pues no habiendo contribuído al desarrollo de la civilización, no pueden asimilársela bien; por eso los aristócratas rusos que pasan en el extranjero por ciudadanos del mundo, son unos fantoches de quienes se burlan todas las naciones. «Un ruso no puede convertirse en verdadero europeo, sin hacerse verdadero enemigo de su país natal». Los gentileshombres rusos, seres neurasténicos, hijos en general de degenerados, no pueden ser buenos europeos, porque para serlo hacen falta sanos espíritus en robustos organismos; y ésta es la impresión general que se saca de la lectura de Dostoiewski.

Dostoiewski, preocupado por esta situación, y viendo á Europa tal como resulta después del tratado de Francfort, quiere fortificar á Rusia contra ella. Por la famosa ventana abierta por Pedro el Grande, «hemos visto—dice—cosas malas y nocivas». Europa no es buena ni justa, no busca siempre y en todas partes la verdad, no es cristiana, ni tiene sentimientos fraternales. Inglaterra es mercantil é hipócrita; Alemania, pesada y molesta; los europeos no se tienen afecto entre sí, no tienen corazón, son desdeñosos y desconfiados, egoístas y personales; son también chinos, como dice Bjørnson.

Así piensa Dostoiewski de Europa y de Rusia, aunque, afortunadamente, la inmensa mayoría de los rusos cultos piensan de distinto modo.

*
* *

EL ETERNO FEMENINO.—Miguel Kerbaker ha publicado una memoria sobre *El eterno femenino y el epílogo celeste en el*

Fausto de Goethe, á cuyo análisis dedica Nemi una interesante página de la *Nuova Antologia*.

La frase afortunada del *eterno femenino* la puso en boga en Italia Carducci, que la tomó prestada de los críticos franceses que tradujeron por *el eterno femenino* la expresión alemana *Das Ewigweibliche*. El acoplamiento de los dos adjetivos *eterno* y *femenino*, aun cuando se atribuya al segundo el valor de sustantivo abstracto (por femineidad), no llega á expresar aquella síntesis ideológica, según Kerbaker, por la que en alemán el *Weibliche* incorporado con el *ewig*, viene á significar un concepto nuevo, una femineidad especial que implica una definición propia y exclusiva de esa especie.

La sentencia del epílogo celeste «El eterno femenino atrae allá abajo», es puesta en boca de los beatos ascetas y contempladores en aquella última escena, en que se representa la redención final y la ascensión del protagonista á la suprema gloria celeste. Se trata, á lo que parece, de un eterno femenino místico, teológico, metafísico. Estudiando este punto, encuentra Kerbaker tales analogías entre la escena final del *Fausto* y los últimos cantos del *Paraíso* dantesco, que puede inferirse que el poeta alemán encontró en el italiano la idea inspiradora de aquel estupendo epílogo. Fausto es la transformación de un alquimista de la Edad Media en un personaje ideal representante del hombre moderno, puesto enfrente del problema de la ciencia y de la vida, que se salva en virtud de las energías propias.

Esta concepción fué tachada, por los románticos, de materialista; pero la ética de Goethe no es materialista, sino panteísta á la manera de Spinoza. El panteísmo del *gran pagano* es «la identificación de Dios con el espíritu infinito difundido en el universo, y cuya acción se manifiesta en las leyes constantes é inmutables de la Naturaleza»; panteísmo religioso y místico en cuanto que todos los seres participan de aquel infinito espiritual, y más los más perfectos.

Kerbaker nota que Goethe fué un asimilador estupendo, to-

mando de Sófocles y de Shakespeare (¿por qué no de Calderón?), de Sacontala y de la Biblia. ¿Cómo puede dudarse que la Beatriz del Dante apareciese ante la fantasía de Goethe cuando ideó el cuadro final, la apoteosis de Margarita? ¿Quién no ve reproducido en ese cuadro, aunque sea en escorzo, el gran cuadro dantesco? La Virgen en las alturas, rodeada de los coros angélicos; un poco por bajo, el Dr. Mariano, que refleja la figura de San Bernardo; y Margarita, junto á Fausto, á punto de conseguir su redención y renovación espiritual; la analogía se encuentra, no sólo entre persona y persona, sino entre grupo y grupo.

Entonces es cuando el coro místico entona: «Cuanto en el mundo es fugaz—sólo de lo verdadero es un aspecto;—cuanto es arcano é inefable—aquí en el acto se contempla—y el eterno femenino—nos atrae hacia lo alto». Y he ahí el nudo del *eterno femenino*, la frase de enigmático sentido, por ser el *Ewigweibliche* fórmula de una síntesis de muchas ideas. Claro es que la decantada atracción del *eterno femenino*, mientras expresa un particular sentimiento del coro místico, esto es, su devoción á la santa Virgen María, alude al hecho poco antes descrito de Margarita, que con asentimiento de la misma Virgen, se hace guía del alma de Fausto, representando así la potencia salvadora designada con el nombre de *eterno femenino*.

Aquí, la eterna femineidad parece ser cierta disposición de ánimo del héroe que halla en sí mismo su salvación. El hombre colectivo, representante de la especie, puede verse en aquel andrógino imaginado por Platón, integrado por los dos principios, macho y hembra, cada uno de los cuales es incompleto. El macho, todo actividad, combatividad, imitación por todo límite, curiosidad por el descubrimiento de la verdad. El hembra, todo paz, quietud, armonía, adaptación á la realidad presente. Goethe era enemigo del titanismo, de la tendencia revolucionaria de la literatura; y en la preponderancia de una idealidad ética, brotando del fondo mismo de la realidad feno-

menal, de una fe natural sustituida á la sobrenatural y opuesta al racionalismo escéptico y pesimista, vió el triunfo del *Ewigweibliche*, de la eterna femineidad, que implica una comprensión inmediata de la vida real, una determinación previa de la actividad personal, una prudente limitación así en el giro del pensamiento como en el de la acción.

*
* *

LOS MAESTROS EN ITALIA.—En Italia, como en España, los ministros de Instrucción pública se preocupan con razón de mejorar la condición de los maestros, habiendo en ese punto ganado España la delantera, pues mientras el Sr. Orlando, ministro de Italia, se ocupa ahora en elaborar el proyecto de redención del hambre del magisterio italiano, en España hemos resuelto ya esa redención gracias á los meritorios esfuerzos del conde de Romanones y de sus sucesores Sres. Allendesalazar, Bugallal y Domínguez Pascual.

Mal estaban nuestros inverosímiles maestros de León de 45 pesetas de sueldo anual; pero no les van en zaga los italianos, según puede verse por las cifras oficiales siguientes:

El salario *máximo* de los maestros es de 5 liras ó pesetas en la provincia de Liorna, 4,20 en la de Palermo, 4,01 en la de Perusa, 3,72 en la de Sondrio, y 3,08 en la de Puerto Mauricio. El salario mínimo, que puede pasar por una limosna, es de 42 céntimos diarios en Portomauricio, 41 en Perusa y Florencia, 35 en Pessaro, 33 en Belluno, 24 en Novara, 23 en Mantua y 22 en Aquila. Hoy en España, merced á los últimos ministros, el sueldo mínimo de los maestros es el de 500 pesetas anuales, sin contar casa y retribuciones, y se trabaja por mejorar todavía la suerte de los preceptores de la niñez, hasta llegar al límite mínimo de las 750 pesetas.

Y no son los sueldos citados los más bajos que existen en Italia: en la provincia de Teramo hay maestros que sólo per-

ciben *diez céntimos* diarios, como en España teníamos hasta el 1.º de Enero del corriente año maestros de 45 pesetas de sueldo anual.

*
* *

SENSACIONES DE LA NAVEGACIÓN AÉREA.—¿Quién mejor que Santos Dumont para narrar las impresiones de un aeronauta? El *Pall Mall Magazine* lo ha comprendido así, y el atrevido inventor se ha prestado gustoso á complacer á la popular revista inglesa, dándonos á conocer lo que se siente cuando se viaja en globo.

«Mi primera impresión—dice Dumont—fué la sorpresa de que mi nave iba derecha hacia lo alto y la sensación del viento en mi rostro». Cuando hace viento la navegación aérea podría compararse á la navegación fluvial de un barco de vapor, y cuando no hay viento á la navegación por un lago. Los vientos obran sobre la aeronave del mismo modo que las corrientes sobre los buques, y el aeronauta procura navegar en lo posible por los estratos tranquilos de la atmósfera.

La aeronave está sujeta, como todo barco, al cabeceo y al remolino, aunque son menos sensibles por la menor resistencia del aire. La tierra parece huir del aeronauta, que experimenta la extraña impresión del movimiento horizontal combinado con el vertical. El placer, la maravilla y la exaltación de este movimiento diagonal arriba y abajo, combinado con los bruscos cambios de dirección horizontal cuando la nave aérea responde á un toque del timón, no pueden describirse; es la sensación que experimentan los pájaros cuando, tendiendo sus alas, vuelan hacia el cielo.

En cuanto á los peligros de la navegación aérea, el único verdaderamente serio es el procedente de la tensión á que está sometida la envoltura externa del globo, que puede dar lugar á un estallido. El globo es de forma prolongada, como un cigarro, y tiene dos envolturas: una interior, pequeña, rellena de aire, y otra exterior, llena de gas; en el primer espacio se in-

troduce el aire necesario para que, comprimiendo el gas del espacio exterior, obligue á la segunda envoltura á permanecer rígida y estirada; ambos globos tienen sus válvulas; pero no siempre pueden funcionar bien, y si se produce un aumento de velocidad, la presión del globo interior sobre el exterior podría ser tal, que lo hiciera estallar. Este peligro, sin embargo, como está previsto, se halla aminorado en lo posible; y la parte más expuesta, que es la popa, tiene doble tela. Las envolturas son todas de seda fuertísima, barnizada cuatro veces y capaz de resistir 3.000 kilogramos por metro.

Santos Dumont espera resolver completamente el problema de la velocidad con su globo número 7, en construcción. Este globo tiene dos propulsores, uno á proa y otro á popa, de cinco metros cada uno, con fuerza de 60 caballos, y con estos elementos puede obtenerse una velocidad de 70 á 80 kilómetros por hora, que es la velocidad práctica actual, y que permite contrarrestar el empuje del viento, por ser raro encontrar velocidades en los vientos mayores de 50 kilómetros por hora.

*
* *

¿SE CURA Ó SE PROVOCA LA RABIA CON EL TRATAMIENTO PASTEUR?—El Dr. Boucher, cuyos trabajos sobre la vivisección y la antivacunación son bien conocidos, sostiene en el *New York Herald* que «las inoculaciones antirrábicas no sólo no curan ni previenen la rabia, sino que la provocan bajo dos formas, la primera espasmódica, y la segunda paralítica, con todos los caracteres de lo que se llama rabia de laboratorio».

¿Qué contiene el famoso suero?, se pregunta. El virus de la rabia considerablemente atenuado, y nada más. Entre las personas que se envían á los Institutos antirrábicos por haber sido mordidas, hay, indudablemente, un gran número que no tienen el menor germen de rabia; á éstos se les inocular también el virus, y aunque esté debilitado, su acción depende de la impresionabilidad del sujeto: para unos, el efecto de la

inoculación será nulo; pero para otros, que estén en buenas condiciones de recepción, el virus puede producir efecto y engendrar la rabia. Por eso, desde que se practica la inoculación, la hidrofobia, sin exageración, se ha duplicado.

Antes de la existencia del Instituto Pasteur, según Charcot, no morían en Francia de hidrofobia más que treinta personas al año; las cifras oficiales dadas por Lutaud atestiguan que en 1890, en los cinco primeros años del tratamiento antirrábico, el promedio anual de los fallecimientos ha sido 38; y desde entonces, la hidrofobia ha seguido aumentando, llegando los fallecimientos al promedio de 45 á 50. Lo mismo ha sucedido en Italia: antes de 1886 morían de 60 á 65 hidrófobos, y hoy el promedio es de 85. En Inglaterra, sin más que el empleo juicioso del bozal, la cauterización y el baño Brisser, las defunciones por hidrofobia han bajado, desde 1886 hasta hoy, de 30 que eran, á 10 que son en la actualidad.

«Lo que puedo decir—termina declarando el Dr. Boucher—es que la labor de Pasteur, basada sobre las inoculaciones de los virus, es mortal. Sus conclusiones son falsas, más que falsas, groseramente erróneas, y han sido aceptadas, sin embargo, porque eran consoladoras».

*
* *

EL DUMPING. — Según *Le Phare*, en Londres, en Liverpool y en toda gran ciudad británica, industriales y comerciantes no hablan más que de *dumping*, especie de microbio financiero importado de América, y que lo ha invadido todo, habiendo el *dumping* del café, del acero, de las conservas, de los cueros, etcétera. Pero, ¿qué es el *dumping*? El que acuda al Diccionario se queda á obscuras, pues *dump* es tristeza, queja, y nada más.

Chamberlain mismo ha definido el *dumping*, que no es otra cosa que la colocación del exceso de producción de un país en otro país capaz de absorber aquel exceso. Cuando una nación

produce más que lo que consume, busca una salida á sus productos, no para hacer la competencia á nadie, sino para desembarazarse de su exceso de producción. Es como los grandes almacenes cuando, al final de una temporada, se encuentran con que les ha quedado una gran cantidad de mercancías; las arrojan en saldo al mercado á bajo precio, y arruinan sin quererlo á los pequeños comerciantes de géneros similares. Así—dice Chamberlain,—la sobreproducción de todos los países del mundo, lanzada en los mercados ingleses, abiertos de par en par, para ser vendida como se pueda, tiene infaliblemente que arruinar el comercio inglés. Ese es el *dumping*.

Si una nación productora atraviesa una era de depresión, esa nación no restringe por eso su vitalidad industrial; no apaga sus altos hornos ni contiene la actividad febril de sus manufacturas; sigue trabajando y produciendo al más bajo tipo posible, y vende todo lo que le sobra en Inglaterra. Cuando llegue el día en que Alemania y los Estados Unidos se encuentren en un apuro, sus mercancías inundarán los mercados ingleses, matando la producción de Inglaterra.

Estos temores de Chamberlain son los que Asquith ha calificado burlescamente de *dumpofobia*; pero Chamberlain dice que los días desastrosos anunciados por él llegarán, y que entonces Asquith y sus amigos no se reirán de la *dumpofobia*.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Artes é Industrias del Buen Retiro: **La fábrica de la China.—El laboratorio de piedras duras y mosaicos, obradores de bronces y marfiles**, por D. Manuel Pérez-Villamil, con una carta-prólogo del Excmo. Sr. Don Francisco de Laiglesia, y treinta fototipias representando 136 obras.—Madrid: Sucesores de Rivadeneira, 1904.

Hasta el día de hoy, debida principalmente á la falta de una obra de consulta, seria y formada con arreglo á una base científica, gran número de las colecciones artísticas de porcelanas, marfiles y mosaicos que atraen el interés de artistas, aficionados y arqueólogos, han adolecido del defecto de hallarse ordenadas con arreglo á una empírica clasificación sin criterio ni base científica.

Esto ha ocurrido en parte con las existentes en los Museos Arqueológico y del Prado, las de la Casa Real y más aún con las numerosas colecciones particulares que hay en España, muchas de ellas meritísimas y de gran interés artístico y suntuario. Esta noble afición, hoy tan extendida, concede un gran interés al libro de Villamil, que acaba de publicarse, acerca de industria tan importante como la cerámica: en la que basta considerar la diversidad de materiales que emplea en sus obras, la variedad de su elaboración y su asombrosa fecundidad en la creación de formas y aplicaciones al decorado, para reconocer que constituye una especie de microcosmos, donde se alcanza á descubrir la expresión viva de los gustos, actitu-

des y preferencias, tanto como su grado de civilización en los pueblos. Esto dice Havard (1).

El Sr. Pérez-Villamil, acertado clasificador de la colección de porcelanas que guarda el primero de los Museos citados, dedica con preferencia su estudio á la fábrica del Buen Retiro, y en él nos muestra multitud de datos nuevos, precisos y minuciosos sobre esta fábrica, á imitación de las de Nápoles y Capodimonti, fundada en Madrid por Carlos III, en su posesión real de la Corte, próximamente en la plazoleta que hoy ocupa la fuente del Angel Caído, hacia la parte de donde arranca el paseo del Ecuador y sobre el de San Antonio, llamado así por el titular de la ermita allí emplazada; lo que hace poco desapareció y había sido anejo de la fábrica.

Aunque remoto, éste es el único recuerdo que de ella queda en aquel sitio.

La flor de lis y la M coronada han sido tenidas por las únicas marcas usadas en el Buen Retiro; error manifiesto, sobre todo en lo que al emblema de los Borbones se refiere, pues con esta marca existen multitud de obras de Capodimonti, Saint-Cloud, Rouen, Vincennes, Sèvres y otras varias; y Villamil demuestra cómo aquéllas variaron según las épocas diferentes, alcanzando la variedad y el número de las que en su libro reproduce, que son diversas. Esta labor, comenzada por personales observaciones y confirmada después por el estudio documental, es uno de los méritos de la obra; obra erizada de dificultades por no poderse fundar más que sobre antecedentes suministrados por archivos supletorios, dado que los de la fábrica, juntamente con ésta, fueron destruidos por las tropas de Napoleón, por el pueblo de Madrid más adelante, en el año 1812, y por el general inglés Hill, que al final del mismo año le puso á todo fuego.

Después de dejar bien determinada y definida la cuestión de las marcas, el autor ahonda más en su labor definidora, y

(1) *La Céramique*.—París: Delagrave.

con profundos conocimientos científicos, exteriorizados en el análisis y clasificación geológica y química de las pastas usadas en diferentes épocas, sienta las bases de un sistema de comprobación exacto, infalible y de tal seguridad que constituye por sí un procedimiento novísimo, original y concienzudo de clasificación que imposibilita las falsificaciones, determinando de una manera científica y positiva las procedencias de las obras ó por lo menos la identificación de las del Retiro; y para ello nos da á conocer la composición de las pastas empleadas en la fábrica, según sus épocas, naturaleza de los baños y vidriados, sistemas de cocción y todos cuantos detalles de este orden para tal fin sean precisos, con más una relación de innumerables obras de la fábrica, también por épocas, y nombres de los artistas que en ella trabajaron; á los cuales estudia y selecciona, en el curso de su monografía, por escuelas, tendencias y procedimientos.

Después de estudiar en una rápida ojeada la fisonomía artística del siglo XVIII, inquiriendo y poniendo á nuestra vista la importancia que en él tuvieron las artes cerámicas y cómo se introdujeron y desarrollaron en Europa, nos da á conocer, como precedentes de nuestra fábrica, á sus hermanas, ó por mejor decir progenitoras, de Capodimonti y la Real Fábrica de Nápoles, retrotrayendo y adjudicando al monarca Fernando VI gran parte de las glorias á Carlos III generalmente atribuidas. Y con tales antecedentes, estudia en su aspecto histórico la Fábrica del Buen Retiro, la clasifica por épocas y nos da á conocer los nombres de notables artistas que en ella trabajaron, precios que en el mercado tuvieron sus productos y otros detalles de investigación que tienen el más grande interés. Completa este estudio retrospectivo con el de la fábrica llamada de la Florida en su primer tiempo, y después—nombre con el que hoy más comúnmente se conoce—de la Moncloa, hija de la del Retiro, destruída también por un incendio, que aquí fué casual, reedificada después y cerrada de real orden en 1850, como consecuencia de su decaimiento y fal-

ta de organización, tanto como para cortar así los muchos gastos que á la Corona ocasionaba por sueldos, pensiones, asignaciones y limosnas que sobre ella gravitaban.

Pero donde el trabajo del Sr. Pérez-Villamil llega á su más alto interés es en la exposición de datos y documentos inéditos para demostrar que la Fábrica del Buen Retiro no lo fué sólo de obras de cerámica más ó menos artística, sino que en ella se instaló y funcionó el laboratorio de piedras duras, donde se fabricaron los mosaicos más ricos, á imitación de los de Italia, así como el obrador de bronces dorados á fuego, envidia de la ornamentación artística extranjera, y la escultura en marfil, por último, de la que son preciadísimos ejemplares los que la Casa Real conserva en todos sus palacios.

Precede á esta importante obra una carta-prólogo del Excmo. Sr. D. Francisco de Laiglesia, que se muestra peritísimo en la materia, completando, en parte, el estudio del Sr. Villamil, y con evidente cariño de coleccionista, muestra su ilustración y conocimientos, emitiendo atinados juicios y acertadas observaciones sobre las obras ejecutadas en la Fábrica del Retiro; dedicando muy especial atención á la obra de su propiedad *El Calvario*, que se reproduce en la lámina XII, sin que la modestia del poseedor impida el justo entusiasmo del coleccionista, como él mismo dice, y sin que la propia modestia del escritor pueda ocultar el exquisito gusto del artista, podríamos añadir. Exquisito y buen gusto que se encuentra plenamente confirmado por quien publica á sus expensas tan lujosa obra; y sin interés de lucro, por cuanto su edición es privada y de carácter puramente particular, á pesar de su importancia.

Termina con varios apéndices complementarios de algunos antecedentes, datos y noticias del cuerpo de la obra, nombres de los empleados-artistas desde 1764 á 1808 y otras noticias diferentes, para acabar con una gran colección de excelentes fotograbados de *Hauser y Menet*, reproduciendo en gran tamaño obras de porcelana y marfil existentes en los Palacios

Reales de Madrid, Aranjuez y El Escorial, Museos Arqueológico y del Prado, á más de otras de particulares, como el propio Sr. Laiglesia, Conde de Valencia de Don Juan, Baüer, Riaño, Conde de Sallent, Schevisch, Taumann, Marqueses de Valverde, de Perinat y otros; además de reproducir también en fotograbado todas las marcas de fábrica usadas por la del Buen Retiro en sus productos.

Libros como éste honran á sus autores, y no menos á quien los patrocina.

L. DE GOROSTIZAGA

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Vanka</i> , por Antón Tchekhov.....	5
<i>El cumpleaños de la infanta</i> (cuento), por Oscar Wilde.....	10
<i>Roncesvalles</i> (conclusión), por Gastón París.....	32
<i>La evolución religiosa del pueblo japonés</i> , por Edmundo González-Blanco	56
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	77
<i>Cosas de Francia</i> (opiniones de Diego Gabacho), por Camille Pitollet.....	91
<i>Signo de pasiva se</i> , por E. Benot.....	104
<i>Las mocedades de D. Manuel Josef Quintana</i> (apuntes y datos inéditos para su biografía), por Juan Pérez de Guzmán.....	116
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	140
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	162
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo	172
<i>Notas bibliográficas</i> , por L. de Gorostizaga.....	203